
HARLEQUIN™
Jazmín™
Lucy Gordon
Un largo camino

Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

UN LARGO CAMINO, Nº 1953 - noviembre 2012
Título original: A Family for Keeps
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2005

I.S.B.N.: 978-84-687-1204-8
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

Prólogo

Éste sería un buen sitio para morir».

Ella no pronunció las palabras, pero las llevaba en el corazón. Brotaron de lo más profundo de las aguas oscuras, se quedaron rondando a las frías piedras grises y flotaron como un susurro en la penumbra.

No había pensado en morir cuando fue allí. Sólo quería venganza. Había tenido mucho tiempo para pensar en eso. El deseo de venganza la había llevado hasta aquel rincón de Venecia. No había previsto nada más, estaba segura de que sabría cuál era el paso siguiente cuando llegara el momento.

Sin embargo… nada.

¿Qué había pensado que iba a ocurrir cuando llegara allí? ¿La primera cara que viera sería la que estaba buscando? O, más bien, ¿sería una de las dos que estaba buscando? Quizá no reconociera una de las caras después de tantos años, pero la otra la reconocería donde fuera y cuando fuera. La obsesionaba por el día y poblaba sus pesadillas.

Hacía frío. El viento soplaba por los canales y los callejones y todo era hostil en el mundo.

«No puedo dormir por la noche, pero sí sé que podría dormir toda la eternidad. Sí, éste sería un buen sitio».

Capítulo 1

A medianoche, Venecia era la ciudad más silenciosa del mundo y en invierno resultaba casi fúnebre.

No había coches, sólo se oía el ruido lejano de alguna motora y el batir del agua contra las piedras. Incluso esos ruidos se disiparían pronto en el silencio.

Allí, junto al puente Rialto, las sombras se fundían con las piedras y las piedras con el agua, por lo que era difícil decir si el montón de ropa que había en el rincón tenía una persona dentro.

A primera vista, Piero habría dicho que no. Se acercó al montón y lo tocó con la punta del dedo. Oyó un suave gruñido, pero no se movió. Le pareció una mujer.

–¡Eh!

Ella se dio un poco la vuelta y él pudo distinguir una cara. Sólo pudo ver que era pálida.

–Venga conmigo –le propuso él en italiano.

Ella lo miró un instante con unos ojos inexpresivos y Piero se preguntó si lo habría entendido. Ella, sin embargo, empezó a levantarse sin emitir una queja ni hacer ninguna pregunta. Él la sujetó para llevarla a un callejón que daba a otro callejón y luego a otro y a otro más. Todos parecían iguales bajo la lluvia y en la oscuridad, pero él conocía perfectamente el camino.

Eso le daba igual a la mujer. Su corazón era una piedra gélida que no sentía nada aparte de desesperación. Se tropezó y él la agarró.

–No queda mucho.

Ella se dio cuenta de que habían llegado a la parte trasera de un edificio. La luz era escasa, pero aun así pudo comprobar que era un palacio. Había dos puertas profusamente talladas de unos cuatro metros de altura. Sin embargo, él las pasó de largo y la llevó a una puerta mucho más pequeña. La abrió con un empujón del hombro. Dentro había una linterna y él la encendió para encontrar el resto del camino. Los pasos resonaron y ella tuvo la sensación de que el

edificio era grandioso. También le pareció vislumbrar una escalera y una pared con las marcas que dejan lo cuadros al retirarlos.

Era un palacio, pero un palacio destartalado y abandonado.

Por fin llegaron a una habitación donde había un armario y dos sofás. Él la llevó delicadamente hasta uno.

–Gracias –susurró ella.

Él la miró con sorpresa.

–¿Inglesa? –le preguntó.

Ella hizo un esfuerzo.

–Sì. Sono inglese.

–No te preocupes –le tranquilizó él con un inglés perfecto–. Hablo tu idioma. Tiene que comer algo. Por cierto, me llamo Piero –ella dudó y no dijo nada–. Me servirá cualquier nombre –aclaró él–. Cynthia, Anastasia, Julia...

–Julia – a ella le daba igual el nombre.

En un rincón había una estufa de cerámica y él abrió las puertecitas que tenía abajo para meter madera.

–No hay electricidad –le explicó–. Es una suerte que todavía funcione esta vieja estufa. Lleva aquí doscientos años. El problema es que no tengo papel para encenderla.

–Toma. Me dieron un periódico en el avión.

No mostró sorpresa por que ella hubiera podido comprar un billete de avión para luego dormir en la calle. Se limitó a encender una cerilla y al poco tiempo tenían el principio de un fuego.

Se miraron el uno al otro.

Ella vio un anciano, alto, muy delgado y con pelo blanco. Llevaba un abrigo viejo atado a la cintura con una cuerda y una bufanda de lana despeluchada alrededor del cuello. Parecía una mezcla de espantapájaros y payaso. Su cara era casi cadavérica y los ojos azules le resaltaban por el contraste. Más notable aún era la sonrisa, resplandeciente como un faro que se encendía y apagaba.

Piero vio una mujer de edad indefinida. Calculó que andaría por los treinta y tantos. Era alta y su figura, con unos vaqueros, un jersey y una chaqueta, era demasiado delgada para su ideal. El pelo largo y rubio le colgaba como una cortina que le impedía verla claramente. Sólo se lo apartó una vez y él pudo ver una cara marcada por la preocupación, unos ojos grandes y una expresión de desconfiar de todo el mundo. Era una cara casi macilenta, pero

tenía cierta belleza que le producía el fuego que le ardía en lo más profundo de sus ojos.

–Gracias por encontrarme –dijo ella con voz débil.

–Por la mañana habrías estado muerta con el frío que hace.

–Seguramente –lo dijo como si no le importara gran cosa–. ¿Dónde estamos?

–En el Palazzo di Montese. Ha sido la casa de los condes de Montese durante nueve siglos. Está vacío porque el conde actual no puede permitirse vivir aquí.

–Entonces, ¿tú vives aquí?

–Efectivamente. Nadie me molesta porque tienen miedo del fantasma.

–¿Qué fantasma?

Él agarró una sábana de detrás del sofá, se la puso encima de la cabeza y empezó a aullar.

–Este fantasma.

Piero volvió a quitarse la sábana.

–Es aterrador –aseguró ella con una sonrisa muy débil.

–Si la gente no creyera en el fantasma, no me harían ningún caso, pero todo el mundo ha oído hablar de Annina y dicen que es ella.

–¿Quién era?

–Vivió hace setecientos años. Era una chica veneciana con una gran fortuna pero sin título, que era muy importante en aquellos tiempos. Se enamoró perdidamente del conde Ruggiero di Montese, pero él se casó con ella sólo por el dinero. Cuando ella le dio un hijo, él la encerró y al cabo del tiempo su cuerpo apareció flotando en el Gran Canal. Unos dijeron que la habían asesinado, otros que había escapado en un pequeño bote que había volcado. Ahora, se dice que su espectro pulula por el palacio. Dicen que se puede oír su voz que suplica que la suelten y que la dejen ver a su hijo.

Se calló porque ella dejó escapar un leve sonido.

–¿Te pasa algo? –le preguntó Piero con cierta preocupación.

–No –susurró ella.

–No te habré asustado, ¿verdad? Seguro que no crees en fantasmas...

–No en ese tipo de fantasmas.

Piero empezó a preparar la cena. El fuego ardía vivamente y él

puso una parrilla para calentar café.

–También hay salchichas –le comunicó Piero–. Las hago sobre el fuego con unos pinchos. Tengo algunos bollos. Un amigo mío que tiene un restaurante me da los que le sobran el día anterior.

–¿Por qué me has traído? –le preguntó ella cuando estuvieron sentados–. No sabes nada de mí.

–Sabía que necesitabas ayuda. ¿Qué más tenía que saber?

Ella entendió que la había recibido en la hermandad de los desposeídos donde no había que explicar nada, donde el pasado no existía. Quizá no estuviera mal. Incluso podía ser un avance en comparación con los últimos años de su vida.

–Toma –ella sacó una botella de vino tinto del bolso–. El hombre que iba a mi lado en el avión se la dejó.

–¿Sería muy grosero preguntarte si el billete de avión lo conseguiste igual?

Ella sonrió ampliamente.

–Aunque no te lo creas, no lo robé. Si buscas un poco, puedes conseguir un billete de Inglaterra a Venecia por casi nada de dinero. Pero cuando te bajas del avión...

–Ahora los hoteles tienen precios de temporada baja.

–Aun así. No voy a pagar un penique de más –afirmó ella con una voz segura y obstinada–. Sin embargo, pagaré mi estancia aquí –añadió.

–Es más barato que un hotel –concedió él mientras agitaba una salchicha.

–Y el entorno es grandioso. Se nota que es auténtico.

–Sabes algo de palacios, ¿no?

–He trabajado en algunos –explicó ella con cautela–. Me sorprende que nadie haya comprado éste para convertirlo en un hotel de lujo.

–No paran de intentarlo, pero el dueño se niega a venderlo. Podría ser un hombre rico, pero ha sido de su familia desde hace siglos y no quiere desprenderse de él.

Ella se levantó y se acercó a una ventana por la que entraba algo de luz. Incluso en noviembre, pasada la medianoche, aquella vía bullía de vida. Los barcos rebosantes de pasajeros iban de un lado a otro del canal y las dos orillas resplandecían de luz. Ese resplandor que se colaba a través de los cristales emplomados y el resplandor

del fuego eran lo único que impedía que la oscuridad fuera absoluta. A ella no le importaba. Una luz brillante le habría parecido un tormento.

–¿Vives aquí todo el tiempo? –le preguntó a Piero mientras volvía a sentarse y aceptaba otra taza de café.

–Sí, no está mal. Naturalmente, no hay ni luz ni calefacción, pero la bomba funciona todavía y tenemos agua corriente. Te la enseñaré.

La llevó abajo, a un cuarto de piedra donde estaba la bomba y un retrete en el suelo.

–Incluso tenemos cuarto de baño –declaró con orgullo.

–Es el colmo de los lujos –concedió solemnemente.

Cuando volvieron dentro, ella sintió un cansancio tremendo. Piero la miró con ojos llenos de amabilidad.

–Estás agotada, ¿verdad? Tú dormirás en ese sofá y yo en éste –adoptó un aire teatral–. Mi dama, no temas dormir en el mismo cuarto que yo. Puedes estar segura de que no te molestaré. Hace años que se extinguió ese fuego e incluso en sus mejores días no pasó de ser una leve llama.

Julia no pudo evitar una sonrisa.

–No temía nada –le aseguró.

–Claro, supongo que ciertas cosas sobre mí son muy evidentes.

–No quería decir eso. Quería decir que has sido amable y sé que puedo confiar en ti.

Él suspiró.

–¡Cómo me gustaría que estuvieras equivocada! Allí hay algunos almohadones y aquí tienes unas mantas. Que duermas bien.

Ella se lo agradeció, se tapó con una manta y se durmió al cabo de unos segundos. Piero estaba a punto de acostarse cuando oyó unos pasos. Un momento después, vio que entraba un hombre.

–Vincenzo –le saludó en voz baja–. Me alegro de volver a verte.

–¿Por qué susurras? –le preguntó el recién llegado que tenía treinta y muchos años y una cara delgada y ruda.

Piero señaló hacia el sofá y Vincenzo asintió con la cabeza.

–¿Quién es?

–Dice llamarse Julia y es inglesa. Es de los nuestros.

Vincenzo volvió a asentir con la cabeza y empezó a sacar cosas de unas bolsas de papel.

–Algunos restos del restaurante –explicó mientras mostraba un cartón de leche, unos bollos y unos filetes de carne.

–¿A tu jefe no le importa que te los lleves? –le preguntó Piero.

–Son pequeñas gratificaciones del trabajo. Además, puedo manejar a mi jefe.

–Tiene mucho mérito. Dicen que es un hombre terrible.

–Eso he oído. ¿Te ha molestado alguien aquí?

–Nadie me molesta nunca, aunque el dueño es un hombre más terrible todavía. Pero si intenta echarnos, espero que también puedas manejarlo.

–Haré lo que pueda –Vincenzo sonrió.

Les divertía esa farsa. Vincenzo era el conde di Montese, el dueño del palazzo y del restaurante donde trabajaba. Piero lo sabía. Vincenzo sabía que lo sabía, pero les gustaba mantenerlo como algo tácito.

Julia se agitó en el sofá y Vincenzo se sentó a su lado para mirarla.

–¿Cómo la has encontrado?

–Estaba hecha un ovillo en un callejón, lo cual es raro, porque ha venido en avión.

–Se tomó muchas molestias para venir a Venecia y quedarse tirada en la calle... ¿Qué demonios la habrá traído hasta aquí?

–A lo mejor me lo cuenta más tarde –dijo Piero–, pero no lo hará si se lo pregunto.

Vincenzo asintió con la cabeza. Conocía el código que empleaban Piero y los que vivían como él. Estaba acostumbrado a encontrarse a gente que se cobijaba en su casa vacía. Sabía que un hombre sensato los habría expulsado pero, a pesar de su aspecto feroz, no era capaz. Pasaba por allí de vez en cuando para echar una ojeada, pero había comprobado que Piero se preocupaba mucho y que el edificio estaba seguro con él. Sus visitas eran casi exclusivamente para comprobar que el anciano estuviera bien.

Julia se dio la vuelta y dejó al descubierto casi toda su cara.

Vincenzo se puso de rodillas y la miró con mucha atención. Aquello podía parecer impropio cuando ella estaba indefensa, pero tenía algo que lo atraía irresistiblemente. En su cara se reflejaban misterios que rechazaba al mismo tiempo. Pensó que no era una niña, que tendría unos treinta años y que estaba marcada por el

dolor y por un aire tan reservado que se notaba aunque estuviera dormida. La boca era grande y carnosa y estaba hecha para ser expresiva. Ya había conocido a mujeres con labios como aquéllos. Reían con facilidad, eran elocuentes y besaban con apremio y calidez.

Sin embargo, parecía que aquella mujer sonreía poco, salvo como una careta de educación. También parecía que se había olvidado de besar, del amor, del placer y de la felicidad. Era un rostro al que le habían arrancado la ternura. Su propietaria era capaz de cualquier cosa. Sin embargo, no siempre había sido así. Había empezado su vida de otra forma. Todavía tenía vestigios de vulnerabilidad, aunque quizá no le duraran mucho tiempo. Algo la había llevado a una situación que la había endurecido rápidamente.

Entonces, tuvo una sensación extraña, como si se hubiera agitado el aire y el suelo hubiera temblado debajo de sus rodillas. Vincenzo parpadeó y sacudió la cabeza. La sensación se desvaneció y él se apartó.

–¿Qué pasa? –le preguntó Piero mientras le daba una taza de café.

–Nada. Por un instante me ha parecido que ya la había visto antes. ¿Dónde...? –suspiró. Se bebió el café y se dio la vuelta para marcharse. Se paró al llegar a la puerta y le dio algo de dinero a Piero.

–Cuídala –le dijo en voz baja.

Vincenzo se fue y Piero se tumbó en el sofá, arropado con una manta.

Las puertas de hierro golpeaban una y otra vez. Era un sonido espantoso. Fue hasta una de las puertas y la aporreó mientras gritaba que ella no tenía que estar allí. Sin embargo, no recibía ninguna respuesta. Las ventanas tenían barrotes. Se agarró a ellos y se levantó para mirar hacia el mundo del que estaba excluida. Podía ver una boda. No le pareció raro porque sabía instintivamente que estaba relacionada con su reclusión. El novio, joven y guapo, sonreía con aire triunfal. Había algo que no le gustaba de su sonrisa, como si no fuera el hombre que su novia creía que era. Ella, la novia, no lo sabía. La pobre inocente creía que él la amaba. Era

joven, incauta y estúpida.

La vio aparecer radiante de amor. Julia se agarró a los barrotes con espanto mientras la chica se apartaba el velo y dejaba ver su cara. Era su propia cara.

–¡No! –exclamó Julia–. No lo hagas. ¡No te cases con él, por lo que más quieras!

Se encontró sentada y hecha un mar de lágrimas. Piero, de rodillas a su lado, la sujetaba en un intento vano de consolarla por un error que nunca podría enmendar.

A la mañana siguiente, el desayuno parecía un festín.

–¿De dónde ha salido todo esto? –preguntó Julia mientras miraba los bollos rellenos.

–Del amigo del restaurante, que pasó por aquí anoche. Ya te hablé de él.

–Parece un buen amigo. ¿Es de los nuestros?

–¿En qué sentido?

–Ya sabes... desarraigado.

–Bueno, tiene un techo sobre su cabeza, pero puedes considerarlo desarraigado en otros sentidos. Ha perdido todo lo que amaba.

Ella sacó algo de dinero mientras desayunaba.

–Es bastante poco, pero puede ayudar algo. Tú sabrás dónde están las gangas.

–Perfecto. Saldremos juntos.

Ella se abrigó rápidamente y lo siguió. Piero la llevó por un laberinto de callejuelas hasta que estuvo mareada. ¿Cómo era posible que supiera el camino?

De repente se encontraron con el puente Rialto delante de ellos. Ella había estado allí la noche anterior y se tumbó para quedarse helada mientras dormía.

Había ido buscando a alguien...

Miró alrededor, pero todas las caras parecían iguales y se sintió abrumada. Quizá él no hubiera estado allí jamás. Venecia rebosaba de vida y por los canales navegaban barcazas con víveres hacia los mercados al aire libre que había debajo del puente.

Piero consiguió comprar más cosas que las que ella habría

podido imaginar.

–Ha sido una mañana provechosa –comentó él–. Ahora... estás temblando. Debiste enfriarte anoche. Vamos a hacer que entres en calor.

Ella intentó sonreír, pero se encontraba cada vez peor y se alegró de volver a casa. Cuando llegaron, Piero encendió la estufa y le preparó un café caliente.

–Estás resfriada –dijo al oírla toser.

–Sí –confirmó con tono de desdicha.

–Tengo que salir un rato. Quédate junto a la estufa mientras estoy fuera.

Piero se marchó y ella se quedó en la soledad del edificio, que poco a poco iba oscureciéndose. Había algo imponente en el silencio.

Fue a la ventana que daba al Gran Canal. Justo debajo había un jardín diminuto rodeado por una verja de hierro que lo separaba del agua.

Si estiraba el cuello, podía ver el puente Rialto y los cafés llenos de gente que había en la orilla del canal a pesar de la época del año.

Volvió a sentarse en el suelo junto a la estufa. Entonces, algo le llamó la atención. Se había apagado la última luz y oyó pasos en el pasillo. No parecía Piero, sino alguien más joven. El sonido se acercó y se paró. Ella se levantó y se ocultó entre las sombras. Se quedó quieta con el corazón desbocado. La puerta se abrió y entró un hombre. Dejó en el suelo la bolsa que llevaba y miró alrededor como si esperara ver a alguien.

Julia se dijo que no fuera tonta, que seguramente sería un amigo de Piero. Aun así, no pudo moverse, seguro que no era un amigo de ella.

El hombre avanzó y lo iluminó la tenue luz que entraba por el ventanal. Era un hombre alto, con un cuerpo ágil y un rostro delgado que indicaba que tendría unos treinta años.

De repente, el hombre se puso en tensión, como si se hubiera dado cuenta de que no estaba solo.

–¿Quién está ahí? –preguntó mientras miraba alrededor.

Ella intentó hablar, pero era como si tuviera la garganta atenazada por una mano gélida.

–Sé que hay alguien. No tienes por qué esconderte de mí.

Hizo un movimiento rapidísimo y corrió una de las cortinas que había junto a la ventana. Allí estaba ella, contra la pared y los ojos que se le salían de las órbitas.

–¡*Dio mio*! –exclamó él–. Un fantasma.

Extendió la mano para apoyarla en el hombro de ella, pero Julia se apartó.

–No me toque –espetó ella en inglés.

Él dejó caer la mano.

–Lo siento –replicó también en inglés–. No tenga miedo de mí. ¿Por qué se esconde?

–No... me escondo... –contestó ella, aunque sabía que era una respuesta absurda–. Yo... no sé quién es usted.

–Me llamo Vincenzo. Soy un amigo de Piero. Estuve aquí anoche, pero estaba dormida.

–Me habló de usted, pero no estaba segura...

–Siento haberla asustado.

Él hablaba amablemente, como si estuviera tranquilizando a un animalillo asustado.

–Lo oí llegar y... –un arrebato de tos no le permitió terminar.

–Acérquese al calor –le aconsejó Vincenzo mientras le señalaba la estufa.

Ella dudó y Vincenzo la tomó de las manos. Eran unas manos cálidas y poderosas que la atrajeron hacia él irresistiblemente. La dejó en el sofá, pero en vez de soltarla, subió las manos por los brazos de ella hasta sujetarla de los hombros, no bruscamente, pero sí con una fuerza que parecía protectora.

–Piero me dijo que se llama Julia.

Ella dudó un segundo.

–Así es, Julia.

–¿Por qué estás temblando? No creo que sea para tanto.

Hubo algo en aquellas palabras que la alteraron profundamente.

–Sí es para tanto –replicó ella con un tono áspero–. Todo es espantoso y lo será siempre. Es como un laberinto. No dejo de pensar que tiene que haber una salida, pero no la hay. Ya es demasiado tarde y, si tuviera un poco de sentido común, me marcharía y me olvidaría, pero no puedo olvidar.

–Julia –la sacudió ligeramente–. Julia...

Ella no lo oyó. Estaba en otro mundo donde no podía oírlo ni él

alcanzarla. Hablaba sin parar mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

–No puedes librarte de los fantasmas sólo pidiéndoles que se vayan. Están por todos lados, delante y detrás de ti, pero sobre todo, dentro de ti.

–Lo sé –murmuró él con tono apesadumbrado.

–Tengo que conseguirlo –siguió ella–. No puedo parar y no lo haré. No puedo evitar que alguien salga herido, ¿no lo entiendes?

–Me temo que tú serás la persona que termine herida –contestó él.

Ella también lo agarró de los hombros, pero con una fuerza que le hizo daño.

–No importa. Nadie puede hacerme más daño. Cuando has alcanzado tu límite, estás segura. Ya no tengo que preocuparme y nada me impedirá hacer lo que tengo que hacer.

Lo soltó súbitamente y escondió la cara entre las manos, como si se le hubiera agotado la energía febril que la había mantenido con fuerza.

Por un instante, Vincenzo se quedó atónito, pero luego la abrazó con fuerza. No dijo nada porque sabía que no había nada que decir, pero la fuerza de su abrazo le transmitía que no estaba sola.

Al cabo de un rato, Vincenzo notó que ella se tranquilizaba, aunque también le pareció como si se hubiera obligado a hacerlo.

–Ya estoy bien –aseguró ella con una voz apagada.

Él la soltó un poco y la apartó para mirarla.

–¿Estás segura?

–Estoy bien –repitió con energía–. Estoy bien.

–Sólo quiero ayudarte.

–No necesito la ayuda de nadie –él se levantó como impulsado por un resorte–. Perdona –se disculpó ella–. No quería ser brusca, pero es que...

–No hace falta que me lo expliques. Lo conozco muy bien.

Lo miró y él distinguió una cara pálida rodeada por una melena de pelo rubio. Era como una de las criaturas de otro mundo que aparecían en los cuadros que antaño habían llenado las paredes del palacio. Él había crecido entre caras espectrales y las aceptaba como una parte más de este mundo. Le sorprendió encontrarse con una real.

–¿Te pasa lo mismo? –le preguntó ella.

Vincenzo se quedó un momento en silencio.

–A todo el mundo le pasa más o menos lo mismo.

Lo dijo con la esperanza de que hablara más de sí misma, pero notó que había reforzado sus defensas. Oyó que Piero se acercaba y comprendió que se había pasado la ocasión.

Capítulo 2

Piero abrió la puerta y la cara se le iluminó al ver al visitante.

–*Ciao* –lo saludó Vincenzo dándole una palmada en el hombro.

–*Ciao* –le contestó Piero–. Ya os habéis conocido...

–Sí, y me parece que he asustado a la *signorina*.

–No te pongas formalista. No es una *signorina*. Es Julia.

–¿Acaso eres una *signora*? –preguntó Vincenzo–. ¿Entiendes? *Signora* es...

–Sí, gracias, hablo italiano –lo cortó Julia–. *Signora* es una mujer casada. Soy *signorina*.

No estaba segura de por qué se empeñaba en demostrar sus conocimientos de italiano en esos momentos, salvo que fuera por orgullo.

–Así que hablas mi idioma... –comentó Vincenzo–. Te felicito. Lo normal es que los ingleses no se molesten en aprender otro idioma. ¿Lo hablas bien?

–No estoy segura. Hace tiempo que no lo practico. Ahora podré ponerme un poco al día.

–No es tan fácil como te imaginas. En Venecia hablamos veneciano.

Después de decir eso, Vincenzo se concentró en las bolsas que había llevado y pareció como si se olvidara de ella, lo cual le resultó un alivio. Julia fue hasta la ventana y miró hacia el canal sin verlo. Sin embargo, podía ver en su imaginación a Vincenzo e intentó entender la oscuridad que había notado en él. Todo era oscuro en él, desde el pelo negro hasta los ojos marrones. Incluso su amplia boca tendía a tener un gesto torcido que indicaba que no se divertía. O que, si se divertía, era con un humor tétrico. Un hombre con un mundo interior tan lúgubre como el de ella.

Intentó quitárselo de la cabeza. Era peligroso porque había visto mucho, había conseguido que ella expresara pensamientos que la obsesionaban, pero que había mantenido firmemente contenidos. Su norma era no decir nada, que nadie sospechara lo que estaba

pensando. Sonreír, odiar y proteger sus secretos.

Él, sin embargo, le había desatado la lengua y la había encandilado para que reconociera algo peligroso.

«Nadie puede hacerme más daño; nada me detendrá».

Se dio la vuelta y comprobó, con alivio, que Vincenzo se había ido sin que ella se enterara. Piero la miraba y agitaba un bollo como señuelo.

–Nos prepararemos un banquete propio de reyes –anunció grandilocuentemente–. Siéntate y te serviré el menú del día. Aunque no te lo creas, ha sido cocinero jefe del Ritz de París.

Ella no sabía si creerlo, pero tampoco le parecía imposible.

Su resfriado empeoró en los días siguientes. Piero nunca dejó de cuidarla, e incluso consiguió una cama de algún lado. Era vieja, estaba coja y había que apoyarla en un rincón, pero era más cómoda que el sofá. Él no dejó que se lo agradeciera.

–Me ha resultado fácil. Fui médico jefe en un gran hospital de Milán.

–¿Además de un gran cocinero?

Piero la miró con reproche.

–Eso fue la otra noche.

–Perdona. Debería habérmelo imaginado.

Julia sabía que Vincenzo pasaba por allí de vez en cuando, pero ella se quedaba en la cama y fingía estar dormida. No quería hablar con él. Era una amenaza para los secretos que tenía que mantener. Aunque él también tuviera secretos dolorosos.

Una tarde sí y otra no, Piero salía y volvía al cabo de tres horas. Nunca le dijo a dónde iba y supuso que tendría que ver con lo que le había pasado para acabar en esa situación.

Una tarde, entró con el aspecto alegre de siempre, que se intensificó más al verla.

–¿Has encontrado lo que estabas buscando? –le preguntó ella.

–No. Ella no estaba, pero estará algún día.

–¿Ella?

–Elena, mi hija. ¡Café! ¡Qué maravilla!

Julia respetó el cambio de conversación hasta que anocheció.

–¿Dónde está Elena ahora?

Él se mantuvo tanto tiempo en silencio que Julia temió haberlo ofendido.

–Es difícil explicarlo. Es como si... nos hubiésemos perdido. Ella ha trabajado mucho en el extranjero y yo siempre estaba allí para encontrarme con ella cuando volvía. Siempre en el mismo sitio, en el embarcadero, donde llegan los barcos cerca de San Marcos. Si no estoy allí, ella se preguntará por qué. No puedo decepcionarla. Sólo tengo que tener paciencia. ¿Entiendes?

–Sí –contestó ella con tristeza–. Entiendo.

Julia se envolvió en la manta y se sentó con la esperanza de que pronto pudiera volver a pensar coherentemente y así saber qué tenía que hacer.

Se preguntó si eso pasaría alguna vez, porque cuando cerraba los ojos, volvía a ver las viejas imágenes y sólo había dolor y desdicha seguidos de ira y amargura; volvía a golpear la puerta y a gritar que la liberaran, pero nunca lo conseguía.

A veces salía de su estado febril para comprobar que Vincenzo estaba allí, pero volvía a dormirse con una rara satisfacción. Ésa empezaba a ser su nueva realidad y, cuando una vez se despertó y no lo vio, sintió cierto desasosiego, pero vio a Piero y volvió a serenarse. Él se acercó y le puso la mano en la frente, pero frunció los labios para indicar que aquello no le gustaba.

–Te he traído una cosa –le dijo Piero mientras disolvía unos polvos en agua caliente–. Te sentará bien.

–Gracias, Piero. ¿O debería llamarte Arlequín?

–¿Qué es eso?

–Arlequín, Columbina, Pierrot... Son personajes de la Comedia del Arte. Pierrot es un payaso, ¿no?

A él le resplandecieron los ojos.

–Es un nombre como cualquier otro; como Julia.

–Sí –reconoció ella.

El remedio hizo que se sintiera mejor y se levantó algo aturdida. Todavía le abrasaban la frente y la garganta, pero estaba decidida a levantarse aunque fuera un rato.

Era media tarde y la luz era buena, así que salió del cuarto, pasó al enorme vestíbulo y empezó a mirar alrededor.

Ya no había cuadros, pero los frescos de las paredes seguían allí. Estuvo observándolos hasta que uno la paró en seco como si le hubiera hablado. Estaba en lo alto de la escalera y representaba a una mujer con pelo largo y rubio que le revoloteaba alrededor de la cabeza como un halo enloquecido. Tenía los ojos grandes y desorbitados como si hubiera visto algo espantoso. Había estado en el infierno y ya no escaparía jamás.

–Es Annina –le dijo Piero, que la había seguido.

–Es Annina si queremos ser imaginativos –dijo la voz de Vincenzo.

Había entrado silenciosamente y antes de hablar los había observado un instante.

–¿Qué quieres decir con imaginativos? –le preguntó ella.

Vincenzo subió las escaleras hasta ponerse junto a ella, que lo miró con ojos hostiles y se enfureció consigo misma por alegrarse de verlo.

–No sabemos cómo era –le explicó él–. Esto lo pintaron un par de siglos después. El artista recalcó el aspecto dramático. Hay barrotes en un rincón y allí hay un niño. Este hombre de aspecto demoníaco es el marido de Annina. Al conde Francesco, su descendiente directo, no le gustaba revivir el escándalo familiar. Incluso quiso que el pintor hiciera algo encima.

–¿Pintar encima de un Corregio? –Julia, escandalizada, no pudo evitar decirlo, aunque se arrepintió al instante.

Vincenzo arqueó las cejas para demostrar que apreciaba mucho lo que acababa de oír.

–Efectivamente –confirmó él–. Es un Corregio. Naturalmente, él se negó a taparlo. Luego, la gente empezó a admirarlo y Francesco, que según Corregio era un inculto, decidió que sería bueno. De modo que se quedó y la gente se hizo una idea de la historia según esta pintura tan melodramática. Evidentemente, el fantasma se parece a ella. Pregúntaselo a Piero.

Su sonrisa demostraba que sabía el truco del anciano para asustar a los intrusos.

–Os aseguro que no quiero saber cómo es –afirmó Piero–. Nunca la he visto.

–Pero la han oído muchas veces –Vincenzo dio una palmada en el hombro a Piero–. Te he dejado algunas cosas –señaló a Julia con

un dedo imperativo–. Tú… cerca del calor, inmediatamente.

Ella volvió al pequeño cuarto. El breve paseo la había dejado sin fuerzas y, después de comer algo, se acurrucó y se quedó dormida.

Vincenzo volvió después de medianoche. Se sentó y se quedó pensativo.

–¿Cuánta gente reconoce un Corregio a primera vista? –preguntó por fin.

–Muy poca –aseguró Piero.

–Eso mismo he pensado yo –miró hacia Julia, que estaba dormida–. ¿Te ha contado algo de sí misma?

–No. ¿Por qué iba a hacerlo? Los que somos como nosotros respetamos la intimidad de los demás, ya lo sabes.

–Sí, pero tiene algo que me preocupa. Podría ser peligroso dejarla sola mucho tiempo.

–Pero supón que ella quiera quedarse sola…

–Creo que es lo que quiere –Vincenzo se acordó de cuando ella gritó que no quería la ayuda de nadie.

Nadie lo decía de esa forma si no tuviera una necesidad espantosa de ayuda.

Él siempre había tenido una inclinación instintiva hacia las criaturas desvalidas. Cuando su padre fue a comprarle un perrito, él eligió el que se apartaba tímidamente de la camada. A su padre no le gustó, pero él insistió obstinadamente y se negó a discutir. Luego estuvo su hermana gemela, a quien sus padres desdeñaron por ser una niña y él quiso más por eso. Habían sido uña y carne toda su vida hasta que ella murió y lo dejó desconsolado.

También había amado a una mujer y se había negado a ver su carácter codicioso, hasta que ella lo abandonó sin contemplaciones.

Podría haber dicho que ya nunca más abriría su corazón a nadie, que se había construido una coraza alrededor. La única excepción era Piero, a quien había conocido en tiempos mejores. La amable locura y el humor ante las adversidades del anciano lo atraían hacia él a pesar de lo que había decidido.

En cuanto a la extraña y arisca mujer que había encontrado durmiendo allí, no sabía por qué había permitido que se quedara. Quizá fuera porque ella no quería nada de él y porque parecía

consumida por una amargura parecida a la suya.

Oyeron un suspiro que les llegó desde la cama y vieron que ella se quitaba la manta y sacaba las piernas por el costado.

Vincenzo fue a decirle algo, pero notó algo en su conducta que lo detuvo. Julia se levantó con la mirada perdida. Vincenzo se levantó y se puso delante de ella.

–Julia –dijo delicadamente.

Ella no contestó y Vincenzo comprendió que seguía dormida. Después de un momento, Julia se dio la vuelta y empezó a caminar lentamente hacia la puerta.

Parecía como si conociera perfectamente el camino en la oscuridad. Abrió la puerta y entró en el vestíbulo. Se paró al pie de las escaleras y se quedó quieta un buen rato. La luz de la luna le daba un aspecto fantasmal. Ella levantó la cabeza de forma que la melena le cayera hacia atrás y los dos pudieron notar que tenía la mirada clavada en la pintura de Annina.

–¿Puede verla? –susurró Piero.

–Es lo único que puede ver. Es lo único que existe para ella.

Ella empezó a subir lentamente las escaleras.

–Detenla –lo apremió Piero.

Vincenzo sacudió la cabeza.

–Es su decisión. Nosotros no podemos entrometernos.

La siguió silenciosamente hasta que ella se paró delante del fresco que mostraba a la enloquecida Annina.

–Julia –repitió Vincenzo en voz baja –silencio. Ella no se percataba de su existencia–. Maldita sea, ése no es su verdadero nombre–. No puedo captar su atención.

–Hay otro nombre que puedes intentar... –susurró.

Vincenzo lo miró con malestar.

–No empieces, Piero. Ya está bien de supersticiones.

–¿Es una superstición?

–Sabes perfectamente que los muertos no vuelven.

–Entonces, ¿quién es ella?

Vincenzo no podía contestar.

Ella dejó escapar un leve gemido. Alargó el brazo para tocar la pintura y empezó a hablar con un tono angustiado.

–Yo lo amaba y él me encerró... durante años... hasta que morí... morí...

–Julia –repitió una vez más Vincenzo, aunque sabía que era inútil.

Ella empezó a golpear la pared.

–¡Morí! –gritó–. Como él quería que hiciera. Mi bebé... mi bebé...

Súbitamente, se quedó sin fuerzas y se apoyó en la pared. Vincenzo la agarró con delicadeza.

–No pasa nada. Estoy aquí. No cedas. Mantente firme.

Lo miró con ojos rebosantes de desesperación y él supo que no lo veía.

–Vámonos.

Ella sacudió la cabeza e intentó zafarse.

–Tengo que encontrarlo –dijo con voz ronca–. ¿No lo entiendes?

–Claro, pero no esta noche. Descansa un poco y luego te ayudaré a encontrarlo.

–No puedes ayudarme. Nadie puede.

–Yo lo haré –insistió él–. Tiene que haber una forma si tienes un amigo que te ayude. Ahora tienes un amigo.

Ya fuera por las palabras o por el tono en que las había dicho, ella dejó de forcejear y se quedó quieta.

Fue la primera vez que él vio que lo miraba sin recelo ni a la defensiva, pero notaba que ella seguía temblando e hizo algo impulsivamente.

Le tomó la cara entre las manos y la besó delicada y repetidamente, en los ojos, en las mejillas, en la boca...

–No pasa nada –repitió él–. Estoy aquí.

Ella siguió en silencio y mantuvo los ojos cerrados. Él la rodeó con los brazos y la llevó escaleras abajo con mucho cuidado. Julia se agarró a él con los ojos todavía cerrados, pero se movía con confianza mientras lo tenía cerca.

Poco a poco, llegaron al final de la escalera y hasta el cuarto, donde Vincenzo la llevó hasta la cama para que se tumbara otra vez.

Ella murmuró algo que Vincenzo no entendió y luego pareció tranquilizarse de repente. Él la tapó tiernamente con la manta.

–Ni una palabra de todo esto, amigo –le dijo a Piero–. A nadie, pero sobre todo, a ella.

Piero asintió con la cabeza.

–Esperaremos a que ella lo mencione.

–Si lo hace alguna vez.

–¿Crees que no se acordará de lo que ha pasado esta noche?

–Creo que ni siquiera sabe lo que ha pasado. Ella no estaba aquí.

–¿Dónde estaba?

–En algún sitio lejano donde no invitan a nadie más. Es oscuro y aterrador y de allí saca ella su fuerza.

–Tiene que tener un buen lío en la cabeza si cree que es Annina –Piero suspiró–. Fue como encontrarse con un fantasma de carne y hueso.

Vincenzo arqueó una ceja.

–Olvídate de eso, amigo. Ella no es un fantasma.

–Pero ya oíste lo que dijo. Estaba encerrada... murió... el niño... hablaba como Annina.

–No –replicó Vincenzo con tono sombrío–. Lo verdaderamente aterrador es que hablaba como ella misma.

Julia acabó despertándose y encontró que todo era más diáfano. Volvía a tener el cuerpo fresco y la cabeza en orden.

–¿Has vuelto con nosotros?

Ella miró alrededor y vio a Vincenzo, que estaba sentado cerca de ella.

–Sí, creo que sí. Más o menos. Incluso creo que estoy entera.

Empezó a levantarse y él cruzó la habitación rápidamente con una mano extendida.

–Calma –la tranquilizó cuando se agarró a él–. Has comido como un pajarillo. Tienes que estar muy débil.

–No estoy débil. Puedes soltarme.

La soltó y ella se volvió a sentar inmediatamente.

–De acuerdo, estoy débil.

–No te precipites, tómatelo con calma.

Él habló como siempre, pero Julia tuvo la sensación de que algo había cambiado. La miraba con curiosidad, con un interrogante en los ojos.

–¿Qué pasa? –le preguntó ella.

–¿Qué quieres decir?

–Me miras de una forma rara.

Por una vez, pareció como si lo hubiera sorprendido con la guardia baja.

–Me preguntaba… si realmente estarías mejor. Parece… –buscó las palabras adecuadas–. Parece que te mueves como eres de verdad.

–Es como me siento –explicó ella, que se preguntaba qué estaría insinuando.

–Perfecto –el tono pareció de desencanto–. Quédate aquí. Iré a hacerte una sopa.

La sopa caliente le pareció una maravilla. Después de tomársela bajó a lavarse.

Cuando volvió, Vincenzo seguía allí. Estaba sentado junto a la ventana y sumido en sus pensamientos. Cuando ella lo saludó, él pareció salir de un sueño.

–¿Todo bien? –le preguntó él.

–Sí. Quién me iba a decir que lavarme con agua helada iba sentarme tan bien… ¿Cuánto tiempo he estado en otro mundo?

–Una semana larga.

–¿He dormido durante una semana?

–No todo el rato. Cuando te recuperabas un poco, te empeñabas en levantarte y andar por ahí. De modo que volvías a empeorar.

–¡Pero dormir una semana!

–O cien años –exageró él irónicamente.

–Ahora entiendo cómo se sentía la bella durmiente. Ni siquiera sé la fecha. Aunque muchas veces…

Fue como si fuera a desvelar algo importante y se hubiera arrepentido. La curiosidad de Vincenzo iba en aumento.

–¿Muchas veces te olvidas de la fecha? –le preguntó él–. ¿Cómo es eso?

–Nada. No quería decir eso.

Lo miró a los ojos como si lo desafiara a contradecirla abiertamente, aunque ella sabía que no estaba convencido. El bajó la mirada primero.

–Bueno, en cualquier caso, es el dos de diciembre.

–Es raro dormirse en un mes y despertarse en otro. Además, sin periódicos ni televisión. Qué agradable puede ser la vida sin ellos.

–¡Olvidarse del mundo! –exclamó él pensativamente–. Sí, estaría muy bien ¿Qué pasa?

Lo preguntó porque ella se había quedado parada en medio del cuarto con la mirada perdida, como si estuviera escuchando unas voces lejanas.

–No lo sé. Es que he tenido sueños... unos sueños...

–¿Puedes acordarte de alguno? –el tono no dio a entender cuánto le importaba la respuesta.

–Creo que sí... había... había...

Julia cerró los ojos en un intento de dar con unos recuerdos que estaban fuera de su alcance. Era perturbador, pero en lo más profundo había una sensación de paz. La que ella estaba buscando.

–Inténtalo –insistió Vincenzo, que tuvo que hacer un esfuerzo para disimular la tensión.

–Se ha desvanecido –se lamentó ella con un suspiro–. Espero que vuelva. Era delicioso.

Él se encogió de hombros.

–Si no puedes recordarlo, ¿cómo sabes que era delicioso?

–Ya sabes cómo son los sueños. Te dejan una especie de sensación, aunque te olvides de los detalles.

–¿Qué sensación te ha dejado éste?

–De paz y felicidad –dijo la última palabra con tono de asombro–. Bueno, seguramente no sería nada en absoluto.

–Nada en absoluto –corroboró Vincenzo.

–¿Dónde está Piero?

–Ha ido al embarcadero.

–¿A buscar a Elena? A lo mejor llega hoy.

Vincenzo sacudió la cabeza.

–Nunca llegará. Murió hace unos años.

Julia suspiró.

–Lo suponía. No acabo de entenderlo. ¿Cómo puede vivir así?

–Fue catedrático de universidad. Elena era todo para él, especialmente, después de que muriera su mujer. Luego, ella murió también y todo acabó para él.

–Ha perdido una hija... –susurró ella.

Julia notó que se desgarraba al pensar en Piero y en la hija que había perdido. No existía un dolor parecido. ¿Cómo podía recuperarse alguien?

–Se ahogó una vez que salió a navegar. Encontraron su cuerpo al cabo de tres días. Yo estaba en el muelle cuando la trajeron y vi a

Piero que miraba al mar mientras el barco se acercaba, pero cuando atracó, él hizo como si no lo hubiera visto y se marchó. Ni siquiera fue al entierro porque se negaba a creer que estuviera muerta. Nunca lo ha aceptado. He intentado que lo entendiera, lo he llevado al cementerio a ver su tumba, pero no la miró.

–Claro que no. No deberías haberlo hecho.

–¿No es mejor que afronte la realidad?

–¿Por qué? –replicó ella inmediatamente–. ¿Qué tiene de maravillosa la realidad?

–Me imagino que nada.

–Déjalo que se aferre a su esperanza. Sin ella se volvería loco.

–Pero ya está un poco loco...

–Entonces, déjalo con su locura, si con eso evita tener un corazón destrozado. ¿Cómo puedes entenderlo?

–A lo mejor puedo –contestó él irónicamente–. En cualquier caso, sé lo que quieres decir. ¿Tú estás loca?

–Claro –afirmó ella casi alegremente–. Loca como una cabra.

–¿Por los fantasmas que tienes dentro? Eso es lo que dijiste.

–Si lo dije, fue por la fiebre. No lo recuerdo.

–Creo que recuerdas sólo lo que quieres recordar.

Ella dejó de sentirse relajada y las indagaciones de Vincenzo la pusieron nerviosa otra vez.

–No te conozco –dijo ella con voz baja y enfadada–, pero no sé por qué vienes aquí.

–¿Tiene que haber algún motivo?

–No necesitas un sitio para dormir, ¿no? Entonces el único motivo es mostrar tu condescendencia hacia nosotros. No... Perdona –levantó una mano–. No quería decir eso, pero no te hagas el listo conmigo.

–¿Ni siquiera para evitar que hagas daño a alguien?

–No voy a hacer daño a nadie.

–Excepto a ti misma.

–Eso es asunto mío.

–Es como discutir con una pared. Sólo he dicho que intentaras recordar por tu bien.

Ella dejó escapar una risa nerviosa.

–Si pudiera, olvidaría muchas cosas. El problema está en las que no puedo dejar de recordar. Piero es el sabio. Encontró una fórmula

para elegir los recuerdos.

–Sí, será así –replicó Vincenzo con ironía–. Lo estoy oyendo venir, ¿podemos dejar nuestras hostilidades para otra ocasión?

Ella fue a la ventana enfadada consigo misma. Por un instante, había estado cómoda con él y había recuperado sentimientos que creía perdidos para siempre. Luego, él había traspasado una línea invisible al intentar entenderla y había vuelto a ser un enemigo.

La puerta se abrió y entró Piero.

–¿No ha llegado? –le preguntó Julia compasivamente.

–No –contestó él con mucho ánimo–. No importa, quizá llegue la próxima vez.

Capítulo 3

Julia pasó la tarde siguiente recorriendo el enorme edificio mientras Piero estaba fuera. Transmitía melancolía y grandeza. Los condes de Montese habían vivido como reyes, pero todo aquello había terminado. Las habitaciones estaban silenciosas y las corrientes de aire silbaban por los pasillos. Las paredes de la escalera central estaban decoradas con frescos que llevaban al que ella ya sabía que era de Annina. Al verlo sentía una incomodidad que aumentaba poco a poco. Quería salir corriendo, pero se obligó a seguir subiendo hasta que estuvo frente a la mujer de la melena al viento y los ojos atormentados. El corazón le latía cada vez con más fuerza; estaba ahogándose...

Hasta que el ahogo, la desdicha y el espanto desaparecieron como habían llegado y la dejaron con una sensación de serenidad, como si alguien le hubiera puesto una mano en el hombro para decirle que la apoyaba incondicionalmente.

La sensación fue tan clara que miró alrededor y se sorprendió de encontrarse sola.

Se apartó de la pintura y se desvanecieron las corrientes de energía que habían brotado de ella. Volvía a ser una pintura.

Fue por las habitaciones casi vacías, cada vez más fascinada. Conocía y entendía los sitios como aquél. Examinó los frescos de los techos y vio que algunos eran muy buenos. Al revés que los cuadros, no podían venderse sin deshacer el edificio. Daban una idea de la magnificencia del lugar en su momento de esplendor.

Al final llegó al dormitorio del conde de Montese. Sólo había una cama enorme y unas sillas, pero conservaba la sensación de grandeza. Miró los frescos del techo y se puso en tensión. ¿Había una zona más oscura o era sólo su imaginación? La luz de la tarde era difusa y no podía estar segura. Acercó una silla, se subió, se puso de puntillas y, al tocar esa zona, comprobó que estaba húmeda. Eso significaba que era una gotera reciente. ¿De dónde llegaría? Se asomó a la ventana. Justo encima de ella había una fila

de ventanas que podían ser unas buhardillas.

Salió corriendo al pasillo para encontrar la forma de subir allí. Encontró una puerta pequeña y sencilla que podía ser la que buscaba, pero estaba cerrada con llave.

No podía perder el tiempo. Se vio dominada por la idea del agua cayendo por los techos y destrozando el maravilloso edificio.

Sacudió la puerta, que era vieja y tenía las bisagras medio sueltas. Reunió toda la fuerza que pudo, le pegó una patada y sintió una satisfacción increíble cuando la puerta cedió.

Subió las escaleras de dos en dos y se encontró en la enorme buhardilla.

Era larga y baja. Había algunos muebles y lo que parecían ser cuadros envueltos. Además, junto a la pared, había un depósito de agua con una cañería que cruzaba el suelo. La cañería estaba rota y soltaba agua. Si no lo paraba, podía inundar el suelo y filtrarse hasta que todo el edificio quedara dañado. Tenía que encontrar algo para atarlo alrededor de la cañería. Buscó por toda la buhardilla, pero no encontró nada que le sirviera. Mientras, el agua iba acumulándose y amenazaba los cuadros que estaban apilados contra la pared.

Su pañuelo era pequeño. Tendría que usar su jersey de lana. Lo ató alrededor de la cañería con toda su fuerza, pero enseguida se empapó y el agua volvió a caer.

Se quitó la camisa, la hizo tiras y también las ató, pero el agua siguió cayendo. Iba a necesitar una linterna porque cada vez había menos luz. Tendría que bajar para encontrar algo más útil y para ponerse algo encima, porque estaba congelándose sólo con el sujetador. Salió corriendo hacia la puerta sin mirar hacia dónde iba y chocó contra alguien.

Sólo notó que dos brazos fuertes la rodeaban y que cayó al suelo con la otra persona.

Lo maldijo con toda su alma. Lo maldijo por retrasarla y por tenerlo encima sin poder evitar la sensación de su cuerpo grande y poderoso sobre ella. Lo maldijo por el aliento cálido que notó en la cara y por el olor a limón y aceituna que desprendía. Sobre todo, lo maldijo por sentir su vientre contra el de ella y por la dulce calidez que iba abriéndose paso desde lo más profundo. Lo rechazó, no quería saber nada de eso, pero estaba allí y era por culpa de él.

–Quítate de encima de mí –espetó ella.

–¿Qué demonios...? –empezó a preguntar Vincenzo al reconocer su voz.

–Quítate de encima de mí.

Él se quedó quieto un instante. Estaba jadeante y como paralizado por la sorpresa. Ella se dio cuenta, con espanto, que también jadeaba. La calidez empezaba a ser abrasadora.

–¡He dicho que te quites!

Él se apartó lentamente. La ayudó a levantarse, pero no la soltó. Lo miró a los ojos y vio sus propias sensaciones reflejadas en ellos, y eso la enfureció más.

–¿Qué estás haciendo aquí? –le preguntó él con dificultad.

–Intento que no se caiga abajo el edificio. Hay una cañería rota y va a inundarlo todo.

–¿Cómo... dices?

Ella apretó los dientes. El edificio iba a caerse porque él no podía asimilar dos ideas a la vez. Entonces, se dio cuenta de que él tenía la mirada clavada en ella y de que el sujetador se le había soltado con el forcejeo y tenía los pechos al descubierto.

–¿Podrías prestarme atención?

–Ya lo hago –contestó él distraídamente.

–Compórtate.

Eso hizo que volviera a la realidad.

–Perdona, ha debido de pasar cuando... fue un accidente...

–Un accidente que no habría pasado si no te hubieras abalanzado sobre mí.

–Yo no esperaba encontrarte aquí medio desnuda. No habrás traído a un hombre...

–Si no te andas con ojo, vas a tener otro accidente que te impedirá andar. ¿Está claro?

–Muy claro.

Ella intentaba abrocharse el sujetador a la espalda, pero no lo conseguía.

–¿Puedo ayudarte? –le preguntó Vincenzo.

–Nada de tonterías...

–Te lo prometo. Me doy por contento si salgo vivo de aquí.

Ella se dio la vuelta y se quedó quieta mientras él abrochaba el cierre y le rozaba delicadamente la piel con los dedos. Julia intentó

prepararse contra la sensación de su piel, que ya era abrasadora y no precisamente por la temperatura invernal.

–¿Puedo preguntarte qué haces aquí sin que me amenaces con algún castigo físico?

Ella se acordó de la cañería rota.

–Se ha reventado una cañería ahí dentro y puede inundar todo el edificio.

Ella lo llevó hasta la avería y él soltó un juramento mientras se quitaba la bufanda y también la ataba. Aunque se empapó enseguida.

–Aguántala –le ordenó él–. Voy a buscar algo mejor.

Antes de marcharse, se quitó la chaqueta y la puso sobre los hombros de ella. Julia metió los brazos por las mangas y sintió un calor maravilloso. Estaba muy alterada por los últimos minutos. Ella creía que lo tenía todo superado. Nada de esperanza ni de compasión y, sobre todo, nada de sentimientos de ninguna clase. Sin embargo, había sentimientos que actuaban al margen de los pensamientos y la ira y dejaban toda una estela de problemas. También tenía que superar los problemas.

–Esto aguantará un rato –Vincenzo apareció con una cinta–. Necesitamos un fontanero.

Sacó un teléfono móvil y habló en veneciano.

–Dentro de media hora vendrá alguien –le comunicó mientras colgaba.

–Entonces, será mejor que retiremos un poco esos cuadros –propuso ella.

Entre los dos, fueron colocando los cuadros sobre sillas. Algunos eran muy pesados.

–Vamos a descansar un rato –Vincenzo tenía la respiración entrecortada.

Julia fue a sentarse y Vincenzo ató un poco más de cinta antes de sentarse también.

–¿Estás bien? –le preguntó él–. Es mucho trabajo para alguien convaleciente.

–Sí. Me siento mucho mejor desde que abrí la puerta de una patada –se rió–. Creo que era lo que necesitaba.

–¿Abrir la puerta de una patada? –le preguntó él atónito.

–Sí. Ha sido toda una experiencia curativa –suspiró de

satisfacción.

–Desde luego, te ha sentado muy bien. Pareces más viva que nunca.

–Y me lo noto.

Julia estuvo a punto de estirarse, pero se contuvo. La chaqueta de Vincenzo era muy grande y dejaba ver mucho.

–¿Por qué has subido aquí? –le preguntó ella inmediatamente.

–Iba a hacerte la misma pregunta –replicó él con mucho cuidado de no mirarla.

–Tú primero.

–Vi la puerta en el suelo como si hubiera pasado un tanque por encima.

–Sólo fui yo.

–Subí para ver qué pasaba. Si no es una indiscreción, ¿por qué subiste tú aquí?

–Vi que en la habitación de abajo había una gotera que estaba destrozando un fresco. Habría que matar al payaso que sea el dueño del palacio por no ocuparse de él.

–Tienes razón –confirmó con una ironía que ella no captó.

–Tiene que ser tonto –insistió Julia con tono indignado–. ¡El agua es muy peligrosa!

–El agua está cortada.

–Pero a nadie se le ha ocurrido vaciar el depósito ni comprobar las cañerías.

–Tienes razón –repitió él en voz baja.

–Lo que te decía, un idiota.

–¿Podrías dejar de mover las brazos de esa manera? Al menos, si quieres que me comporte como un caballero.

–¿Cómo...? –se miró y juntó los bordes de la chaqueta–. ¡Ah, eso!

–Sí, eso –él estaba mirando hacia otro lado–. ¿Puedo darme la vuelta?

–Claro. Tampoco hay mucho que ver –afirmó ella entre risas.

Él hizo una mueca burlona.

–Eso lo decidiré yo, ¿no?

Ella volvió a separar los bordes de la chaqueta y miró dentro.

–No. No hay nada que merezca la pena. Te lo aseguro.

–Si tú lo dices...

Vincenzo la miraba impresionado por el cambio. Tenía los ojos brillantes y parecía casi exaltada. Además, se apartó los mechones de la cara y él tuvo la ocasión de verla. ¿Dónde estaba el espectro de la semana anterior? Estaba llena de energía.

–Pero ¿por qué te enfureces tanto? ¿Por qué te preocupas tanto por la casa?

–Todo el mundo debería preocuparse por tanta belleza –respondió ella con firmeza–. No puede defenderse sola. Hay que protegerla y cuidarla. No es sólo nuestra, también pertenece a los que llegarán después de nosotros.

–Pero ¿por qué te preocupas tanto? –insistió él–. ¿Eres artista?

–Soy... –la pregunta la paró en seco como el disparo de una pistola–. Eso no importa. El conde de Montese debería estar avergonzado de sí mismo. Puedes decírselo de mi parte.

–¿Qué te hace pensar que lo conozco?

–Lo conoces lo suficiente como para llamar a un fontanero para que venga a su casa. Puedes ser el cuidador y en ese caso has hecho un trabajo espantoso. Aun así, no podría esperarse que supieras algo de ese fresco.

–Cuéntamelo tú.

–Es un Veronese del siglo dieciséis. Me imagino que el dueño lo habría vendido si no hubiera estado pintado en el techo.

–Seguramente –susurró él irónicamente–. Por cierto, la habitación que hay debajo de ésta es su dormitorio. ¿Qué le digo si me pregunta qué hacías ahí?

–Dile que tuvo suerte de que estuviera.

Vincenzo sonrió.

–Se lo diré.

–Estaba echando una ojeada. Supongo que tú dirías que estaba fisgando.

–Sí, supongo que es lo que yo diría. Si se lo digo al dueño, te echará de una patada.

–Entonces, yo le devolvería la patada. Hoy he practicado bastante las patadas. Espero que no pretenda hacerme pagar la puerta.

–Seguramente sí lo haga –la miraba ensimismado–. Es un auténtico canalla.

Ella se rió y el pelo le tapó la cara. Miró alrededor y vio una

cuerda en el suelo. La agarró y la usó para sujetarse el pelo.

–Así está mejor –comentó él–. Es agradable poder verte la cara.

–Es verdad. La gente con una frente como la mía nunca debería llevar el pelo largo.

–¿Qué le pasa a tu frente?

–Es baja –se la enseñó–. Casi todo el mundo la tiene alta y curvada hacia atrás y si se deja el pelo largo, le cae por los costados de la cara. Pero a mí me cae por delante.

Él adoptó un aire serio pero burlón y fingió mirarla con atención.

–Sí, ya veo lo que tú...

–¿Qué pasa? –le preguntó cuando él se calló.

–Nada. Quiero decir... No lo sé.

Había vuelto a tener la sensación de que había algo en ella que le resultaba misteriosamente conocido.

Se oyeron voces en las escaleras y al cabo de un instante aparecieron Piero y un hombre con una bolsa de herramientas.

–¡Por fin! –exclamó Vincenzo mientras se levantaba.

–*Mio Dio* –dijo Piero mientras miraba alrededor.

–Podría haber sido un desastre de no ser por Julia. Piero, acompáñala abajo para que entre en calor.

Julia agradeció el calor, la ropa y el café caliente. Piero se rió con toda la historia, pero sobre todo con las críticas de ella hacia el dueño.

–Vincenzo ha hecho mal en no contarte la verdad. Se llama Vincenzo di Montese.

–¿Quieres decir que es el conde? Yo creía que era como nosotros –estaba indignada.

–Lo es. ¿Por qué crees que somos como somos? ¿Sólo porque no tenemos un techo o es algo más?

–Es mucho más.

Se acordó de los últimos años, cuando tenía un techo pero era más pobre que en ese momento.

–Efectivamente. Vincenzo tiene sus fantasmas y demonios como nosotros. En su caso son casi todos y casi todo lo que ha amado. Lo han traicionado, han muerto o se lo han arrebatado de alguna manera. De niño adoraba a su padre. Entonces no sabía la verdad.

–¿Qué verdad?

–El egoísmo puro y brutal. Era un jugador al que no le importaba nada ni nadie. Sólo le importaba sentir la emoción del juego sin tener en cuenta las pérdidas. La gente dice que se quedó destrozado después de que muriera su mujer y es verdad que entonces empeoró, pero siempre tuvo el vicio. El viejo conde vació el palacio y a Vincenzo sólo le ha quedado el caparazón. Perdió a la mujer que amaba. Estaban prometidos, pero el matrimonio se rompió porque la familia de ella dijo que no quería que se jugaran su dote. ¿Quién podía reprochárselo?

–¿No hicieron nada si se amaban?

–Vincenzo no podía hacer nada. Sentía que tenía tan poco que ofrecer que no habría sido justo. Es un Montese y eso quiere decir que tiene un orgullo desproporcionado.

–¿Ella tampoco hizo nada?

–No. Ella quizá lo amara a su manera, pero no era una manera incondicional.

–¿Y él? ¿La amaba incondicionalmente?

–Sí. Cuando se entrega, lo hace completamente. Recuerdo la fiesta de compromiso en este mismo edificio. Gina era increíblemente hermosa y sabía lucirse. Subió las escaleras y se quedó arriba para que todo el mundo la admirara. Él se quedó abajo y la miraba como si la venerara. Nunca había visto a un hombre tan radiante de felicidad. Sin embargo, esa misma noche, su padre abandonó la fiesta y se fue al casino. La cantidad de dinero que perdió en una hora precipitó todo lo que pasó después, aunque supongo que habría pasado en cualquier caso. El conde se quitó la vida poco después y le dejó todo el desastre a Vincenzo. Su último acto de egoísmo.

–Dios mío –Julia estaba atónita–. Conocerías bien a Vincenzo si estabas en la fiesta.

–Estaba allí por ser el mejor cocinero de Europa.

–¿Otra vez? –le advirtió ella–. Estás repitiéndote.

–Es verdad, ya había sido cocinero, ¿no? Bueno, si hubieras visto la cara de Vincenzo aquella noche... fue la última vez que fue feliz. Amó a aquella mujer como han amado a pocas mujeres. Cuando ella le dio la espalda, algo se murió dentro de él.

–¿Quieres decir que ha renunciado a las mujeres?

–No, al contrario. Las atrae con mucha facilidad y las olvida

exactamente igual.

–Quizá eso sea lo sabio –susurró Julia.

–Es lo que él dice, pero es una pena verlo cubierto de amargura. Todo ha empeorado durante los últimos meses, desde la muerte de su hermana Bianca. La única persona que le quedaba con quien podía hablar. Eran gemelos y siempre habían estado muy unidos. Su marido y ella murieron en un accidente de coche y le han dejado dos hijos a su cuidado. Ellos son los únicos familiares que tiene.

Oyeron que Vincenzo y el fontanero bajaban por las escaleras. El fontanero se fue y Vincenzo entró en el cuarto. Ella estaba junto a la ventana y Vincenzo fue hacia ella con los brazos abiertos. Julia se encontró inmersa en un abrazo muy fuerte.

–¡Gracias, gracias! –repetía él–. Nunca sabrás lo que has hecho por mí.

–Piero acaba de contarme quién eres. Qué cara más dura tienes para ocultar una cosa así.

–Perdona –se excusó él sin mucho convencimiento–. No pude resistirlo. Además, piensa en el bien que me has hecho con un análisis tan franco de mi personalidad. Gracias por todo, Julia... o quien seas...

Era la primera vez que él dejaba ver que dudaba de su nombre.

–Os invito a cenar esta noche –siguió Vincenzo–. Estad preparados dentro de una hora.

Desapareció y Julia se quedó preguntándose por cierto aire de vergüenza que había notado en él.

Se puso un traje azul que era lo bastante sencillo para resultar elegante. Sólo tenía un pintalabios rosa, pero la transformó completamente.

–Eso está mejor –afirmó Piero al verla–. Deja que él vea lo guapa que puedes ser.

–Por favor, Piero... –Julia se sintió tímida de repente–. No es una cita. ¿Y tú? ¿Vas a vestirte de domingo?

–Sombrero de copa y chaqué, ¿qué si no?

Sin embargo, cuando Vincenzo llegó impecablemente vestido con un traje, Piero seguía con su abrigo atado con una cuerda.

–¿Vamos a tu restaurante? –le preguntó Piero.

–Sí.

–¿Estás seguro de que quieres que vaya yo con estas pintas?

–Completamente seguro. Vámonos –añadió con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 4

El restaurante de Vincenzo se llamaba Il Pappagallo y estaba en una calle tan estrecha que Julia podía tocar las dos paredes con las manos. Las luces resplandecían en los adoquines mojados y a través de las ventanas se veía una escena acogedora.

Era un sitio pequeño, con unas doce mesas, e iluminado con lámparas de colores.

Al ver a los clientes, Julia comprendió que Piero tuviera reparos en mezclarse con gente tan bien vestida. Sin embargo, le gustó que Vincenzo pusiera la amistad por encima de todo. Cruzaron el restaurante hasta la parte de atrás, donde había más mesas en la calle.

–Normalmente no podríamos cenar aquí en esta época del año –comentó Vincenzo–, pero hace una buena noche y he supuesto que os gustaría ver el Gran Canal.

Ella ya lo había visto en parte desde las ventanas del palacio, pero entonces pudo apreciar todo el bullicio de vaporetos y góndolas.

–Os tomaré nota –se ofreció Vincenzo–. Empezaremos con champán, porque es una celebración.

Ella se había olvidado del sabor del champán y de lo que era una celebración.

–Ofrecemos la mejor comida de Venecia –aseguró.

Ella se volvió hacia él.

–Lo dejo a tu elección.

Vincenzo sirvió el champán en copas altas.

–Gracias –Vincenzo alzó la copa–. Gracias... ¿Julia?

–Julia –afirmó ella mirándolo a los ojos.

Piero miraba a los dos con regocijo. Julia pensó que podía estar imaginándose un idilio. Alejó la idea de la cabeza, pero le pareció que era una confusión comprensible. A muchas mujeres, Vincenzo les parecería irresistible. No era una cuestión de apariencia, no era guapo propiamente dicho. Tenía la nariz un poco larga e irregular.

Era difícil definir la forma de su boca porque cambiaba constantemente según su estado de ánimo, que no siempre era amable. Tenía cierto aire de orgullo y mucho de recelo. No eran los rasgos, era otra cosa, era una mezcla indescifrable de encanto, humor burlón y arrogancia, algo indiscutiblemente italiano. Se notaba en los ojos oscuros y ligeramente hundidos que tenían un brillo difícil de interpretar. Una mujer podría desorientarse si intentaba sondear esos ojos y, sin duda, eso le habría pasado a muchas. Incluso ella misma había estado intrigada.

Acto seguido, como si quisiera ser sincera consigo misma, se acordó de cuando se encontró debajo de él en el suelo de la buhardilla y volvió a sentir un calor delicioso que estuvo a punto de abrumarla. Resopló profundamente y se negó a dejarse llevar.

Piero afirmó que el champán era excelente y la devolvió a la realidad.

–Sólo lo mejor –dijo Vincenzo.

–Sí, lo es –corroboró ella por decir algo.

–Sabía que tú lo apreciarías.

Julia se dominó para que no la superara, aunque él no sabía qué era exactamente lo que estaba haciendo.

–Quizá yo no entienda. Quizá lo haya dicho para parecer una entendida.

–Es verdad, pero no todo el mundo reconoce a Corregio y Veronese.

–Estaba dando palos de ciega.

–No es verdad –Vincenzo fue rotundo.

–No es asunto tuyo. Además, ¿quién eres tú para hablarme de ocultar la identidad?

–¿No podéis pasar cinco minutos sin discutir? –intervino Piero.

–Yo no discuto –replicó Vincenzo–. Ella discute.

–No soy yo.

–¡Ya está bien! –ordenó Piero.

Los dos lo miraron al unísono.

–¿Por qué? –le preguntó Julia–. ¿Qué tiene de malo discutir? Es una buena forma de comunicarse.

–Es lo mismo que yo digo siempre –concedió Vincenzo por una vez.

La miró a los ojos y ella descubrió, a su pesar, que había una

forma mejor de comunicarse. La mirada era perversa y transmitía ese conocimiento compartido que ella sabía que era mejor evitar.

Piero alzó la copa.

–Preveo una velada muy interesante –comentó con entusiasmo.

–¿Podemos tomar el primer plato antes del próximo asalto? –preguntó Vincenzo.

Resultó que un plato que se llamaba arroz con guisantes también tenía cebolla, carne, mantequilla y caldo.

Bebieron Prosecco en unas copas rosas sopladas a mano.

–Son de mi casa –explicó Vincenzo–. Son una de las cosas que me negué a vender.

–Son preciosas –Julia giró la copa entre los dedos–. Entiendo que quisieras quedártelas.

–Mi padre me dio el primer vino que probé en mi vida en una copa de éstas. Era un niño, pero me sentí como un hombre.

Julia se acordó de las palabras de Piero y pensó que lo idolatraba y él lo había traicionado.

–¿No es peligroso utilizarlas aquí? –le preguntó Julia.

–No las uso con los clientes. Las guardo para los amigos especiales. Vamos a brindar.

Levantaron las copas y ella sintió un nudo de tensión que se le desenredaba por dentro. Todavía llegarían más buenos momentos.

–¿Tienes frío? –le preguntó Vincenzo–. ¿Prefieres una mesa dentro?

–No, estoy muy bien.

–Hasta en diciembre hace alguna noche buena. Lo malo empieza después de Navidad.

Cuando se llevaron el arroz, Julia se dio cuenta de que Vincenzo intercambiaba una mirada con una camarera muy guapa que le sonrió y él le devolvió un guiño y un gesto con la cabeza.

–¿Te importaría coquetear en otra parte? –le pregunto Piero severamente.

–No estoy coqueteando –se defendió Vincenzo–. Estaba diciéndole a Celia que trajera el plato siguiente.

–¿Se lo dices con un guiño? –dijo Julia burlonamente.

–Estoy intentando engatusarla. Se va la semana que viene, justo cuando más la necesito.

–Yo creía que no necesitarías a la mayor parte del personal en

estas fechas.

–Es verdad que ha pasado el agobio del verano, pero hasta Navidad hay otra buena racha. Luego vuelve otra buena temporada en febrero, durante el carnaval. Pero Celia se va cuando la necesito. Le he rogado y suplicado...

–Le has sonreído y guiñado el ojo... –siguió Julia.

–Efectivamente. Sin resultados.

–¿Quieres decir que esa joven es inmune a tus encantos? –le preguntó Piero.

–¿Sus qué...? –preguntó también Julia.

–Encantos. Seguro que has oído hablar de eso.

–Sí, pero no sabía que Vincenzo los tuviera.

–Muy graciosos los dos... –protestó Vincenzo.

Celia apareció con un puchero de barro que tenía una anguila cocinada con laurel.

–Es una especialidad de Murano. Antes las hacían en los hornos donde se hace el cristal.

Cuando Celia terminó de servir la anguila, Vincenzo la agarró de la mano y la miró a los ojos. Le dijo algo en veneciano, pero Julia pudo entender cómo le decía que la quería y que se lo imploraba. Era una representación, pero Julia pensó que tenía tal intensidad que una mujer tenía que tener cuidado. Celia se rió y se marchó.

–Me parece que no puedo convencer a Celia –Vincenzo suspiró–. Esta noche es la última. Está a punto de casarse y de irse de luna de miel. Aquél es su novio. ¡Hola, Enrico!

Un hombre fornido sonrió desde otra mesa. Julia se concentró en la comida e intentó no alegrarse de que Celia tuviera novio.

Tomaron la anguila regada con vino blanco y ella se encontró cada vez mejor. Se había olvidado de casi todo lo referente el mundo real. Una comida deliciosa, buen vino, un hombre de ojos oscuros que la miraba con claras intenciones...

Sabía que no iba a ceder a esas intenciones, pero no podía pasarlas por alto. Le producían un cosquilleo y le dolían en el corazón, tanto tiempo anhelante de sentimientos alegres. Tanto, que le decía que podía arriesgarse por esa noche.

Después de la anguila llegó el pato silvestre. Ella miró el canal mientras lo servían.

–¿Habías estado en Venecia? –le preguntó Vincenzo.

–No. Lo había planeado muchas veces, pero al final siempre surgía algo.

–¿Ni siquiera cuando estudiabas arte? Por favor, Julia, no finjas sobre eso. Has reconocido un Corregio y un Veronese a simple vista. Eres una artista.

–Restauradora de arte –reconoció ella a regañadientes–. En una época creía que era una gran pintora, pero mi talento se limitó a imitar el estilo de otras personas.

–Habrás estudiado en Italia, por eso sabes italiano, ¿no?

–Estudié en Roma y Florencia.

–Entonces, me encantará enseñarte toda la casa. Aunque ahora sólo es pálido reflejo de lo que fue. Ojalá la hubieras visto en sus días de gloria.

–Lo has perdido todo, ¿no? –le preguntó ella delicadamente.

–Casi todo –miró a Piero y bajó la voz–. ¿Me queda algún secreto?

–No muchos.

–Perfecto. Entonces, no tengo que aburriros con la historia completa. Con el pato tomaremos vino tinto.

Vincenzo lo sirvió y Julia lo saboreó con deleite.

–Me gustaría ver Venecia en verano. Cuando sea luminosa y alegre y no oscura y tenebrosa –miró a Vincenzo con una sonrisa–. Perdona, no quería criticar tu ciudad.

–Tienes razón. Venecia puede ser tenebrosa. Su historia es romántica y sangrienta e incluso hoy en día hay veces que parece que el peligro acecha por todas las esquinas. En verano llegan los turistas y dicen que es muy bonita y pintoresca, pero si sólo fuera eso, sería insustancial.

–Bonita y pintoresca son dos palabras que yo nunca emplearía –aclaró ella irónicamente–. Es la ventaja que tiene haber dormido en su suelo de piedra.

Él se rió y Julia se dio cuenta de las pocas veces que su cara expresaba diversión.

–Te compadezco –replicó Vincenzo–. Tenemos las piedras más duras. Venecia es la ciudad más encantadora del mundo, pero también puede ser la más cruel. Por eso yo no viviría en ningún otro sitio. ¿Te parece una locura?

–No, lo entiendo. No puedes estudiar arte si no comprendes que

algo que sólo es bonito pierde el interés muy pronto.

–Igual que una mujer que sólo tiene apariencia cansa enseguida. Desgraciadamente, un hombre puede tardar mucho tiempo en comprenderlo y cuando lo ha comprendido, ya puede ser tarde. La mujer con el corazón oscuro y peligroso puede habérsele escapado.

–Unas palabras muy bonitas, pero ¿no estás engañándote?

–¿Tú crees?

–¿Cuántos hombres quieren a una mujer con el corazón oscuro y peligroso?

–Quizá los selectivos.

–¿Cuántos hombres lo son? No se necesita un corazón peligroso para planchar.

–¿Quieres decir que eso es una cualidad de una amante y no de una esposa?

–Quiero decir que lo que dices son fantasías, que no es real.

–No sabía que me conocieras tan bien.

Lo dijo con desenfado, pero con cierto tono cariñoso. La realidad era que no lo conocía en absoluto.

–Me gusta elegir mis fantasías y decidir lo que significan.

La retó con la mirada. Ella aceptó el reto y decidió que el silencio era más eficaz que cualquier palabra.

Miró a Piero, temerosa de que estuviera observándolos con interés, pero estaba coqueteando con Celia, que se reía y le daba vino y más comida. Estaba tan absorto que ella se sintió a solas con Vincenzo, que no le quitaba los ojos de encima.

–¿Por qué no me cuentas quién eres y qué haces aquí? A lo mejor puedo ayudarte.

En otro momento habría respondido inmediatamente que nadie podía ayudarla, pero esa vez se limitó a negar con la cabeza.

–Alguna vez tendrás que decírselo a alguien –insistió él–. ¿Por qué no a mí?

–Porque intimarías demasiado.

–Le gente que te quiere debería intimar. No te encierres. ¿Por qué sonríes?

–Por nada.

–¿Ves? Vuelves a esconderte. Eres como alguien que casi no existe. Sólo sé lo que tú quieres decir y como eso es casi nada... No sé ni tu nombre ni por qué has venido ni por qué haces tantos

esfuerzos por ocultarte en la oscuridad.

–La luz me asusta –susurró ella.

–¿Por qué? Contestas una pregunta y dejas mil en el aire. ¿Cuándo terminarán tus misterios?

–Nunca. Lo mejor es que no intentes desvelarlos.

–¿Para quién es lo mejor?

–Para los dos, pero sobre todo para ti.

–Entonces, ya sabes lo que está pasándome.

–No lo digas. No lo pienses. No permitas que pase.

–¿No quieres que te quieran?

–¿Cómo podría saberlo? ¿Qué es eso?

–¿Quieres decir que nunca te ha querido un hombre?

–Por favor...

–¿Ningún hombre ha querido tenerte entre sus brazos y reclamar el derecho a tenerte en todos los sentidos?

–¿Qué importa lo que quisieran? ¿Qué importa lo que digan los hombres? Hay que ser tonta para creerlos. No, nunca me han querido. Yo he podido creerlo, pero todos nos engañamos alguna vez.

–Hasta que la verdad se abre camino. Lo sé todo de engañarse a uno mismo. Pero el mayor engaño es decirnos a nosotros mismos que podemos vivir sin amor.

–Mírame –Julia se apartó el pelo de la cara–. Soy una mujer mayor.

–No lo eres. Tu cara refleja sufrimiento, pero no edad. Eres una mujer joven que ha aprendido a sentirse vieja por dentro.

Ella sonrió irónicamente.

–Eres demasiado perspicaz.

Él le acarició la mano con los dedos y Julia captó todo lo que él quería decir.

–No lo hagas –le avisó Julia–. No pretendas tenerme.

–¿Y si quiero hacerlo?

–Yo no puedo corresponderte. ¿No entiendes que no tengo nada que ofrecerte?

Él le agarró la mano y bajó la mirada.

–Quizá no quiera que tú me des, sino que tomes.

–Es lo mismo –replicó ella con tristeza–. Tampoco sé hacerlo. Hace tiempo que me olvidé de las dos cosas.

–¿Cuánto tiempo?
Julia tomó aire.
–Seis años, dos meses y cuatro días.
Vincenzo se quedó atónito.
–¿Qué pasó hace seis años, dos meses y cuatro días?
–Metí mis sentimientos en un cofre de hierro y lo enterré tan profundamente que ya no sé dónde está.
–No me lo creo. Lo sabrás cuando quieras. ¿Puedo ayudarte?
–No quiero saberlo. Duele demasiado. ¿Y tú, Vincenzo? Dime a qué profundidad está enterrado tu cofre...
–No tan profundamente como me gustaría. No puedo apañarme sin esos sentimientos. Prefiero que duelan a sentirme muerto por dentro.
–¿Quieres decir que soy una cobarde? –le preguntó ella inmediatamente.
–No he dicho tal cosa.
–La has insinuado.
–¿Por qué intentas discutir conmigo? –le preguntó él tranquilamente.
–Quizá porque sea una cobarde. Me queda poco valor y lo necesito todo.
–¿Soy una amenaza?
–Sí –susurró–. Lo eres.
Ella había dicho que no podía corresponderlo, pero sabía lo fácil que sería para buscar el cariño de ese hombre que parecía tan dispuesto a dar. Sin embargo, la apartaría de su verdadero objetivo y no podía permitir que eso ocurriera.
–Lo eres –repitió Julia.
–No tengas miedo de mí.
–No tengo miedo de ti, pero tampoco voy a abrirte la puerta. ¿Lo entiendes?
–Yo me dije lo mismo, pero tú ya has entrado.
–No tenía esa intención –replicó ella.
–Lo sé. Quizá lo consiguieras por eso. Estabas dentro antes de que yo pudiera desplegar las defensas.
–Te olvidas de que realmente no existo.
Julia intentó decirlo cono un tono desenfadado, pero no le resultaba fácil.

–A veces me gustaría que fuera verdad. Eres un problema. No sé por qué ni cómo, pero eres un problema considerable y vas a meterme en un torbellino.

–No me hagas caso –insistió Julia.

–Esa respuesta es ridícula –pareció enfadado–. Ya sabes que es demasiado tarde.

–Sí –susurró ella al cabo de unos segundos–. Es muy tarde.

Las horas habían pasado, los clientes iban marchándose y las luces fueron apagándose.

Se acercó un camarero para decirle a Vincenzo que lo necesitaban para algún trámite. Cuando se fue, Julia se volvió y se encontró con Piero profundamente dormido.

Vincenzo volvió cuando se marchaba el último cliente y sonrió al ver a su amigo.

–Será mejor que se quede aquí esta noche. Hay un cuarto detrás de la cocina.

Llamó a un camarero y entre los dos llevaron a Piero hasta el pequeño dormitorio y lo tumbaron en la cama.

–Será mejor que tú también te quedes –le dijo a Julia–. Puedes quedarte en el apartamento de arriba que acaba de dejar Celia.

La acompañó por unas escaleras hasta el diminuto apartamento e hicieron la cama.

–Gracias, pero no hacía falta que te tomaras tantas molestias, podía haber vuelto a la casa.

–No –replicó él inmediatamente–. No quiero que duermas sola en ese sitio tan grande y vacío. No estaría tranquilo.

–No tienes que cuidarme –Julia dejó escapar una risa–. Aunque lo haces todo el rato, ¿no? Me fastidia reconocerlo, lo cual es bastante desagradable por mi parte.

La voz de Julia le entraba delicadamente por los oídos, pero también le provocaba dolor. Se esforzaba tanto por esconderle su parte más amable que cuando le permitía vislumbrarla lo encontraba con la guardia baja.

Vincenzo se acercó a ella con una mirada oscura y ardiente y se acordó de la otra vez que la había mirado así. Aquella vez la había abrazado y la había besado sin que ella lo supiera. Seguía sin saberlo. El cuerpo de Julia le había parecido delicado y, los labios, dulces. Esa dulzura se había apoderado de él y había hecho que

anhelara besarla más intensamente, aunque sólo le besara los ojos y las lágrimas. Para ella, nada de aquello había pasado y eso lo entristecía.

Vincenzo le acarició la mejilla. Ella no se apartó y lo miró con tristeza.

–Vincenzo...

–Ssshhh. No digas nada.

Bajó los dedos hasta el contorno de los labios. No podía escapar de ella. Volvió a acariciarle la mejilla y los labios con la punta de los dedos. Fue poco más que un roce, pero a ella la abrasó.

Quiso quejarse, pero no le salían las palabras. Quiso detenerlo, pero no tenía fuerza para hacerlo. Era inevitable desde hacía unas horas. Desde que lo había visto como un hombre. Tendría que haberse largado en ese momento.

Iba a besarla y ella quería tanto que lo hiciera que se quedó impresionada. Iba en contra de todo lo que había planeado, pero ya no le importaba. Notó que lo agarraba y tiraba de él hasta que sus labios se encontraron. Se sintieron extrañamente cómodos, como si ya se hubieran besado en otra vida.

–¿Quién eres? –le preguntó él si apartar los labios.

–No importa –contestó ella, abrumada por las sensaciones–. No soy real.

–Eres real... entre mis brazos.

–Es el único sitio... –susurró ella.

–El resto no importa. Bésame, bésame.

Ella hizo lo que le pedía y descubrió que, después de tanto tiempo sola, seguía sabiendo cómo provocar a un hombre. Fue un descubrimiento embriagador que la desenfrenó un poco. Permitió que sus manos y su boca hicieran todo lo que deseaban hacer y sólo deseaban hacer cosas sensuales y escandalosas. Él tenía razón. Aquello era real y quería entregarse. Vincenzo ardía con cada movimiento de ella. En parte, había descubierto la verdad esa tarde, cuando comprobó que tenía unos pechos generosos a pesar del cuerpo aniñado. Toda la sensualidad que normalmente mantenía contenida, se desbordaba entre los brazos de él y lo incitaba a que fuera más lejos.

Él no sabía su nombre, pero eso ya no tenía importancia. Esa mujer estaba volviendo a la vida y él sabía que era el hombre que lo

había conseguido. Besaba de maravilla, como una mujer que conoce el cuerpo de los hombres. Él bajó los labios a la base del cuello de Julia y los movió en círculos, deleitándose con la respuesta ardiente de ella. Su propia respuesta se le escapaba de las manos. Sólo ella podía detenerlo y no parecía que fuera a hacerlo. Cuando empezó a desnudarla, ella tembló, pero también estaba quitándole la ropa a él. Fue ella quien lo llevó a la cama, y ya nada pudo pararlo.

Capítulo 5

Al amanecer, Julia pensó que había sido el primer hombre en seis años. Había sido una noche rebosante de pasión. Se habían reclamado el uno al otro una y otra vez. Seis años de abstinencia que habían terminado en una noche de satisfacción abrasadora.

Recordaba su cuerpo duro, delgado y fuerte. Su forma de hacer el amor con una mezcla de fuerza y ternura... El primero después de seis años, pero antes...

Antes había habido una pasión entregada al hombre equivocado. Se sentó con cuidado para no despertar a Vincenzo, que dormía como con descuido. Él había hecho el amor con ese mismo descuido, al contrario que la superficie tan controlada que mostraba al mundo. Ella no se había propuesto acostarse con él, eso se dijo a sí misma. Aunque le daba igual si se lo había propuesto o no. El encuentro en la buhardilla le había despertado el deseo físico y había tenido que satisfacerlo.

Él se movió y estiró una mano hasta tocarla. Luego se quedó así, como si nada más en el mundo le importara. Curiosamente, ese gesto la asustó. Era un gesto de cariño, que transmitía sentimientos, y ella sabía que tenía que mantener los sentimientos a un lado. Era la única forma de mantenerse a salvo. Le apartó la mano.

Vincenzo se estiró y estuvo a punto de tirarla de la diminuta cama. Ella se rió y él se despertó y se la encontró mirándolo.

A él también le había impresionado la pasión de Julia. Estaba acostumbrado a verla a la defensiva y le había sorprendido su sensualidad. Se había entregado entera, con una generosidad absoluta, y había exigido con la misma intensidad. Cuando él estuvo saciado, ella estaba dispuesta a empezar otra vez.

En ese momento parecía más joven. Incluso lo miraba con un aire burlón que no había visto nunca.

–Ha sido divertido –dijo ella.

Para Vincenzo la palabra «divertido» no tenía ninguna relación con una experiencia que lo había alterado de pies a cabeza.

Sin embargo, también empleó un tono desenfadado.

–Me alegro de que no te haya parecido una noche desperdiciada.

Ella no dijo nada, pero sacudió la cabeza. Él alargó la mano para que Julia la tomara y atraerla hacia sí, pero ella aprovechó para levantarse. Buscó algo para cubrirse y se puso la camisa de él.

–Se acabó lo bueno... –suspiró Vincenzo.

Ella se rió y salió del cuarto. Vincenzo la siguió, la agarró de los hombros y hundió la cara entre su pelo.

–¿Todo va bien? –le preguntó él delicadamente.

–Claro, muy bien.

–Me alegro.

–¿Sabes hacer café en esta cocina? –le preguntó ella entre risas.

–Claro.

–Estupendo. Luego iremos a ver si Piero se ha despertado. Tendremos que irnos pronto.

–Como quieras.

Julia se volvió repentinamente.

–Deberías saber que no puedes esperar mucho de mí en estos momentos. No estoy acostumbrada al mundo de los vivos. Me he olvidado de cómo se hacen las cosas allí.

–¿El mundo de los vivos? –él frunció el ceño–. No entiendo.

–He pasado los últimos seis años en la cárcel.

Julia le había dicho a Vincenzo que abrir la puerta de una patada había sido muy curativo y era verdad. Se había librado del letargo y estaba preparada para llevar a cabo la tarea que la había llevado hasta allí.

De vuelta a casa con Piero, compró un plano y se puso a estudiarlo en cuanto entraron.

–¿Puedo ayudarte? –le preguntó él.

–Quiero ir a la isla de Murano.

–Toma el barco. Es un viaje de unos veinte minutos. ¿Quieres ir a una fábrica de cristal?

–No. Estoy buscando a un hombre que se llama Bruce Haydon. Tiene familia allí y ellos sabrán dónde está.

–¿Es italiano?

–No, inglés. Tiene familia italiana por parte de madre, pero ha

vivido casi siempre en Inglaterra.

Sabía que Piero quería saber más cosas. Sólo podía decirle que había sido su marido, que la había traicionado vilmente y la había condenado al infierno, pero en ese momento no estaba preparada para decirlo.

Se puso unos vaqueros y Piero la acompañó al embarcadero. Se bajaron unos pasajeros y otros se montaron.

–Vuelve sana y salva –le dijo Piero mientras la agarraba con fuerza del brazo.

–Lo haré –le aseguró ella con un tono amable.

El barco se alejó hasta que Piero desapareció en la distancia. Murano era una isla también llena de canales, pero sin la elegancia de Venecia. Recorrió algunas calles hasta que dio con una casa que tenía una placa con el nombre de los señores Montressi, el nombre de la familia de Bruce. Llamó al timbre y esperó. No hubo respuesta.

Fue a una cafetería y pidió un café y unos sándwiches. Sacó un pequeño álbum de fotos del bolso. Las fotos eran, como mínimo, de hacía seis años. La primera era una foto de boda en la que un hombre muy atractivo sonreía encantado. La novia había desaparecido, Julia la había cortado. Él tenía el pelo y los ojos oscuros, pero la cara era un poco demasiado carnosa para tener el aire dramático de Vincenzo. Tampoco tenía su intensidad y sí cierta autosatisfacción. Julia soltó una exclamación de cansancio. Tenía que olvidarse de Vincenzo. Aunque era casi imposible. Piero le había dicho que era un hombre de todo o nada, pero que él lo daba todo. La noche anterior había comprobado que era verdad. Sin embargo, Piero también había dicho que tenía muchas mujeres que no significaban nada para él. En el fondo, era como ella. La naturaleza le había dado una forma y las lecciones de la vida, otra.

Aquella noche había sido él mismo, se había entregado y se había mostrado sin defensas. Ella estaba avergonzada de sólo haberle correspondido en el aspecto físico, sin darle nada más. Todavía tenía todo el dominio de su corazón. Decirle que había estado en la cárcel había sido un impulso del que se había arrepentido inmediatamente.

Volvió al álbum de fotos para olvidarse de Vincenzo. Siguieron unas fotos de los cuatro años siguientes. El hombre había engordado

un poco, pero seguía siendo atractivo y satisfecho de sí mismo.

–Viera lo que viese en ti… –le dijo a la imagen sonriente–. Lo he pagado con creces.

En la segunda mitad del álbum las fotos eran muy distintas. Eran de un bebé. Empezaban el día de su nacimiento y luego el bebé iba creciendo con pelo rubio rizado y unos ojos resplandecientes. Ella reía constantemente.

Julia cerró el álbum de golpe y cerró los ojos para contener las lágrimas.

–No falta mucho –se dijo así misma–. No falta mucho.

La segunda visita a la casa fue igual de infructuosa. Había oscurecido antes de volver la tercera vez. Cuando dio la vuelta a la esquina, vio las luces en la ventana. Una joven abrió la puerta.

–¿*Signora* Montressi? –le preguntó Julia.

–No, ella y su marido se han ido a pasar la Navidad de crucero por el Caribe. Se marcharon hace tres días. Yo vengo a dar de comer al gato. Volverán en enero.

Julia estuvo a punto de salir corriendo para asimilar el golpe. Había estado muy cerca de conseguirlo, pero se le había escapado de las manos.

Caminó un buen rato sin rumbo antes de tomar el barco de vuelta. Era tarde, pero había muchos viajeros. Miró el agua por encima de la barandilla. Era un alivio volver a su casa. Su casa. Era extraño que el palazzo le pareciera su casa. Allí tendría un recibimiento acogedor y eso era una casa.

–*Scusi… scusi…*

Julia se apartó para dejar pasar a una persona. En ese momento, el barco embistió a una ola especialmente grande. Se balanceó y ella se agarró a la barandilla, pero el bolso empezó a deslizársele por el brazo y se soltó para sujetarlo, pero cayó al agua con su preciado álbum de fotos.

A Vincenzo le habría gustado marcharse de la cena en el Hotel Danieli, pero se había comprometido y tenía que cumplir. Se sentó al lado de una heredera que no sabía nada de su historia, sonrió, fue encantador y se olvidó de ella en cuanto terminó la fiesta. El hotel estaba cerca de su casa. Estaba dándole vueltas a la cabeza cuando

pasó junto al embarcadero.

–Piero… ¿Qué haces aquí?

–Espero su barco –le contestó el anciano.

Vincenzo se preocupó. Normalmente, iba por las tardes. Si empezaba a ir por las noches, significaba que había empeorado.

–No creo que haya más barcos esta noche –Vincenzo le apoyó la mano en el hombro.

–Falta uno –replicó Piero tranquilamente–. Ella vendrá en ése.

–Piero, por favor… –le rompía el corazón verlo pasar frío inútilmente.

–¡Allí viene! –exclamó Piero–. Fue a Murano. Yo la acompañé al barco esta mañana.

–¿Te refieres a Julia?

–Claro. ¿A quién si no?

–Bueno… estaba un poco confundido. Seguramente haya bebido demasiado. ¿Qué es todo eso de Murano?

–Fue a buscar a alguien que se llama Bruce Haydon.

La vieron apoyada en la barandilla. Ella también los vio, sonrió y los saludó con la mano. Ellos también la saludaron y Vincenzo comprobó que Piero estaba feliz. Se preguntó a quién estaría viendo el anciano.

Cuando el barco atracó y los pasajeros empezaron a desembarcar, Piero fue hacia ella con los brazos abiertos y Julia lo abrazó con fuerza.

–Has vuelto. Has vuelto a casa.

–Sí, a casa –corroboró ella–. Eso mismo estaba pensando.

–Menos mal que has vuelto –comentó Vincenzo–. Estábamos un poco preocupados.

Fue como si ella lo viera por primera vez.

–No había motivo. No estaba perdida.

–No lo sabíamos. Bueno, no importa. Estás bien.

Los tres atravesaron la plaza de San Marcos y entraron en el laberinto de callejones y canales que los llevaba a su casa. Vincenzo la agarró del brazo hasta que ella se soltó bruscamente. Estaba enfadada con él por saber su secreto, que había estado en la cárcel, aunque se lo había contado ella misma.

–Estoy bien. No necesito ayuda.

–Sí la necesitas. Estás susceptible y muy rara. No te alejes

cuando quiero hablar contigo.

–No hables conmigo cuando quiero alejarme.

–Si no eres...

–No sirve de nada intentar razonar con ella –intervino Piero–. Yo lo he intentado, pero es inútil. Al fin y al cabo, es una mujer –añadió provocadoramente.

Julia se dio la vuelta y avanzó de espaldas con la mirada clavada en él.

–Te pisaría los dos pies si tuviera fuerzas.

Piero dio unos pasos de baile como respuesta.

–No creo que pudieras. He sido bailarín en el Royal Ballet de Londres.

Ella lo imitó para regocijo de los paseantes y de Vincenzo, que los miraba con una sonrisa.

–¿Te ha ido todo bien? –le preguntó Vincenzo una vez sentados junto a la estufa.

–No ha podido ir peor. Las personas que estaba buscando están de crucero. Se me han escapado por tres días y no volverán hasta enero. Tenía un álbum con fotos del hombre que estoy buscando y se me ha caído por la borda.

–Para haberlo perdido todo estás increíblemente contenta –comentó Vincenzo.

–No estoy contenta, estoy furiosa. Me he portado con debilidad, pero eso se ha terminado. Cuando se me cayeron las fotos, me quedé destrozada un minuto, pero luego me dije que era hora de plantar cara.

–El hombre que buscas... –empezó Vincenzo con delicadeza–. ¿Tiene algo que ver con lo que me dijiste anoche?

–¿Con haber estado en la cárcel? Sí, él me metió allí. Mintió y engañó hasta que consiguió que me encerraran por su delito –miró a los dos–. Era mi marido.

Piero miró hacia otro lado lentamente y Vincenzo se agitó.

–No me llamo Julia, me llamo Sophie Haydon. Mi marido era Bruce Haydon. Mi madre me previno contra él, pero no le hice caso. Luego, siempre estuvimos un poco incómodas la una con la otra.

–¿Y tu padre? –le preguntó Piero.

–No lo conocí. Murió cuando yo era un bebé. Bruce y yo nos casamos hace nueve años. Tuvimos una hija al año siguiente, una

niña maravillosa que se llama Natalie. Yo la adoraba. Ahora tendrá cerca de nueve años. Bruce tenía una pequeña empresa de importación y exportación. No iba muy bien y detestaba que yo ganara más dinero que él. Yo trabajaba de restauradora y empezaba a tener clientes muy buenos. De repente, hubo una serie de robos de obras de arte en casas donde yo había trabajado. Naturalmente, la policía sospechó de mí porque conocía los sistemas de alarma y dónde estaban las llaves.

Se calló un rato y se quedó con la mirada perdida. Luego, se levantó de un salto y empezó a ir de un lado a otro.

–Sigue –le pidió Vincenzo con un tono tenso.

–Me acusaron y me juzgaron –soltó una risotada–. Bruce me soltó un discurso sobre pelear juntos y yo lo creí. Nos queríamos... Tiene gracia...

Volvió a quedarse en silencio y todos respetaron su dolor.

–Durante los días previos al juicio –siguió ella por fin– yo le daba vueltas a dos situaciones. Por un lado, no podía creerme que me encontraran culpable, pero por el otro, sabía exactamente lo que iba a pasar. Sabía que iban a apartarme de Bruce y Natalie y pasaba cada segundo que podía con ellos. Bruce y yo...

No quiso recordar aquellas noches de pasión y sus declaraciones de amor eterno.

–Llevamos a Natalie a comer en el campo. De vuelta, paramos en una juguetería y ella se enamoró de un conejo. Se lo compré y fue abrazada a él durante todo el camino. Cuando empezó el juicio, me despedí de ella por la mañana y estaba abrazada al conejo. Cuando volví a casa, ella seguía abrazada al conejo. La vecina que se quedó a cuidarla me dijo que no lo había soltado en todo el día. El último día del juicio, yo me preparé para salir de casa y Natalie empezó a llorar. Nunca lo había hecho, pero era como si supiera que yo no iba a volver. Me agarró del cuello con todas sus fuerzas mientras me decía que no me fuera –hacía un esfuerzo para hablar a pesar de las lágrimas que le caían por las mejillas–. Tuvieron que quitármela de encima a la fuerza mientras ella gritaba. Luego, se hizo un ovillo en un sofá con el conejo. Fue la última vez que la vi. Ella sólo supo que me había marchado y no había vuelto. Donde quiera que esté ahora, ése es el último recuerdo que tiene de mí.

Se dio la vuelta bruscamente y se agarró al respaldo de la

butaca. Vincenzo se levantó de un salto para sujetarla, pero ella se puso recta antes de que la tocara.

–Estoy bien. ¿Por dónde iba?

–El juicio.

–Ah, sí. Me declararon culpable. Bruce fue a verme un par de veces y me prometió que llevaría a Natalie la siguiente vez, pero nunca lo hizo. Un día dejó de ir y mi madre me dijo que había desaparecido con mi hija. Me puse histérica y me pusieron en observación por miedo a que me suicidara. Eso fue hace seis años y no he vuelto a verlos desde entonces. Había sido él. Había hecho una copia de mis llaves. Me había llevado al trabajo y me había sonsacado toda la información. A veces había personal de seguridad, pero confiaban en él porque iba conmigo. Se asoció con una banda de ladrones de arte y desaparecieron.

–¿No se lo dijiste a la policía? –le preguntó Piero.

–Sí, pero hasta a mí misma me parecía endeble. Como si quisiera agarrarme a cualquier cosa para librarme. No sabía casi nada. Sólo sabía que él tenía a mi hija. Tenía dos años y medio la última vez que la vi. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? ¿Qué le ha dicho de mí? ¿Tiene pesadillas de los últimos momentos como las tengo yo?

Se hizo otro silencio cargado de dolor.

–Un día –retomó la historia– se subastaron un par de los cuadros robados y la policía tiró del hilo hasta el cerebro del robo. Lo contó todo. Contó que Bruce se reía de cómo yo confiaba en él y de lo fácil que era engañarme.

–¡Canalla! –exclamó Vincenzo.

–Sí, pero supongo que debería alegrarme porque eso me libró. Demostró que Bruce y yo no habíamos colaborado y me soltaron. Mi abogado ha pedido una indemnización, pero el dinero sólo me interesa para encontrar a Bruce.

–¿No lo está buscando la policía?

–No con el mismo interés. Para ellos sólo es un fugitivo más; para mí es un enemigo.

–Entiendo –susurró Vincenzo casi para sí mismo.

–Me ha destrozado la vida, ha dejado que me pudriera en la cárcel y se ha llevado a mi hija. Quiero recuperarla y todo lo demás me da igual.

–¿No tienes familia que pueda ayudarte? –le preguntó Piero.

–Mi madre murió con el corazón destrozado cuando yo estaba en la cárcel. Me dejó muy poco dinero, el justo para venir hasta aquí y empezar a buscar a Bruce.

–Entonces, has venido a Venecia a buscar a sus familiares, ¿no?

–Sí. Son familia lejana, pero podrían saber algo que me fuera útil. Tenía algunos buenos amigos que iban a verme a la cárcel y me contaban historias de Bruce. Algunas eran disparatadas, como que estaba en Arizona, en China o en Australia, pero dos personas me dijeron que lo habían visto en Italia, una vez en Roma y otra en Venecia, en el puente Rialto. Por eso fui a ese puente en cuanto llegué a Venecia. No me preguntéis qué iba a hacer porque no lo sabía. Si mis amigos lo han visto, puede no significar nada o puede significar que vive cerca de aquí, a lo mejor, incluso lo habéis visto...

–Vendría bien que tuvieras una foto –se lamentó Vincenzo.

–Lo sé, pero mis fotos están en el fondo de la laguna. Si os las hubiera enseñado la semana pasada...

–La semana pasada tenías mucha fiebre –la tranquilizó Piero–. No sabías ni dónde estabas. Ha sido mala suerte. Además, lo más probable es que no lo conozcamos.

Ella asintió con la cabeza.

–Los Montressi son mi mejor pista. Volverán en enero. Entonces, lo cazaré y recuperaré a mi hija.

–¿Tú crees? –le preguntó Vincenzo–. Después de seis años, querrá quedarse donde está.

Ella lo miró con unos ojos que le helaron la sangre.

–Soy su madre –aseguró lentamente–. Es mi hija. Si alguien intenta detenerme...

–¿Qué? –preguntó Vincenzo con inquietud.

–Haré lo que tenga que hacer, sea lo que sea.

Vincenzo comprendió que no quería ser más explícita porque podía ser aterradora. No la reconocía. Ella había dicho que estaba loca como una cabra y en ese momento, él no sabía si había cruzado el límite entre realidad y fantasía. Tampoco podía reprocharle que la tragedia la hubiera desquiciado.

Capítulo 6

Entonces –comentó Vincenzo con delicadeza–, cuando encuentres a Bruce...

–Va a devolvérmela. Si es razonable, le daré veinticuatro horas antes de decirle su paradero a la policía.

–Pero se escapará... –señaló Piero.

Ella se volvió para mirarlo.

–No pensarás que voy a mantener mi palabra, ¿no? En cuanto esté a salvo con Natalie, le diré a la policía donde está. No me da ningún remordimiento hacerle cualquier cosa. He aprendido a ser fuerte. Soy otra persona. Sophie era tonta. Creía que los sentimientos eran maravillosos porque la hacían feliz.

–Yo no creo que fuera tonta –le replicó Vincenzo.

–Era peor que tonta –aseguró con cierto desdén–. Necesitaba a la gente y creía en ella. No había aprendido que ése es el camino directo al infierno. Pero Sophie ha muerto. Julia sabe aprovecharse de la gente en vez de confiar en ella. Es más sabia.

–¿Demasiado sabia para amar? –le preguntó Vincenzo–. ¿Demasiado sabia para necesitar?

–Demasiado sabia para sentir. En la cárcel aprendió a no sentir nada.

–¿Ni siquiera por su hija?

–Eso es distinto. Es parte de mí. Es como si me hubieran arrancado el corazón.

–Por eso dijiste que no tenías nada que ofrecer –le recordó él en voz baja.

–Sí. Es verdad, créelo.

Él tenía un brillo de rabia en los ojos.

–Supongamos que prefiero no creerlo.

–Tú sabrás lo que haces, pero yo te lo he advertido.

Él se quedó en silencio y asintió con la cabeza.

–Me voy. Acompáñame un rato...

Ella lo siguió en silencio.

–Falta mucho hasta mediados de enero –le dijo él cuando llegaron a la puerta–. ¿Qué vas a hacer?

–Afilar la espada –le contestó ella con humor ácido.

–No hables así –la reprendió con aspereza.

–¿Por qué? ¿Porque tienes una imagen idealizada de mí? Quizá fuera dulce y delicada, pero ahora soy un monstruo que sabe pelear con malas artes y voy a hacerlo.

Él arqueó una ceja.

–Yo sólo iba a proponerte que ocuparas el sitio de Celia. Naturalmente, para una artista, servir mesas es rebajarse...

–Pero para una ex presidiaria es una mejora –añadió ella despreocupadamente.

Él no se tragó el anzuelo.

–¿Vas a aceptar el trabajo?

Sophie dudó. Se había prometido tener cuidado con él. Aunque rompía esa promesa constantemente, porque él le llegaba al corazón.

–No te preocupes –añadió Vincenzo como si le hubiera leído el pensamiento–. No voy a molestarte. Es más, voy a disculparme.

–¿Por qué?

–Por presionarte. Suponía que te había pasado algo, pero no me imaginaba que fuera algo tan doloroso.

Ella sonrió con un burla de sí misma.

–Ahora ya sabes cómo me convertí en una bruja sedienta de venganza. No es una imagen agradable, ¿verdad?

–No estoy juzgándote. Pero tampoco creo que Sophie esté muerta. Creo que sigue viva en algún sitio.

–Sigues engañándote –suspiró–. Te he avisado.

–Dejémoslo por un momento. Necesitas un sitio y tranquilidad y yo te los daré mientras trabajes para mí.

–De acuerdo. Acepto el trabajo.

–Muy bien. Puedes quedarte en el apartamento que hay encima del restaurante.

Ella sacudió la cabeza.

–Gracias, pero me quedaré aquí. No puedo dejar solo a Piero. Ya sé que estaba solo, pero algo ha cambiado. Tengo la sensación de que me necesita.

–Creía que no tenías sentimientos...

–Es una obligación familiar.

–¿Sois familiares?

–No de sangre, pero sí en otro sentido. Además, no son sentimientos, es supervivencia.

–¿Y yo? ¿Formo parte de esa familia?

Ella no contestó y él comprendió que no entraba en ese círculo. No tendría que importarle, él tenía familia para pasar la Navidad, pero le dolió.

La Navidad se acercaba y las luces empezaron a brillar por todos lados. Todo el mundo se deseaba unas felices fiestas y se veían árboles adornados y figuras con ropajes rojos por las esquinas.

–Papá Noel –exclamó Sophie.

–*Babbo Natale* –la corrigió Piero–. *Babbo* quiere decir padre.

–Yo creía que se decía papá.

–También, pero *babbo* es más local todavía y más propio de los niños pequeños.

–¿Elena te llamaba así?

–Claro. Siempre fui *babbo* para ella. Menos cuando… Bueno hubo una época que discutimos mucho y empezó a llamarme papá, pero cuando vuelva me llamará *babbo*.

La semana antes de Navidad, Venecia apareció nevada. Piero y ella salieron de paseo por la ciudad completamente transformada. Las góndolas cubiertas de nieve se balanceaban en los canales y el pálido sol se reflejaba en la blancura.

Vincenzo se había empeñado en darle una generosa cantidad de dinero por salvar su casa. Lo llamó su gratificación por ocuparse del palacio. Sophie se lo entregó inmediatamente a Piero. Él se resistió, pero ella le dijo que era la mitad y que sólo lo compartía con él. A juzgar por su expresión, no se lo creyó, pero aceptó el dinero.

–Cómprate algo de abrigo –le aconsejó ella.

Los días pasaron y ella no le vio ninguna prenda nueva. Evidentemente, tenía otras prioridades que ella no iba a discutir.

Sophie tuvo mucho éxito en el restaurante. Venecia estaba repleta de turistas de Navidad y el restaurante estaba lleno todos los días. Algunos clientes insistían en que los atendiera ella. Sophie disfrutaba con esa admiración y comprobó con satisfacción que a

Vincenzo no le hacía ninguna gracia.

–No puedes permitir que Antonnio te monopolice –le exigió una noche–. Hay otros muchos clientes.

–Es de los que no quieren pasar desapercibidos.

La insistencia de Antonnio le había venido muy bien a su vanidad.

–Y tú eres de las que siempre le sirve primero –gruñó Vincenzo.

–Porque se pone en la mesa que está al lado de la cocina.

–Sí, para poder agarrarte de la mano cuando pasas al lado –replicó de un mal humor que ella no le había visto nunca–. De ahora en adelante, lo atenderé yo.

Sophie se rió.

–Va a encantarle.

–A ti va a encantarte.

–La verdad es que me prometió una propina especial...

–Ten cuidado con sus propinas especiales. Todo el mundo sabe que no son en dinero.

Sophie lo agarró del brazo.

–No seas tan exagerado. Sólo hago mi trabajo. Después de seis años encerrada entre mujeres, necesito que me admiren un poco.

–¿Que te admiren un poco? Te habría tirado en el suelo...

Ella no dijo nada y lo miró irónicamente.

–Entiendo –siguió Vincenzo sombríamente–, es posible que la mujer que presume de no tener sentimientos disfrute poniéndome celoso.

–La mujer sin sentimientos dice que no te pertenece y que no tienes derecho a estar celoso. ¿Qué ha pasado de tu promesa de darme espacio?

–No sería el primer hombre en prometer algo que no puede cumplir.

–¿Qué esperas, Vincenzo?

–Quizá espere encontrar a Sophie.

–Ha desaparecido. Murió el segundo año que pasé en la cárcel. No volverá.

–Estás equivocada. Nunca se fue del todo. Por eso no puedo librarme de ti.

Se habían parado debajo de una farola que los iluminaba con una luz espectral. Él se dio cuenta de que ella tenía la cara un poco

más rellena. Los rasgos eran muy bonitos y parecía algo más joven. Esa noche le había parecido una sirena por la adulación de los clientes que la convertían en mil personas distintas según su estado de ánimo. Ninguna de ellas era la mujer verdadera, pero todas lo enloquecían.

–Deberías intentar librarte de mí con más fuerza –le aconsejó ella–, es un cuestión de fuerza mental.

–Quizá no quiera tener fuerza mental.

Empezó a nevar y lo miró entre los copos.

–Al final, me iré y te dejaré –susurró ella–. Como todos.

–Lo sé. Pero, ¿quién sabe cuándo será ese final? Esta noche, no.

La abrazó mientras hablaba. Ella se dejó abrazar, le ofreció los labios para que los besara y lo correspondió con pasión. Sabía que la pasión era su peor enemigo. La amenazaba con distraerla de su objetivo, pero no podía evitarlo. Él le había devuelto la vida y era una sensación dulce, ardiente y aterradora.

–No... no... –susurró ella casi para sus adentros.

Él se apartó para mirarla a los ojos alterados.

–¿Quieres que pare?

–No –respondió mientras volvía a besarlo.

Lo besaba con un anhelo descontrolado, como poseída por unos sentimientos que casi no podía soportar. Era ella quien se adueñaba de su boca, sus labios y su lengua con apremio y deleitándose con la reacción de él.

–Quédate esta noche conmigo –murmuró él sin separar los labios.

–No... esta noche, no... –ella sacudió la cabeza.

–¡*Mio Dio*! ¿Cuánto crees que puede aguantar un hombre? No eres justa. Él se aprovechó de ti y tú estás vengándote en todos los demás.

–No. Te lo juro. Pero creo que no pertenezco a ninguna parte. El pasado ha quedado atrás y no puedo hablar del futuro.

–Tu hija es lo único que te importa. Ya lo sé –él suspiró–, pero puedo esperar mi turno.

–¿Aunque no llegue nunca?

–¿Crees que algún día conseguirás tu deseo más íntimo?

–Tengo que conseguirlo –susurró ella.

–Yo también. Dejémoslo ahí y esperemos que lleguen mejores

tiempos.

Vincenzo le rodeó los hombros con el brazo y ella se reclinó ligeramente sobre él.

Llegó la Nochebuena. El restaurante estaba cerrado, Vincenzo se había ido a pasarla con su familia y Piero y ella la pasarían en el palazzo. Se habían hecho con algunos productos típicos, entre otros el *pannetone*.

–Se supone que tendríamos que ayunar veinticuatro horas –le explicó Piero–, pero no creo que haya que seguir ciegamente todas las tradiciones.

–Yo tampoco. Vamos a tomar un poco de tarta. Todavía me acuerdo de cuando colgaba los calcetines de niña.

–Los niños no hacen eso en Italia. Los regalos llegan con la Epifanía, en enero.

–Yo no voy a esperar hasta entonces para darte tu regalo.

–Hace dos semanas me diste los guantes y la bufanda –le recordó él.

–Tenía que dártelos antes de que murieras congelado. ¿Qué ha pasado con el dinero que ibas a gastarte en ropa de abrigo?

–Me lo jugué. Yo era famoso por hacer saltar la banca en Montecarlo.

–No me lo cuentes... Toma unas botas y unos calcetines.

Piero se puso todo y desfiló orgulloso por delante de ella.

–Esto es para ti –Piero sacó un pequeño paquete hecho con papel de periódico.

Era un pequeño Pierrot de porcelana con antifaz negro y traje de colores. Ya sabía qué había hecho con el dinero. Ella lo había visto en una tienda y costaba una fortuna.

–Pierrot –confirmó ella.

–Para que no te olvides de mí.

–¿Crees que iba a olvidarme? Feliz Navidad, Pierrot.

–Feliz Navidad.

Vincenzo le había regalado un teléfono móvil y la llamó el día de Navidad.

–Es una Navidad triste para ti –le dijo él.

–La verdad es que no. Tengo amigos y esperanza. ¿Esa risa que

se oye es de tu sobrina?

–Sí, es Rosa.

–Es un sonido maravilloso...

–Ya llegará tu momento. Aférrate a esa esperanza –le dijo.

–Lo haré. Feliz Navidad.

–Feliz Navidad... Sophie.

Ella sonrió y colgó sin contestar.

Después de la calma de Navidad llegó el frenesí. Estaban recogiendo en el restaurante por la noche cuando Sophie se dirigió a Vincenzo.

–¿Te importa si me voy antes? Quiero volver con Piero.

–¿Le pasa algo? –le preguntó Vincenzo.

–Está un poco resfriado.

–Se habrá resfriado en el embarcadero. Ojalá no hiciera eso con este tiempo.

–Ya no va... No ha vuelto desde que... –se quedó en silencio al darse cuenta–. Desde que fui a Murano.

–Y te recogimos. Y desembarcaste y lo abrazaste.

Cuando llegó a la casa, miró hacia arriba para ver si Piero estaba esperándola en la ventana como hacía algunas veces. No vio a nadie y, sin saber el motivo, echó a correr.

Entró en su habitación y no pudo verlo al principio. Estaba tumbado y respiraba con dificultad. Ella se movió con cuidado para no despertarlo, pero no lo habría despertado hiciera lo que hiciera. Tenía la frente caliente y al respirar parecía como si la garganta fuera a partirse en dos.

–Piero –lo sacudió un poco–. ¡Piero!

–*Ciao, cara* –gruñó él.

–Dios mío. Es grave. Voy a buscar a alguien.

–No hace falta –la agarró del brazo–. Quédate –susurró–. Quiero estar contigo...

–No –se resistió ella con firmeza–. Tienes que curarte. Voy a llamar a Vincenzo. Él sabrá qué hacer. No te muevas –le dijo antes de darse cuenta de la tontería que había dicho.

Una sombra de hilaridad cruzó la demacrada cara de Piero.

–No lo haré.

Sacó el teléfono móvil y se fue a otro cuarto.

–Es Piero. Está muy enfermo. Creo que puede ser neumonía.

–Quédate con él. Yo llamaré a una ambulancia e iré para allí.

Cuando Sophie volvió, se encontró a Piero sentado y mirando a todos lados. Estiró un brazo al verla.

–No te encontraba...

Se agarró a ella como un niño.

–He llamado a Vincenzo. Mandará una ambulancia.

–No quiero... hospital... Sólo tú. Agárrame.

Ella volvió a tumbarlo en el sofá y se arrodilló junto a él sujetándolo de las manos. Piero la miraba como si eso fuera lo único que quería hacer. Ella tenía la sensación de que el final estaba cerca. Estaba segura de que Piero también lo sabía y de que quería pasar los últimos momentos solo con ella.

Oyó un ruido fuera y se asomó. Vincenzo abrió la puerta de hierro y la dejó abierta. Ella volvió a abrazar a Piero. Al cabo de unos segundos, Vincenzo entró en la habitación.

–La ambulancia está de camino.

Vio los ojos de Piero, se inclinó por detrás del respaldo del sofá y lo agarró del brazo.

–Amigo, no nos des sustos como éstos.

Piero sonrió débilmente.

–No necesito... ambulancia... Tengo todo... lo que necesito... desde que ella volvió...

Vincenzo frunció el ceño. Miró a Sophie y se acordó de lo que habían comentado antes.

–No se refiere a mí –dijo ella en voz baja.

Vincenzo asintió con la cabeza. Había entendido.

–Sí, he vuelto –le dijo ella a Piero–. Siempre supiste que volvería, ¿verdad, *babbo*?

Ella dudó un instante antes de usar la expresión que usaba su hija. Él la miró radiante de felicidad y ella supo que había acertado.

–Claro –susurró él–. Siempre. No dejé de ir a esperarte. La gente decía que estabas muerta, pero yo sabía que volverías en el barco...

Piero suspiró, sonrió levemente y cerró los ojos. Vincenzo y Sophie se miraron.

Piero volvió a abrir los ojos.

–Tenía miedo –dijo con un hilo de voz–, pero cuando me viste,

sonreíste… supe que me habías perdonado…

Sophie contuvo el aliento. Tenía los ojos empañados de lágrimas.

–No había nada que perdonar, *babbo* –susurró ella.

–Sí… –insistió él débilmente–. Dije cosas espantosas… tengo genio… luego me arrepiento… pero esa vez…. esa vez… –se le aceleró la respiración–. No quería decirlo…

–Claro que no. Lo supe siempre. Te perdoné hace mucho.

Piero sonrió. La luz estaba abandonándolo, pero fue la sonrisa más radiante que ella le había visto.

–Elena… Elena… –súbitamente pareció asustado.

–Estoy aquí. Te quiero, *babbo*.

–Te quiero, hija.

Vincenzo se dio la vuelta con los ojos tapados.

Oyeron unos pasos en el vestíbulo.

–¿Hay alguien?

Vincenzo intentó dominarse y salió para encontrarse con los dos jóvenes que habían llegado en la ambulancia.

–¡Qué forma de vivir! –exclamó uno de ellos al entrar en la habitación–. Será mejor que nos lo llevemos pronto.

–Ya es tarde –aseguró Sophie con un susurro.

Se acercaron a las dos figuras abrazadas. Piero yacía con aire de tranquilidad.

–Pobre hombre –se compadeció uno de los jóvenes.

Sophie apoyó la mejilla contra el pelo blanco de Piero.

–No lo compadezca –le replicó delicadamente–. Murió como quería morir, en brazos de su hija.

Los jóvenes tumbaron a Piero en una camilla. Sophie le dio el último beso en la frente antes de que se lo llevaran en una lancha ambulancia. Vincenzo y ella se quedaron en la ventana hasta que dejaron de verla. Entonces, Vincenzo abrió los brazos y ella fue a ellos.

–Voy a echarlo mucho de menos.

–Yo también, pero tienes razón. Al final fue feliz –tomó su cara entre las manos–. Has estado maravillosa.

Le apartó el pelo de la cara y la estrechó contra sí. Estuvieron así

durante mucho tiempo sin decir nada.

–Vas a venir a vivir conmigo –dijo él por fin–. No puedes vivir sola.

–De acuerdo, pero no todavía –miró la habitación–. Quiero pasar una noche más aquí.

Las escasas pertenencias de Piero seguían allí, incluidos los regalos que ella le había hecho. Se sentó en la cama y tomó los guantes.

–¿Quién era en realidad?

–El catedrático Alessandro Calfani, un filósofo. Hubo un momento en el que creí que lo conocía bien, pero ahora creo que nunca lo conocí en lo importante. ¿Entendiste lo que significaba para él que Elena lo perdonara?

–Él me dijo que ella lo llamaba *babbo*, pero que dejó de hacerlo por un alejamiento. Creo que tuvieron una discusión muy fuerte. Supongo que cuando él quiso disculparse, ya era demasiado tarde.

–Pero al final se quedó tranquilo –Vincenzo se sentó junto a ella.

La visión de las cosas de Piero le produjo un dolor insoportable y Sophie se tapó la cara con las manos.

–Lo quería mucho –sollozó sobre el hombro de Vincenzo.

–Yo también –Vincenzo la abrazó con fuerza.

–Quédate esta noche aquí –le pidió ella–. Quiero recordarlo contigo.

Se tumbó junto a ella en la estrechez de la cama y los tapó con las mantas. Ella seguía sollozando y él no hizo nada para que dejara de hacerlo. Le acarició el pelo y le dio un levísimo beso en los labios. Ella lo miró inmediatamente.

–No pasa nada –le susurró él–. Duérmete. Estaré aquí.

Cerró los ojos y él notó que se tranquilizaba. Luego se durmió, pero al cabo de un rato se agitó y empezó al balbucir.

–Julia... –susurró él–. Sophie... –ella se despertó muy alterada–. ¿Qué pasa?

–Es un sueño... Ha vuelto...

–¿Qué sueño?

–Es sobre Annina.

–Te identificabas con ella, ¿verdad? Ahora lo entiendo. Tú amabas a tu marido y él te encerró durante años...

–Y morí –dijo ella lentamente–. Morí...

–Es lo que dijiste delante de la pintura.

Ella lo miró.

–¿Cómo pudiste saberlo? Sólo estaba en mi sueño.

–Estabas sonámbula. Yo te seguí para cerciorarme de que no te pasaba nada.

–Claro... Dijiste que eras mi amigo...

–¿Te acuerdas de algo más? –le preguntó algo nervioso.

–Sí –sonrió débilmente–. Me besaste.

–Era la primera vez que te besaba y tú no lo supiste ni en ese momento ni al día siguiente. Yo esperaba que te acordaras, pero tú fingías no verme.

–¿Por qué no me lo dijiste?

–No podía. Tenías que recordarlo por tus medios –Vincenzo sonrió–. Decidí esperar a que llegara el momento adecuado.

–No esperaste mucho.

–Es verdad. Soy impaciente.

–Me alegro –le rodeó el cuello con los brazos–. Me alegro mucho.

Él también la abrazó cuando comprendió que lo había entendido bien.

–Mi amor –dijo él–. Vamos a alejar los fantasmas. Ahora no caben aquí.

–No –ella se estrechó contra él–. Ahora, no.

Capítulo 7

Al día siguiente, Sophie se mudó al apartamento encima del restaurante. La habitación principal era también un dormitorio, y luego había un cuarto de baño mínimo y una cocina más pequeña todavía.

Año Nuevo estaba a la vuelta de la esquina y ella aceptaba cualquier trabajo con tal de tener la cabeza ocupada.

–No exageres –le advirtió Vincenzo un día–. Has venido temprano, te has quedado toda la tarde limpiando y ahora empiezas otro turno.

–Prefiero estar ocupada. Los Montressi volverán pronto. Cuando haya pasado Año Nuevo, volveré por Murano.

–¿Tú sola?

–Sí. No te preocupes. Si no han vuelto, no me tiraré a la laguna. Lo intentaré hasta que los encuentre. Iré en cuanto haya pasado el funeral de Piero.

Vincenzo había organizado todo para que Piero estuviera enterrado al lado de Elena en la isla de San Michele. Al entierro, aparte de ellos dos, sólo fueron los enterradores. Durante el servicio religioso, ella no dejó de mirar al ataúd cubierto por las flores que habían encargado Vincenzo y ella. Sólo lo había conocido durante unas semanas, pero le pareció que había perdido un amigo muy querido. Metieron el ataúd en un nicho junto al de Elena. En la lápida de ella había una imagen que mostraba una chica sonriente y bastante parecida a su padre.

–Adiós –susurró ella–. Gracias por todo.

–Me gustaría dejar algunas flores frescas en la tumba de mi hermana –pidió Vincenzo.

Caminaron junto a una pared de flores hasta que Vincenzo se paró y señaló por encima de su cabeza.

–Ésa es Bianca. Su marido está al lado de ella.

Sophie inclinó la cabeza hacia atrás, pero no pudo distinguir las imágenes.

–¿Cómo llegas tan arriba para cambiar las flores?

–Hay una escalera por algún lado.

Vincenzo desapareció detrás de una esquina y volvió a aparecer al cabo de un instante con una escalera con ruedas. Sophie miró a su hermana y comprobó enseguida el parecido entre los dos. Bianca tenía un encanto muy atractivo.

–A mí no me gustaba él, pero ella lo amaba. Sólo estuvieron cuatro años juntos antes de morir.

–¿Por qué no te gustaba?

–Era demasiado... delicado. Puedes verlo en su cara.

Ella volvió a mirar hacia arriba para ver la cara del hombre que estaba parcialmente tapada por las flores. De repente, sintió como si se quedara sin aire y tuvo que agarrarse a la escalera.

–¿Qué te pasa? –le preguntó Vincenzo con preocupación.

–Quiero subir hasta arriba.

–¿Por qué? ¿Qué te pasa?

–Tengo que verlo de cerca.

Como si avanzara por una pesadilla, empezó a subir la escalera con la mirada clavada en la cara del hombre. Tomó aliento como si así fuera a cambiar. Tenía que ser un error espantoso. Pero no era un error, la cara tallada en el mármol era la de su marido.

Oía que Vincenzo la llamaba a gritos desde muy lejos. El mundo dejó de girar y se dio cuenta de que estaba sentada en la escalera temblando compulsivamente.

–Por favor, ¿qué te pasa? Has estado a punto de desmayarte.

–Es él –consiguió decir ella.

–¿Quién?

–Bruce, mi marido.

–Sophie, estás alterada por los nervios.

–Te digo que es él.

Se levantó.

–Voy a volver a mirarlo.

–De acuerdo, verás cómo es un parecido casual.

Volvió a subir al último escalón y lo miró casi con la esperanza de haberse equivocado. Sin embargo, era la cara que odiaba. Volvió a bajar y se sentó en los escalones con la sensación de que estaba

convirtiéndose en hielo.

–Es Bruce –dijo ella lentamente–. ¿Qué hace aquí?

–Creo que te equivocas. Hace mucho tiempo que no lo ves y tienes los recuerdos distorsionados por el odio.

–Sé cómo era –replicó ella con tono enfadado–. ¿Por qué perdería las fotografías? Es él.

Vincenzo resopló. Si ella tenía razón, las implicaciones serían tan monstruosas que no podía aceptarlas por el momento.

–No puedo comprenderlo. Yo lo conocí como James Cardew. Llegó hace cinco años.

–¿Estaba solo?

–Sophie...

Lo agarró de la mano con todas sus fuerzas.

–¿Iba alguien con él? Dímelo.

–Una niña pequeña –dijo lentamente.

–¿De qué edad?

–De unos tres años.

–¿Ojos azules y el pelo un poco pelirrojo?

–Sí.

–Es mi hija. ¿Dónde está?

–¡*Mio Dio*! –susurró abrumado–. ¿Cómo es posible?

–¿Dónde está?

–Vive conmigo desde que ellos murieron.

–Tengo que verla.

–¡Espera! –la agarró de los brazos–. No es tan sencillo.

–Es mi hija y soy su madre. ¿No te parece sencillo?

–No puedes ir a decirle quién eres. Ella cree que estás muerta.

Sophie sacudió la cabeza violentamente.

–No te creo.

–James nos dijo que era viudo. La niña lo cree. Ha tenido unos cuantos años para acostumbrarse. Intenta entenderlo. No puedes aparecer como caída del cielo.

Ella se apoyó contra el costado de la escalera.

–No pensé que llegaría a odiarlo más de lo que lo odiaba, pero tenía un as en la manga.

Aparecieron otros familiares de enterrados y Vincenzo la ayudó a levantarse.

–Vámonos a otro sitio.

Encontraron un banco en el claustro y se quedaron un rato en silencio, como atónitos por lo que había pasado. Hasta que ella dejó escapar un sonido que era una mezcla de risa y llanto.

–He soñado tanto tiempo con esto… Iba a ser el momento más feliz de mi vida. Tienes que reconocer que tiene su gracia. Es cómico.

Empezó a reírse con cierta amargura.

–Sophie… –Vincenzo le pasó el brazo por los hombros.

–¿Qué quieres que haga? ¿Que me ponga a llorar?

Él no respondió y ella vio que estaba mirando hacia los nichos de Bianca y su marido. Una mujer y una niña estaban mirándolos. La mujer empujaba una sillita donde dormía un bebé.

–¿Quiénes son? –le preguntó ella con voz temblorosa.

–La mujer es Gemma. La he contratado como niñera.

–¿Y la niña?

Fue como si el mundo se parara. Él la miraba con una expresión de tristeza infinita.

–Dios mío –susurró ella–. Es…

–Sí –Vincenzo la agarraba con fuerza.

–Suéltame.

–No. Sophie, espera. Ella no te conoce. Está llorando la pérdida de sus padres.

–No eran sus padres. Tu hermana no era su madre.

–Pero ella la quería como si lo fuera. Lo siento, entiendo que sea muy doloroso para ti, pero tienes que escuchar por el bien de Rosa.

–¿Rosa? Se llama Natalie.

–Ya no. Él nos dijo que se llamaba Rosa. Se ha olvidado de Natalie.

–¿Quieres decir que me ha olvidado?

–Él hizo todo lo posible para borrarte de su memoria.

–Y lo consiguió.

–Han sido cinco años. La niña cree lo que le enseñaron. Piensa en lo que significaría la verdad para ella. No la cargues con más confusión.

–¿Estás diciendo que soy una carga para ella?

–Lo serías en este momento. Te pido que esperes a que lo hayamos pensado bien.

–Que espere a que la hayas escondido bien para que yo no la

encuentre –le espetó ella.

Él no contestó, pero se quedó tan pálido que ella tuvo que rectificar.

–Perdona, no debería haberlo dicho.

–Desde luego que no –replicó él con aspereza–. ¿Crees que soy así?

–¿Cómo puedo saberlo? También pensé que Bruce era maravilloso. Cuando la gente lucha por un hijo hace cosas que no podrías ni haberte imaginado.

–¿Estamos luchando? ¿Hemos luchado alguna vez? Creo que no me merecía esa acusación, pero ya que me incluyes con todos los demás, ¡toma!

Sacó una libreta del bolsillo, escribió algo y arrancó la hoja casi violentamente.

–Ahí es donde vivo ahora. Ven cuando quieras, la encontrarás siempre ahí. Pero piensa bien lo que vayas a decirle.

Vincenzo se fue hacia la mujer y la niña sin darle la oportunidad de reaccionar. Sophie se quedó paralizada por la tristeza, por haberle dicho eso y por el descubrimiento que los había convertido casi en enemigos.

Miró la escena y vio que la niña ponía unas flores en los nichos y luego se sentaba en la escalera, casi en el mismo sitio donde se había sentado ella. No lloraba, sólo se quedó encogida y quieta por la tristeza. La mujer intentó consolarla, pero Sophie no llegó a saber si la niña lo notó siquiera. Sophie se sintió abrumaba por la angustia. La niña sufría por la pérdida de sus padres, de su madre. ¡No de ella! No de la mujer que la había añorado con toda su alma durante tantos días y tantas noches.

La niña levantó la vista y vio a Vincenzo, dio un grito de alegría y corrió hacia él. Él la recibió con los brazos abiertos y le dijo algo en italiano.

–Te he estado buscando... –balbuceó ella.

–Ya estoy aquí –la tranquilizó él–. Pero ¿qué haces tú aquí?

–Dijiste que ibas a venir a ver a tu amigo y le he pedido a Gemma que me trajera a ver a papá y a *mamma*.

Sophie se acercó un poco. La niña separó la cabeza del hombro de Vincenzo y Sophie se quedó sin aliento. No había duda. Era la niña que había dejado de ver cuando empezó toda la pesadilla.

Vincenzo la miró y por un segundo Sophie tuvo la sensación de que iba a pasarla por alto completamente.

–Rosa –dijo a la niña amablemente–. Quiero que conozcas a una amiga.

La niña la miró y ella esperó que fuera como una revelación para su hija. Sin embargo, Rosa se dirigió a ella educadamente.

–*Buon giorno*.

–*Buon giorno* –le contestó mecánicamente–. Soy...

Se quedó en silencio sin poder decir una palabra.

–Es la señora Sophie Baxter –intervino Vincenzo.

–*Buon giorno, signora. Sono* Rosa.

La niña le ofreció la mano y ella, sin saber lo que hacía, se la estrechó. Vincenzo le presentó a la niñera y Sophie la saludó distraídamente. Actuaba automáticamente.

–Me ha acompañado a ver a Piero –explicó Vincenzo–. Lo queríamos mucho.

–Le prometí a Carlo que podría venir a ver a papá y a *mamma* –dijo Rosa–. Antes era muy pequeño.

–¿Carlo? –preguntó Sophie sin saber lo que decía.

Se negaba a aceptar lo que estaba pensando.

–Es mi hermano pequeño –explicó Rosa mientras señalaba el niño en el cochecito–. Tiene dos años –la niña alargó la mano hacia Vincenzo–. Ven conmigo. No puedo poner bien las flores.

–Las pondremos juntos –la tranquilizó Vincenzo.

Cuando terminaron de ponerlas, la niña se quedó un instante mirando las imágenes y las acarició con las yemas de los dedos antes de besarlas. Sophie agachó la cabeza para no mirar, pero volvió a levantarla inmediatamente, incapaz de dejar de mirar. Esperó que la niña llorara, pero su rostro seguía inexpresivo. Podía contener y ocultar sus sentimientos. Sophie pensó que era igual que ella y que ninguna niña debería sentirse tan desgraciada.

Luego, la niña fue hasta el cochecito y lo agitó entre las risas de su hermano. Sophie pensó que era como Bruce, que tenía su cara y su encanto. Rosa empezó a soltar al niño y la niñera fue a ayudarla, pero la niña le hizo un gesto con la cabeza para que la dejara hacerlo sola. Lo agarró de la mano y fue con él hasta los nichos.

–Mira, son papá y *mamma*.

El niño estiró la mano y miró asombrado a su hermana.

–Mamaaá...

El niño empezó a sollozar. Rosa lo abrazó y le susurró algo.

–Ya... ya.... Vamos a casa...

Volvió a sentarlo en la silla y le dio un beso.

–Tendrías que haber esperado a que fuera un poco mayor –le dijo Vincenzo.

Rosa asintió con la cabeza.

–Lo siento, tío Vincenzo. Yo no quería que los olvidara, pero sólo es un bebé –se volvió educadamente hacia Sophie–. Buenos días, señora. Creo que tengo que irme. Espero que volvamos a vernos.

–Yo también –contestó ella haciendo un verdadero esfuerzo.

Los vio alejarse. Rosa agarró la mano de su hermano como si eso le diera seguridad

–No sabía que iban a venir –le explicó Vincenzo–. Rosa habló de los próximos días...

–El niño es...

–Sí, el hijo de Bianca y James. Preferiría que no te lo hubieras encontrado así...

–Debería habérmelo imaginado.

Sopló un viento frío y desolador. Sophie tembló.

–Hace frío. Me voy a casa.

El grupo había llegado al final del camino y estaba a punto de doblar la esquina, pero se pararon para mirar a Vincenzo.

–Tenemos que hablar, pero...

–Tienes que irte –Sophie sonrió débilmente–. Tu familia te necesita.

–¿Nos acompañas al embarcadero?

–Creo que tomaré el siguiente barco. Vete antes de que se preocupen.

Estaba intranquilo, pero no podía hacer otra cosa. Sophie se dio la vuelta y se fue en dirección contraria. Después de años esperándolo, había encontrado otra vez a su hija y el momento que tendría que haber sido el más feliz de su vida le había causado el dolor más espantoso que sentiría jamás.

Vincenzo no fue al restaurante esa noche. Sophie intentó no

sacar ninguna conclusión, pero se arrepentía de haberle lanzado aquella acusación. Él era su único amigo y era una tontería alejarse de él. Sin embargo, también sabía que ese motivo práctico no era el único. Poco a poco, la intimidad que habían creado entre ellos se había convertido en esencial para ella. Lo veía como al hombre que podría haber amado si el amor no le estuviera vetado. No se atrevía a mirar más dentro de su corazón.

Cuando cerró el restaurante, subió a su apartamento y se encerró allí. La cabeza le daba vueltas. Tenía que dormir, aunque sabía que no lo conseguiría.

Al ir a cerrar las contraventanas, vio algo en la calle que le llamó la atención. Se asomó y vio a un hombre.

–Entra –lo invitó. Lo esperó en la puerta con los brazos abiertos–. No creía que fueras a venir.

Él asintió con la cabeza, pero no se acercó a ella.

–Tenía que hacerlo.

–Creía que estarías enfadado conmigo después de lo que te dije.

Comprendió que no la abrazaría y se apartó para que él pasara a la habitación.

–No, ya no estoy enfadado. Estabas conmocionada. Olvidémoslo.

No había sido la feliz reunión que ella había esperado al verlo en la calle. Él estaba allí, pero sentimentalmente estaba más lejos que nunca. Sophie le apoyó una mano en el hombro y él sonrió vagamente, pero no la abrazó.

–Podrías hacer un café –le propuso él delicadamente.

–Claro –el tono de ella fue igual de delicado.

Él se apoyó en el marco de la puerta mientras Sophie preparaba la cafetera.

–Incluso me merecía tu recelo –declaró él–. Yo no la escondería, pero sí deseé poder retrasar el reloj hasta antes de que aparecieras. Rosa ha sido parte de mi familia durante cinco años. La quiero. ¿Crees que yo quería reconocer que es tuya?

–¿Eso quiere decir que vas a asegurar que no lo es? –le preguntó ella secamente.

–No puedo hacerlo. Ojalá pudiera, pero esta noche he estado haciendo averiguaciones en Internet. He encontrado informes del robo que confirman todo lo que me contaste. En uno había una fotografía de tu marido y confirma que era James Cardew. Además,

la primera noche que te vi en casa con Piero, me pareció ver algo conocido en ti. No lo entendí, pero al verte estaba viendo a Rosa.

–No nos parecemos.

–Excepto en la frente. Tiene la misma frente baja que tú. Normalmente la tapa con el flequillo, pero esta noche se ha peinado hacia atrás y lo he comprendido todo.

Volvieron al cuarto y él se sentó en una butaca en vez del sofá para que ella no se sentara a su lado.

–Tengo que saber más cosas –dijo ella con calma–. Todo lo que puedas decirme de él.

–¿Te parece que todavía importa?

–Tengo seis años en blanco y tengo que rellenarlos. No va a gustarme lo que me cuentes, pero tengo que saberlo.

–Me imagino que tienes razón. De acuerdo, te contaré todo lo que sé.

Capítulo 8

Vincenzo tomó aliento.

–Parece ser que tus amigos que creyeron verlo en Roma y Venecia tenían razón. Bianca lo conoció en Roma, donde él era marchante de arte.

–¿Marchante de arte? Pero si sólo sabía lo que había aprendido de mí...

–Debía de ser un genio de la representación. Además, tenía mucho dinero y estaba instalado en la mejor parte de la ciudad.

–Sería su parte de los robos.

–Sí, debió de ser bastante como para dar la impresión de prosperidad. Cuando Bianca vino a Venecia, él la siguió. Según él, quería abrir una sucursal en Venecia, pero la verdad era que tenía que salir corriendo de Roma. Había vendido unas piezas aparentemente valiosísimas a una familia muy poderosa que, naturalmente, quiso que le devolviera el dinero cuando se enteró de que eran falsas. Mandaron unos emisarios a Venecia que le dijeron a James que se arrepentiría si no devolvía el dinero y él tuvo que hacerlo. En seguida se gastó el poco dinero que le quedó. Era derrochador e hizo malas inversiones. Era un hombre superficial y bastante estúpido.

–Sí –confirmó ella–. Exactamente.

–Sin embargo, no sospeché que fuera más allá. Tenía un pasaporte a nombre de James Cardew y en el de ella ponía Rosa Cardew. Tenía todo un archivo lleno de documentación que aseguraba que era un famoso marchante de arte con una larga lista de clientes agradecidos en todo el mundo. Alguien de la banda debió de falsificarlo antes de separarse.

–No lo creo –replicó Sophie –. Si no, el hombre que lo delató habría dado su nombre nuevo. Tuvo que hacerlo después. Es fácil conseguir documentos falsos si tienes dinero.

–Él, desde luego, tuvo dinero durante un tiempo. Cuando se le terminó, se volvió loco. Intentó sacármelo a mí, pero todo el mundo

sabía que no teníamos nada. Él estaba convencido de que yo escondía dinero y quería que le diera su parte a Bianca.

–Ya... Su cabeza funcionaba así. Nunca creía que las cosas fueran exactamente como parecían, sobre todo, en lo referente al dinero. ¿Creía que ella tenía una fortuna secreta cuando se casó?

–No lo reconoció, pero no creo que se casara sólo por amor.

Sophie tardó un momento en comprender lo que había dicho.

–¿Tendría que alegrarme? –le preguntó furiosa–. ¿Crees que me importa a quién quería?

–No sé cómo te sientes. Una vez estuviste profundamente enamorada de él.

–Eso fue en otra vida.

–No paro de repetirme que todo pasó en otra vida, pero es increíble cómo se solapan las vidas cuando menos te lo esperas. En cualquier caso, por mi hermana pedí un préstamo con la garantía del restaurante. Ella lo había pasado muy mal y yo no quería que las cosas empeoraran.

–¿Cuánto tardó él en volver a pedir más dinero?

–No mucho. Esa vez tuvimos una pelea y él terminó en el canal.

–Perfecto.

–Lo único bueno que supe de él fue que parecía querer sinceramente a Rosa. Era un buen padre a su manera.

–¿Un buen padre aunque la separara de su madre sin pensar en ninguna de las dos?

–Me refería a que siempre le demostró mucho cariño. Si ella quería contarle algo, él dejaba de hacer lo que estuviera haciendo y la escuchaba durante todo el tiempo que fuera necesario. Muchos padres no hacen eso por mucho que quieran a sus hijos...

–Es verdad – Sophie lo interrumpió con la voz entrecortada–. Recuerdo que le encantaba estar con ella.

–Ella lo adoraba. También llegó a querer a Bianca. Para ti no es fácil oírlo, pero tienes que saber quién es Rosa.

–Gracias –lo dijo inexpresivamente–. No podía saber mucho sólo por verla hoy.

–No, ella no ha llorado ni ha mostrado ningún sentimiento, ¿verdad? Han pasado cuatro meses y...

Sophie lo miró fijamente.

–¿Quieres decir que no ha llorado?

–Ni una vez. Ni siquiera el primer día, cuando se enteró... –se quedó callado y se encogió de hombros–. Se encerró en sí misma. No dejaba que nadie entrara, ni siquiera yo... Tú sabes mucho de eso.

–Sí –Sophie suspiró–. A veces es la única forma de protegerte que tienes.

–Encerrar los sentimientos en un cofre de hierro y enterrarlo donde no puedas encontrarlo –Vincenzo recordó las palabras de Sophie.

–¡Pero ella es tan joven!

–Tiene ocho años, pero ya ha perdido a tres padres y no puede hablar con nadie de ello. Todos tenemos cargas, pero...

–Pero las suyas son peores –corroboró sombríamente.

–Normalmente le gusta el carnaval, pero ahora se niega a pensar en él.

–¿El carnaval?

–En febrero. Todo el mundo se poner máscaras y trajes de colores. El año pasado se lo pasó muy bien con Bianca y James. Quizá por eso no le interesa este año. Yo intento animarla, pero... –se encogió de hombros.

–No puedes meterte en la cabeza de otro a la fuerza.

–Ya lo sé.

–¿Qué voy a hacer? –estalló ella repentinamente–. ¿Sabes cómo había soñado las cosas que le diría cuando volviera a verla? Ya no sirven de nada. ¿Qué puedo hacer?

–Puedes confiar en mí.

–¿Sí? –preguntó ella antes de poder evitarlo.

Vincenzo hizo una mueca.

–Me imagino que no puedes pensar otra cosa.

–¿Cómo puedo saber qué pensar?

Él se levantó.

–No deberíamos seguir hablando. Estamos muy implicados y no podemos pelearnos.

–Pero yo estoy completamente en tus manos –le reprochó ella.

Se había propuesto no decirlo, pero no pudo evitarlo. Las tensiones y la impotencia la llevaban a la amargura.

–Me gustaría poder convencerte de que estás segura en mis manos.

–Pero tú tienes a mi hija y yo no. ¿Cómo puedo olvidarlo?
–Querrás decir perdonarlo. Quizá nunca lo hagas. Ya hablaremos en otro momento.
–¿Cuándo podré verla?
–Tienes mi dirección. Lo único que tienes que hacer es entrar por la fuerza.
–Sabes que no lo haré.
–Efectivamente, porque eres una buena madre. Por eso te contienes. No por mí.
–Y siempre me contendré, ¿verdad? Cuentas con ello.
–No digas nada, Sophie. No digas cosas que pueden complicar el futuro.
–¿Complicar? ¿Puede empeorar? ¿No puedes entender lo que ha pasado? La última vez que vi a mi hija, se agarró a mí entre llantos. Hoy, ni siquiera me ha reconocido.
Temblaba y las palabras le salían entre sollozos
–¡Sophie! –Vincenzo se acercó, pero ella lo esquivó.
–No, no te acerques. Estoy bien.
–No lo estás. Déjame que te ayude.
–¿Cómo puedes ayudarme si somos enemigos? Es así, ¿no?
–No. Quizá estemos en bandos distintos, pero nunca seremos enemigos.
–Eso son palabras –lo miró fijamente–. Si no somos enemigos ahora, lo seremos al final.
La cara de Vincenzo decía que lo sabía aunque intentara negarlo.
–No –intentó parecer convincente–. Hay demasiadas cosas entre nosotros.
–No hay nada que sea importante. Nada, nada...
No pudo terminar por los sollozos y Vincenzo la abrazó con fuerza.
–Ni intentes hablar –Vincenzo suspiró y apoyó la mejilla en su pelo–. No digas nada.
Ella estaba abrumada por el dolor. Era como si quisiera volver a soltar las lágrimas que había soltado durante los años pasados. Oyó que él susurraba su nombre. Tenía razón, lo mejor era que no dijera nada. Él era su único consuelo.
–Todos estos años... –gimió ella–. He pensado en ella todos los

días...

–Lo sé, lo sé.

–¿Qué había pensado que pasaría? Me engañaba... ella tenía que tener otra vida...

–Sophie, Sophie...

–Ella no me quiere.

–Todavía no puedes decir eso.

–¿No lo entiendes? Para ella soy una desconocida. Nunca me querrá.

Se deshizo en lágrimas. Había llegado al final del trayecto y era amargo y sin esperanza. Él la besó repetidamente para calmarla. Le destrozaba verla tan hundida y habría hecho cualquier cosa por ella. Cualquier cosa menos la que ella quería que hiciera. Ya la había visto así la noche que la vio sonámbula y él prometió ayudarla. Parecía tan lejos... Le besó los ojos y los labios. Al principio lo hizo delicadamente, pero luego la besó con fuerza, como si quisiera atraerla de algún sitio lejano.

–Tú has dicho que no hay nada entre nosotros –susurró él con voz ronca–, pero hay esto.

Ella estuvo a punto de dejarse llevar. Era una sensación dulce y acogedora, pero la desolación que la dominaba se había extendido hasta él.

–Sí, pero no es suficiente. Por favor, Vincenzo...

Él suspiró y la soltó.

–Tienes razón –reconoció Vincenzo–. No es suficiente. Será mejor que me marche.

Ella buscó las palabras adecuadas, pero estaba en blanco y se quedaron en silencio.

–Buenas noches –dijo él al final.

–Buenas noches.

Vincenzo se fue y cerró la puerta con cuidado. Sophie se quedó mirando la puerta cerrada.

Esa noche soñó con una niña que gritaba mientras se aferraba al cuello de su madre, de quien querían arrancarla. Se despertó sentada y agarrada a la pared como si quisiera sujetarse. No volvió a dormirse y pasó el resto de la noche paseando por las calles silenciosas. Se preguntaba qué le diría a Vincenzo, pero cuando fue al restaurante, no había ni rastro de él. Había avisado que no iría en

todo el día. Ella tomó una decisión.

–Me deben un día libre –le dijo al jefe de camareros–. Me gustaría tomármelo hoy. Siento no haberlo pedido con más antelación.

–Está bien, no tenemos mucho trabajo –concedió él amablemente.

Sophie salió a la calle y echó a correr hacia el Gran Canal. Cuando llegó, lo cruzó de pie en una góndola compartida entre varias personas. Hacía un frío gélido y nevaba otra vez. Miró el plano y encontró el camino para llegar a la casa de Vincenzo. ¿Y si se habían ido? Ella los encontraría donde quiera que se hubiesen metido. Se acordó de las palabras que le había dicho Vincenzo. Le había dicho que era una buena madre y por eso se contenía. La noche anterior ella había dicho que no entraría por la fuerza y eso era lo que iba a hacer. Miró la casa para ver algún movimiento. Luego, empezó a retroceder lentamente hasta que dio la vuelta a la esquina. Echó a correr y casi saltó en la góndola de vuelta. Se bajó y entró en una tienda de material de pintura. Compró lápices, colores, pigmentos, pinceles, un lienzo y una bolsa. Lo guardó todo y fue al Palazzo Montese. Empujó una pequeña puerta trasera y entró.

–Tú me enseñaste a hacerlo –le susurró a su amigo invisible.

Una vez dentro, volvió a cerrar bien la puerta y subió las escaleras. En el pasillo miró el techo y vio unos frescos que ya le habían llamado la atención. Sabía que eran muy buenos y que necesitaban restauración.

–Tendría que haberlo hecho antes –dijo en voz alta.

Ese techo no era muy alto y sabía dónde encontrar una escalera. Aun así no llegaba. Subió a una estantería vacía y se tumbó de espaldas para ver lo que quería ver. Volvió a sentir la emoción de ver lo que el tiempo había hecho con el fresco y supo qué podía hacer ella para remediarlo. Estaba tan absorta que no oyó la voces que llegaban del piso de abajo. Hasta que oyó a Vincenzo.

–Ten cuidado. Dame la mano.

–¡Es enorme! –exclamó una niña–. ¿*Mamma* y tú vivíais aquí?

–Vivimos aquí cuando éramos niños. ¿Te lo contó ella?

–Alguna vez. Prometió traerme, pero papá lo oyó y se enfadó. ¿Por qué?

–No lo sé. Tenía su forma de ver las cosas. A lo mejor no

deberíamos haber venido.

–Pero me lo habías prometido y yo lo estaba deseando.

–Pero es un sitio tenebroso para ti.

–No siempre fue tenebroso, ¿verdad?

–No. Hubo un tiempo que fue muy luminoso y todo el mundo reía, pero fue hace mucho.

Sophie seguía tumbada en lo más alto de la estantería y no podía evitar escucharlos. Vincenzo hablaba con mucha delicadeza a la niña. Podía oír con toda claridad cómo hablaban de los tiempos pasados. Ella se reía de vez en cuando y él también se reía con ella. Estaban muy contentos juntos.

No podía quedarse allí hasta que la encontraran. Empezó a asomarse a la estantería para alcanzar la escalera. Ya la tenía casi agarrada cuando se movió. Consiguió recuperarse, pero todo se vino abajo. Por un instante, se quedó en el suelo con todo encima. Estaba más aturdida que dolida.

–Rosa, vuelve... –oyó que Vincenzo llamaba a su hija.

La niña apareció por la esquina.

–¡Tío Vincenzo, ven, corre!

Él también apareció justo después.

–¡Es la señora de ayer! –exclamó Rosa.

–Sophie, ¿qué demonios...?

–Estoy bien –farfulló ella–. Si pudieras quitarme todo esto de encima...

La niña estiró las manos hacia las baldas.

–No te acerques –le advirtió Vincenzo firmemente–. Vas a hacerte daño.

Él quitó la escalera y las baldas.

–No intentes levantarte le ordenó.

–Estoy bien –aseguró ella–. No tengo ningún hueso roto.

–Sangras por la frente –le dijo Rosa.

Sophie se palpó la frente y Vincenzo la rodeó con los brazos para ayudarla a levantarse.

–¿Puedes andar?

–Sí, claro, yo...

Vincenzo la había tomado en brazos y la llevaba al que había sido el cuarto del conde. Rosa fue corriendo por delante y abrió la puerta para que pudieran pasar. La tumbó en la cama y se quitó la

chaqueta, que usó como almohada. Se sentó al lado de ella.

–Eres… ¿Qué demonios estabas haciendo?

–Miraba los frescos.

–¿Por qué?

–Ya era hora de que alguien lo hiciera. Es mi trabajo.

–¿Tenías que hacerlo en este momento? –le preguntó, asombrado y desesperado–. Espera… ya me lo contarás. Hay que llamar a un médico.

–Ha sido una caída. Sólo tengo algunos moratones. Pero me gustaría beber algo.

–Iré por un poco de agua. Rosa, quédate con ella. No dejes que se levante.

Él se fue y la niña se puso junto a la cama como si estuviera de guardia.

–No te preocupes –la tranquilizó Sophie–. No voy a escaparme.

–Mejor, porque el tío Vincenzo ha dicho que no puedes.

–¿La gente siempre hace lo que dice el tío Vincenzo?

Rosa lo pensó.

–Algunas veces.

–¿Y tú?

Ella sacudió la cabeza. A Sophie le pareció ver un brillo travieso en sus ojos.

–Eres la señora que conocí ayer, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Por qué estás aquí?

–Soy restauradora de arte.

–¿Es lo mismo que artista?

–No. Nunca llegué a ser artista y arreglo las pinturas de los demás.

–¿Estás haciendo eso para el tío Vincenzo?

–La verdad es que no tenía derecho a estar aquí. Me parece que estoy curioseando.

–Como cuando miras un libro con cuadros y no puedes dejar de mirarlos.

–Eso es. Las pinturas son tan bonitas que no te cansas nunca.

–Y te gustaría poder hacer cuadros así, pero no puedes.

Sophie levantó la cabeza y vio a Vincenzo en la puerta. No lo había oído y se preguntó cuánto tiempo llevaría allí.

–Tío, la señora entiende de pinturas y le gusta mirarlas aunque sea la hora de acostarse.

Vincenzo sonrió.

–La hora de acostarse es una batalla constante.

Le dio el vaso de agua a Sophie.

–Gracias –farfulló ella casi sin poder hablar ni agarrar el vaso.

Rosa se lo sujetó, se metió en la cama y dio instrucciones a Vincenzo para que levantara a Sophie. Él la agarró de los hombros mientras la niña le llevaba el vaso a los labios.

–¿Me dejas el pañuelo, tío?

Rosa limpió la sangre de la frente de Sophie. Tenía un gesto de concentración como si fuera lo más importante de mundo y sus manitas se movían con delicadeza.

–Ya está –aseguró con mucha seriedad–. Servirá hasta que lo vea el médico.

–Gracias. Eres muy amable.

–Cuando sea mayor, voy a ser enfermera o, a lo mejor, restauradora de arte. Si me da tiempo a leer todos los libros. Pero es difícil, porque Gemma no para de decirme que apague la luz y me duerma.

–A mí me pasaba lo mismo. Mi madre no entendía que, para mí, un libro de arte era tan bueno como uno de misterio.

Rosa asintió vigorosamente con la cabeza.

–¿Qué hiciste?

Sophie se acercó a la niña como si fuera a confiarle un secreto.

–Conseguí libros más pequeños y lo escondía debajo de las sábanas.

Rosa dejó escapar una exclamación que se pareció a una risa.

–¿Ahora puedo preguntarte qué haces aquí? –intervino Vincenzo–. ¿Por qué no me lo has dicho en vez de colarte para hacer cosas tan peligrosas?

–Fue un impulso. Pensé que así pensaría en otra cosa que no fuera...

Vio por el rabillo de ojo que Rosa se quedaba quieta. Como si estuviera atenta a algo.

–Me imagino que habrá cosas en las que no quieres pensar –añadió Sophie con cuidado.

Rosa asintió con la cabeza.

–Pero no puedes evitarlo –concluyó la niña.

–Lo sé. Cuanto más quieres evitar pensar en ellas, más piensas. Hasta que es como una piedra muy grande que te aplasta y no puedes salir de debajo.

Rosa no asintió con la cabeza, pero Sophie notó un brillo en sus ojos y que la miraba atentamente.

–Creo que debería llevarte a tu piso –propuso Vincenzo–. Luego, te mandaré un médico, y no quiero discusiones. Tampoco vas a ir a trabajar al restaurante hasta que pase la Epifanía.

–Entonces, puede pasar la Epifanía con nosotros. Tío Vincenzo, di que sí... –le pidió Rosa.

Sophie contuvo el aliento y esperó que Vincenzo pusiera cualquier excusa.

–¿Estarás bien? –le preguntó Vincenzo.

–Sí, estoy segura.

–¿Vendrás y te quedarás todo el día con nosotros? –exclamó Rosa.

Sophie miró a Vincenzo, que estaba pálido.

–Claro que se quedará todo el día –aseguró él con tranquilidad–. Pero tiene que descansar bien para que pueda venir. Será nuestra invitada.

–Mi invitada –lo corrigió Rosa con orgullo.

Capítulo 9

Nevó la noche antes de Epifanía, pero el día finalmente amaneció soleado. Venecia estaba resplandeciente bajo un precioso manto blanco.

Vincenzo fue a recoger a Sophie.

–¡Dios mío! ¿Qué llevas?

–Regalos para Rosa. Al fin y al cabo, es su día, ¿no? Piero me contó que los niños italianos reciben los regalos hoy, no en Navidad.

–Te ayudaré. No hacía falta que fueras cargada como una mula.

–Le debo seis cumpleaños, seis navidades... Voy a compensar todas esas veces que no vi su cara al abrir los regalos. Ella no lo sabrá, pero yo sí.

Siguieron caminando sobre la nieve.

–Por cierto, ¿cómo me he convertido en la señora Baxter? –le preguntó ella.

–Fue el primer nombre que se me ocurrió. ¿Te importa?

–No. Hoy estoy tan contenta que todo me parece bien.

Dio un saltito y Vincenzo tuvo que agarrarla para que no se cayera. Se rieron y él notó un tono distinto en su voz. Ella había vuelto a la vida. Le tiró bolas de nieve y él dejó los paquetes y se las devolvió.

–Si la gente supiera que Venecia es tan bonita en invierno, nadie vendría en verano –afirmó ella.

–Estás convirtiéndote en una veneciana –le contestó él con tono burlón.

–Creo que tienes razón.

Sophie miró al cielo, que era de un azul resplandeciente.

–Todavía no puedo creérmelo. He vuelto a verla después de seis años. Voy a pasar el día con ella y le gusto. No como madre... es pronto... pero le gusto...

–Tranquila –Vincenzo la agarró de los hombros–. Mantén los pies en el suelo.

–¿Por qué? – Sophie se rió–. No quiero tener los pies en el suelo. El suelo es muy duro. Te lo aseguro, he dormido sobre él.

Vincenzo la sacudió cariñosamente.

–Sophie, estás loca.

–¡Sí, estoy loca! –gritó rebosante de felicidad–. ¡Estoy loca de alegría!

Vincenzo la besó antes de que pudiera seguir.

–¿Podrías callarte? –le pidió entre besos.

–Es posible. Convénceme.

La besó una y otra vez y notó su juventud entre los brazos. Deseó que siempre pudiera ser así. Le tomó la cara entre las manos y la miró a los ojos. Pudo ver su propio reflejo, pero sabía que eso sólo era la superficie, que en el fondo había algo que lo excluía.

–Creía que nunca volvería a tener esto y hoy voy a disfrutarlo. Mañana ya me preocuparé por lo demás.

Él podía conocerla como había sido hacía años; joven y llena de esperanza.

–¿Oíste que Rosa dijo que serías su invitada? Estaba dispuesta a hacer todos los honores. Incluso quería cocinar ella. Ha cocinado Gemma, pero se irá con su familia en cuanto lleguemos nosotros.

–Tendrías que haber dejado que cocinara Rosa. Habría estado buenísimo.

–Ya he probado las comidas de Rosa. Te lo aseguro, podría haberte envenenado.

–No me habría importado. Es una niña maravillosa, ¿verdad? ¿Te fijaste en lo que hizo el día que me caí en el palacio?

–Me diste un susto de muerte.

–Pero a ella, no. Ella no estaba asustada. Debió de ser un estruendo tremendo y tú la llamaste, pero ella no hizo caso...

–La mocosa nunca hace caso –Vincenzo no podía disimular el orgullo.

–Fue muy valiente. Podía haber pasado cualquier cosa, pero ella quería saberlo. Es una de esas personas que van con los brazos por delante. Estoy orgullosa de ella, ¿y tú?

–Sí, también...

–Es maravillosa –proclamó.

Vincenzo no le dijo nada. No quiso llevarla a la realidad. Deseó que esa felicidad pudiera durar siempre.

–Tenemos que darnos prisa. Gemma no puede irse hasta que lleguemos –le explicó él.

–Vamos.

Lo agarró de la mano y siguieron en silencio hasta que vio las ventanas de la casa.

–¡Mira, Rosa está mirándonos! –exclamó Sophie mientras agitaba las manos.

La niña también la saludó con una sonrisa de oreja a oreja. Vincenzo abrió la puerta y entraron en un vestíbulo con una escalera.

–Esta es nuestra casa –le explicó él.

–¡Tío Vincenzo!

La niña bajó corriendo para abrazar a Vincenzo. Luego, se volvió hacia Sophie, pero se apartó un poco para comportarse como la anfitriona perfecta.

–*Buon giorno, signora* Baxter. Es un honor recibirla en nuestra casa y espero que pase un día muy feliz con nosotros.

–Gracias. Estoy segura de que así será, pero, por favor, llámame Sophie.

–Señora Sophie.

–No, sólo Sophie.

Rosa miró a Vincenzo, que se encogió de hombros.

–Eso lo decide nuestra invitada.

–Mi invitada –insistió Rosa–. Yo te he invitado.

–Efectivamente. Has sido muy amable –corroboró Sophie con una sonrisa.

Para Sophie, el sol había salido de nuevo. Su hija era una niña generosa y encantadora y la había encontrado.

–Acompáñame –la niña la agarró de la mano y Vincenzo las siguió al piso superior.

El piso era grande y atractivo. El cuarto principal tenía muebles que parecían antiguos y que seguramente habrían estado en el palazzo.

Rosa le tomó el abrigo y la sentó en un sofá. Luego, desapareció y Sophie oyó que hablaba con alguien en el cuarto contiguo. Gemma apareció con el abrigo puesto y se despidió de todo el mundo.

En el centro de la habitación había una mesa baja con platos con

pasteles y galletas, unas copas muy elegantes y una botella de champán. Rosa volvió a aparecer, sirvió el vino espumoso y se puso un vaso de zumo de naranja.

–Por favor, toma un pastel –le dijo a Sophie –. La comida estará dentro de una hora.

–Voy a ver los últimos detalles –se ofreció Vincenzo–. ¿Por qué no le enseñas a Sophie tus regalos?

Rosa se convirtió otra vez en una niña. Se puso de pie y arrastró a Sophie hasta el cuarto de al lado, donde había un árbol de Navidad y restos de envoltorios por todos lados.

–En realidad, tendría que haber esperado a que vinieras para abrirlos.

–No te preocupes. Cuando yo tenía tu edad siempre me adelantaba. Solía bajar sobre las seis de la mañana del día de Navidad. En Inglaterra los niños cuelgan los calcetines el día de Navidad.

Rosa tenía los ojos como platos.

–¿No tenéis Befana?

–Me parece que no sé qué es eso.

–Befana es una bruja buena. Dicen que los Reyes Magos la invitaron para que fuera con ellos a ver al niño Jesús, pero ella estaba muy ocupada y no fue. Luego, cambió de opinión, pero no vio la estrella y se perdió. Así que ahora da vueltas en su escoba y deja regalos a todos los niños porque no sabe cuál es el acertado.

–Es muy bonito. Me alegro de que me lo hayas contado. Ahora ya sé quién era.

–¿Quién era quién? –le preguntó Rosa.

–Una anciana que dio unas vueltas sobre mi cabeza montada en una escoba y dejó caer unas cosas en mi bolso. Me dijo que se había olvidado de dejar algo en esta casa y que no tenía tiempo de volver

Sophie sacó sus regalos. La cara de Rosa le dejó muy claro que había acertado con lo que había comprado en la librería de arte.

–Te has acordado...

–Sí, me acordaba de lo que hablamos el otro día, pero también me acuerdo de lo que me gustaba cuando tenía tu edad. Me encantaba leer estas cosas.

Se quedó en silencio mientras Rosa miraba un libro que había elegido con especial cuidado. Era casi todo de cuadros con textos en

inglés y en italiano. Rosa acarició las brillantes hojas escritas en inglés. Tenía el ceño fruncido, pero levantó la mirada con una sonrisa.

–También he traído esto para Carlo. No lo he envuelto porque he pensado que sería mejor que tú lo vieras antes para confirmar que está bien.

Era un rompecabezas de animales en la selva con muchos colores.

–¡Va a encantarle...!

–Eso espero. En la tienda me han dicho que ayuda a desarrollar el sentido del... Da igual... parece divertido.

–Sí, a Carlo le va a encantar.

–Me pareció que el otro día estaba triste y que había que animarlo.

–Lo viste en el cementerio, ¿verdad? El tío Vincenzo tenía razón. No debería haberlo llevado. Él creía que iba a vera a *mamma* y a papá y cuando no los vio se puso a llorar. Pero sabes...

–Puedes confiar en mí. No contaré nada de lo que me digas.

Rosa asintió con la cabeza.

–Mi madre murió cuando yo tenía la edad de Carlo y no puedo acordarme de ella. Eso me fastidia mucho. Es como si tuviera un agujero. No quería que le pasara lo mismo a Carlo, pero me equivoqué. Es demasiado pequeño para entender que la gente se muere. Él sólo sabe que falta algo. El tío Vincenzo y yo le demostramos un amor especial. Gemma también, claro, pero nosotros somos su familia y eso es distinto.

–Claro –concedió Sophie lentamente–. La familia es otra cosa.

–¿Tienes familia?

–Yo... no.

–¿Ninguna?

–Mis padres murieron.

–¿Nunca has estado casada?

–Bueno, sí. Pero él también está muerto.

–¿No tienes hijos pequeños? –Sophie no contestó y Rosa se arrepintió–. Perdona, no quería ser indiscreta.

–No has sido indiscreta –replicó sombríamente–. Tenía una hija, pero... la perdí hace unos años. Sería de tu edad...

Rosa se levantó y le rodeó el cuello con los brazos. Sophie

también la abrazó, abrumada por el cariño de la niña.

–Lo siento –susurró Rosa.

La niña se apartó y sonrió.

–Me encanta pensar que podría haber sido como tú –reconoció Sophie.

La niña hizo un gesto travieso.

–No estoy muy segura. Tío Vincenzo dice que soy un demonio.

–¿Eso dice? ¿Lo eres?

–Sí. Soy un auténtico demonio.

–Mmm. Seguro que lo eres...

Sophie vio una foto muy grande en el aparador. Era una foto de boda. Vincenzo, más joven, estaba con su hermana vestida de novia. En otra foto, el novio y la novia estaban con un niña delante de ellos y en la tercera la novia tenía a la niña en brazos y se miraban con cariño. Sophie tomó aire. Rosa tenía tres años cuando se hicieron las fotos y podía reconocer al bebé que había perdido. Pero ahí estaba, en brazos de otra madre. Inconscientemente, se abrazó a su hija como si así pudiera reclamarla.

–Ésa eres tú –le dijo en voz baja.

–Sí, cuando *mamma* y papá se casaron.

Sophie hizo un esfuerzo por separarse.

–¿Tienes más fotos?

–Hay un álbum –le contestó Rosa mientras rebuscaba en la estantería.

Vincenzo apareció en la puerta.

–Voy a ver si Carlo sigue despierto.

–Será mejor que yo también vaya –se ofreció Rosa inmediatamente.

–Yo puedo hacerlo perfectamente –se quejó él.

–Sí, pero a él le gusta verme si se despierta –aseguró Rosa muy seriamente mientras salía corriendo.

Vincenzo suspiró.

–Es como su ma... Como Bianca. Cree que tiene que hacerlo todo. Ahora volvemos.

Sophie se puso a ojear el álbum que le había dado Rosa. Sabía que iba a hacerle daño, pero tenía que enterarse de todo lo que fuera posible. Pudo ver todos los momentos clave en la vida de la niña: cumpleaños, navidades, vacaciones... También estaba la niña

en brazos de su padre con aspecto de estar muy contenta. Parecía un buen padre. Pensó que realmente la quería. Por eso se la llevó con él en vez de dejarla con la madre de Sophie. ¿Qué le diría a su hija cuando llegara el momento?

–Pasa... –la voz de Rosa llegó desde la puerta.

Arrastró a Carlo de la mano hasta que estuvieron delante de ella.

–Saluda a Sophie –le dijo Rosa con un susurro.

El niño se escondió detrás de ella y sacudió la cabeza enérgicamente.

–Es tímido. Mira, pequeñajo, hay un regalo para ti.

Él volvió a sacudir la cabeza y se aferró a su hermana entre gimoteos.

–Lo siento –se excusó Rosa mientras lo tomaba en brazos–. Será mejor que me lo lleve. Luego estará mejor.

Rosa se llevó al niño entre llantos.

–Ahora que tenemos un momento –le dijo Vincenzo–, hay una cosa que tengo que saber, aunque tengo la espantosa sensación de que ya sé la respuesta. Si tu marido desapareció, doy por supuesto que nunca hubo un divorcio...

–Que yo sepa, no.

–Entonces, seguía casado contigo cuando se casó con Bianca. ¡Canalla! Carlo es ilegítimo. Ya has visto cómo se llevan Rosa y él. Él es una de las cosas que hacen que ella mantenga la entereza.

Sophie pensó que, efectivamente, era una de las cosas que la unían a su nueva familia y la alejaban de ella.

– Sophie...

–No pasa nada –Sophie sacudió la cabeza–. Ya he recuperado la respiración.

Se levantó y fue a buscar a Rosa. Llegó a un cuarto con una cama y una cuna. Los dos niños estaban sentados en el suelo.

–¿Puedo pasar?

El niño, en vez de esconderse, soltó unas risas. Sophie, animada, se sentó en el borde de la cama.

–¿No le importa que esté yo?

–No, aquí está más tranquilo porque es nuestro cuarto. Befana le ha traído muchos regalos esta mañana. Pero éste sigue siendo su favorito.

Le señaló un conejo de peluche azul que el niño tenían entre los

brazos. Estaba tan viejo que había perdido parte del pelo. Sophie sintió una mezcla de alegría y dolor. Ella ya había visto ese conejo cuando estaba nuevo.

–Parece muy viejo –comentó muy despacio–. ¿Quién se lo ha dado?

–Yo –contestó Rosa con mucho orgullo–. Se llama Danny. Era mi mejor amigo cuando era pequeña. *Mamma* decía que cuando nos conocimos, yo no lo soltaba en ningún momento. A papá le ponía furioso.

–¿Por... por qué? –le preguntó Sophie vacilante.

–No le gustaba Danny. Siempre quería tirarlo.

–Cuando dices que siempre quería tirarlo...

–Lo hacía todo el rato. *Mamma* siempre rescataba a Danny y me lo daba. Es raro que ella lo entendiera y papá no.

–Ella parece muy buena –susurró Sophie con delicadeza.

–Era muy buena. Se enfadaba con papá porque él no escribía a su familia para que mandara una foto de mi madre.

–¿Hacía eso?

–Sí. Me preguntaba si me acordaba de mi madre de verdad, pero él no le dejaba. Los oía discutir. Él decía que ella era mi madre, pero ella decía que nadie podía sustituir a la madre de verdad porque era especial.

Sophie sintió un profundo agradecimiento y mucha pena al pensar que ella también había caído bajo la influencia de Bruce.

–Creo que papá no quería mucho a mi madre –siguió Rosa–. No tenía fotos ni hablaba de ella. Si yo le preguntaba, él empezaba a hablar de otra cosa.

–¿No tienes ninguna foto de ella?

–No. Ni siquiera sé cómo era.

–¿No puedes acordarte de nada?

–Sí, de algunas cosas. Ella me abrazaba muy fuerte y olía muy bien. Se reía todo el rato. Recuerdo su voz, no las palabras porque no las entendía. Me quería. Yo podía oírlo. Pero no recuerdo su cara. Por eso me gustaría tener alguna foto de las dos juntas. Era real, pero también como un fantasma. Si la viera, no la reconocería.

–Claro –susurró Sophie–. Entiendo lo que quieres decir.

Carlo reclamó atención y Rosa le puso bien el conejo entre los brazos.

–Danny parece un buen amigo –se alegró Sophie.

–Siempre ha sido mi mejor amigo –confirmó Rosa–, pero ahora tiene que cuidar a Carlo. Ya se lo he explicado a Danny para que no piense que ya no lo quiero.

–Has hecho muy bien. Hay que explicar algunas cosas para que la gente, o los conejos, no se equivoquen.

Entonces entendió por qué Vincenzo había dicho que Carlo conseguía que ella conservara la entereza. Se había convertido en su madre. Se ocupaba de sus necesidades, lo animaba y se olvidaba del dolor que ella podía sentir. Sophie pensó que Rosa se había quedado sin madre a la edad de Carlo. Sabía lo que tenía que hacer por él. De repente, se encontró no como una madre sola, sino como una madre que formaba parte de la línea eterna de madres que quieren a sus hijos más que a sí mismas y estaban preparadas para cualquier sacrificio fuera su hijo o no. Daba igual el sacrificio que supusiera.

Capítulo 10

En el momento de servir la comida, Rosa se encontró en su elemento y Vincenzo se limitó a obedecerla mansamente. La comida estaba excelente y Sophie se lo agradeció a su anfitriona.

–Yo también estaba allí –se quejó Vincenzo.

–Sí, ayudaste mucho –lo consoló Rosa–. La verdad es que hizo mucho –añadió como una confesión.

–Gracias, señora –Vincenzo sonrió.

Rosa también sonrió y Carlo soltó unas risitas. Sophie se encontraba completamente feliz.

Luego, Rosa acostó a Carlo para que durmiera la siesta mientras los demás recogían.

–Te admiro por la forma que estás llevándolo –le dijo Vincenzo.

–He tenido que contenerme un par de veces, pero nadie se enterará.

–Excepto yo. ¿O no cuento?

–En cierto sentido, no. Ya sabes lo peor de mí.

–También sé lo mejor.

Sophie se volvió hacia él.

–Vincenzo, ha pasado algo maravilloso. ¿Te acuerdas del conejo del que te hablé, del que compré unos días antes de que nos separaran?

–Es Danny, ¿verdad? Me lo imaginé en cuanto supe quién eras. Me acordé de la primera vez que la vi. Lo agarraba con todas sus fuerzas. A su padre no le gustaba.

–Sí, me lo ha dicho. También me ha contado que tu hermana lo rescataba siempre. Al parecer, ella defendía mi derecho a formar parte de la vida de mi hija, a pesar de todo lo que él hizo por anularme.

–Él te desprestigiaba siempre que podía. Supongo que tendría que hacerlo para explicar por qué no tenía contacto con tu familia. Pero Bianca te defendía.

Se calló en cuanto Rosa volvió. Ella pasó la hora siguiente

ojeando los libros que Sophie le había regalado y explicándoselos a su padre. Sophie lo miraba, encantada por su forma de tratar a la niña.

Sonó el teléfono y Vincenzo contestó.

–¡Gemma! ¿Estás pasándolo bien? Ya... entiendo... será mejor que te quedes. No te preocupes, nos arreglaremos... Obedeceré a Rosa... *Ciao*...

Vincenzo colgó el teléfono.

–Gemma quiere quedarse porque su madre no se encuentra bien –les explicó.

–¡Perfecto! –exclamó Rosa–. Sophie puede quedarse a dormir en el cuarto de Gemma.

–Rosa... deberías preguntárselo a ella...

Rosa miró a Sophie.

–Tú quieres quedarte, ¿verdad? –le preguntó con tono desconcertado–. No querrás volver sola a casa con este frío y en la oscuridad...

–No iría sola. Yo la acompañaría –intervino Vincenzo.

–Imposible. No puedes dejar solos a Rosa y a Carlo.

–Claro... tienes razón...

–¿Ves? –Rosa estaba feliz–. No querrás que vaya sola... podría caerse a un canal...

–Podría perderme. Eres muy amable al invitarme.

–Asunto resuelto –Rosa salió corriendo.

Sophie se echó a reír casi sin poder mirar a Vincenzo.

–Me parece que no puedes deshacerte de mí.

–Ella lo organiza todo, es muy convincente –le explicó Vincenzo.

–Siempre lo fue –recordó Sophie–. Incluso cuando tenía la edad de Carlo.

–Me pregunto de dónde habrá sacado esa personalidad tan fuerte.

–Ya... crees que lo sabes.

Vincenzo sonrió.

–Algo se me ha pasado por la imaginación.

–Será mejor que ayude a Rosa.

Hicieron la cama en el pequeño dormitorio. Rosa miraba encantada a Sophie y ésta pensó que podrían ser una familia. Luego, vieron dibujos animados en la televisión hasta que llegó la hora de

acostarse. Rosa y Carlo se fueron y volvieron con el pijama puesto.

–Carlo quiere que le des las buenas noches –le dijo Rosa mientras le tomaba la mano.

Sin embargo, Carlo estaba dormido. Sophie no pudo evitar que se le empañaran los ojos al recordar a otra niña de dos años dormida sin preocupaciones.

–Buenas noches, cariño –susurró Sophie–. Que los ángeles te cuiden –añadió en inglés.

–¿Qué has dicho? –le preguntó Rosa inmediatamente–. Me ha parecido inglés.

–Sí, era inglés. Creía que no lo entendías.

–No muy bien, pero he empezado a dar clases. El profesor dice que soy la mejor alumna.

No le extrañaba, pues el inglés había sido su primer idioma.

Rosa se metió en la cama y extendió los brazos. Sophie la abrazó con fuerza.

–Dímelo también a mí –le pidió la niña.

–Buona notte, cara. Speroche gli angelli custodiscano.

–No, en inglés.

–Buenas noches, cariño. Que los ángeles te cuiden.

Dio un beso a su hija y se sentó en el borde de la cama hasta que se quedó dormida. Luego, se fue del cuarto y cerró la puerta. Mientras volvía a la sala, oyó que Vincenzo hablaba por teléfono con un tono enfadado.

–No me llame a casa. Sobre todo en Epifanía. Ya le he dicho que la respuesta es no.

Vincenzo colgó bruscamente.

–Vaya. Ha quedado claro... –ella se sentó en el sofá.

–Uno que quiere comprar el palazzo para hacer un hotel. Son como moscas.

–Piero me dijo una vez que no te gusta la idea.

–Eso es decirlo muy suavemente.

–Es una pena. Sería un hotel precioso.

–¿Te has vuelto loca? ¿Vender mi casa?

–Claro que no, convertirla en un hotel.

–¿Con qué dinero?

–Busca inversores. Mira el Danieli. Fue un palacio en el siglo catorce.

–Es verdad.

–Podrías hacer lo mismo. Es mejor eso que dejarlo que se caiga.

–Ya está cayéndose.

–Todavía estás a tiempo de restaurarlo antes de que sea demasiado tarde.

–Ya entiendo... Estás buscando un negocio. Es una buena idea.

–No entiendo cómo no se te había ocurrido antes.

–Porque soy el peor hombre de negocios del mundo. Sólo veía una serie de tiburones que creían que estaba tan desesperado que se lo vendería a cualquier precio. Sólo quería ganar lo suficiente con el restaurante como para poder mantenerme a flote, pero eso no es suficiente a largo plazo.

–Lo mejor para acabar con los tiburones es robarles las ideas para conservar la casa.

–La verdad es que si los palacios no se transforman, se hunden –sonrió–. Estás llenándome la cabeza con ideas disparatadas que empiezan a parecerme sensatas.

–Yo seré la primera en participar.

–¿Tienes dinero para invertir?

–No. Tengo esto –le mostró las manos–. Restauraré los frescos sin cobrar. Ésa será mi participación. Tendrás que reconstruirlo un poco y poner muebles apropiados. Lo mejor sería ir abriendo alas de una en una y poner el restaurante desde el principio.

–¿Y los cuadros que se vendieron? No podría recuperarlos. ¿Quieres abrir con las marcas en la pared?

–Claro que no. Tienes que poner copias. Que es lo que harías aunque tuvieras los originales. Las compañías de seguros casi lo exigen.

–Tú puedes hacer unas copias, ¿verdad?

–Naturalmente. Mi Veronese es bastante bueno y mi Rembrandt es mucho mejor, aunque tengo que reconocer que Miguel Ángel no es mi fuerte.

–¿Cómo...?

–Podemos ponerlos en rincones oscuros y la gente no se dará cuenta. Además, todavía conservas cuadros en la buhardilla. Puedes colgarlos o venderlos para conseguir dinero.

La idea la tenía entusiasmada y Vincenzo la miraba con admiración.

–Lo tienes todo pensado, ¿no?

–Acaba de ocurrírseme al oír esa llamada de teléfono, pero todo me parece muy claro.

–Espera, no te sigo.

–Ni falta que hace. Sólo tienes que aceptar todo lo que digo. Yo me ocupo del resto.

–Entonces, dime qué vamos a hacer.

–Seguramente no hagamos nada –se lamentó ella–, pero si lo hiciéramos, creo que deberías empezar a hacer planes. Carnaval está cerca...

–Dentro de unas semanas. Tardaríamos un año en abrir...

–Ya, pero podrías hacer una fiesta en este carnaval para presentar el hotel a la prensa.

–Una fiesta... Hacíamos unas fiestas increíbles en carnaval cuando era niño... –sonrió–. Si supieras los disfraces y las cosas que hacíamos...

–Puedo imaginármelo. Todos ocultos con máscaras...

–Claro. Para eso están las máscaras. Cuando todo empezó hace cientos de años, las máscaras estaban prohibidas el resto del año, pero al llegar el carnaval, todo el mundo podía ocultar su cara, ser otra persona y hacer lo que quisiera. Luego llegaba Cuaresma para ayunar y purgar los pecados...

–Tú tendrías mucho que purgar –bromeó Sophie.

–Bueno... Algo.

–Mmm.

–Quizá, bastante, pero cuando eres joven...

–Termina.

–Digamos que el dominio de uno mismo no es una virtud.

–Supongo que ser un Montese ayudaba.

–No. Con la máscara, nadie sabía quién eras.

–Ya... –replicó Sophie con escepticismo.

–Bueno... a lo mejor... –Vincenzo volvió a sonreír con los recuerdos.

–Seguro que las chicas hacían cola desde la plaza de San Marcos.

Vincenzo miró la copa de vino y vio el torbellino de aquellos días. Le encantaba la sensación de que iban a pasar cosas maravillosas, pero esa sensación ya había desaparecido de su vida. Hasta que pasó una noche ardiente con una mujer en sus brazos.

Una mujer que lo había enloquecido desde que la vio por primera vez. Ella había hecho el amor con una pasión y una entrega que lo habían maravillado. Luego, se había dicho que ella le pertenecía y ése había sido el mayor error de su vida.

–Tu cara te delata –le dijo Sophie.

–¿Qué estoy pensando?

–En tu juventud desenfrenada.

–Sí… pero había algo más.

Vincenzo se recostó en los almohadones y la miró.

–Ojalá te hubiera conocido entonces –deseó ella.

–Quizá no te hubiera gustado. Era un poco alocado, como tiendes a ser cuando tienes demasiado dinero y estás malcriado. Ya sabes lo que le pasó a mi familia. El caso es que cuando se arruinó, yo no estaba preparado para afrontarlo.

–¿Qué pasó con tu novia? –le preguntó Sophie como si no le importara gran cosa.

–Se casó con un hombre muy rico. Nuestra fiesta de compromiso fue en carnaval y todo el mundo iba disfrazado de algo que no era. Lo cual, tiene su gracia…

–¿Sigues recordándola?

–Fue hace tanto tiempo que ya no me acuerdo de cómo era quererla. Yo era otra persona. Tú conoces esa sensación.

La conocía muy bien. Sabía que lo sensato era cambiar de conversación, pero no podía.

–Piero me contó cómo bajó la escalera mientras tú la mirabas desde abajo…

–Seguramente con una expresión de idiota. Tendría que haber comprendido que ella sólo quería aquella escalera y el título –se encogió de hombros–. Supongo que en el fondo yo lo sabía, pero no quería creerlo. Cuando me dejó fue una sorpresa, pero tampoco muy grande. ¿Entiendes? –ella asintió con la cabeza–. Me habría gustado que hubieses visto una de esas fiestas –añadió Vincenzo.

–A lo mejor la veo si nuestra idea sale adelante.

–Vaya, de repente es nuestra…

–Es una buena idea. Después de lo que pasó, has rehecho tu vida, pero tienes que dar el paso siguiente. Recuperar la casa y, mientras sea habitable, Rosa y Carlo pueden tener una residencia.

–¿Y tú?

–También estaré allí. No en una habitación cara porque las necesitaremos para que los clientes paguen por ellas, pero tendré un cuartito y nos veremos para hablar de trabajo.

–¿Como un fantasma? Llegaste de noche y ahora quieres rondar al margen de mi vida…

–Nada de al margen. Viviremos debajo del mismo techo. Es lo mejor para Rosa. Estaré cerca cuando me necesite. Podremos vernos todos los días, pero no me meteré en su vida. Dices que seré un fantasma, pero quizá sea lo mejor para ella. Se siente cómoda con los fantasmas. ¿No te has dado cuenta? Sabe que algunos son simpáticos.

–¿Eso es lo mejor a lo que podemos aspirar? –le preguntó él en voz baja.

–No lo sé. Una vez dijiste que te gustaría atrasar el reloj hasta antes de conocernos. Si lo hicieras, también me borrarías, ¿no?

–No quería decir eso –gruñó él–. ¿Tú entiendes todos tus sentimientos sobre todo? Me habría gustado no conocerte de esta manera. Podría haber sido distinto, pero ¿quién sabe a dónde lleva ahora el camino?

–Algún día…

–Algún día… cuando uno de los dos haya dado un vuelco a la vida del otro.

–Sí, no podemos pasar eso por alto, ¿verdad? –Sophie suspiró–. El resto es un sueño feliz y los sueños pueden durar mucho.

–Tú sabes mejor que nadie cuánto pueden durar los sueños. Mientras tengas el valor de conservarlos. Conservemos el nuestro mientras podamos, olvidemos la realidad y pensemos en nosotros. Lo sé… –le hizo un gesto con el dedo para callarla–. ¿Quién puede decir si alguna vez habrá un «nosotros»? Pero, ¿no podemos fingir un rato?

Ella intentó susurrar un «sí», pero él volvió a callarla. Esa vez con los labios. Por unos instantes maravillosos, la única realidad fue la que encontró entre sus brazos.

Él se levantó, le alargó la mano y ella lo siguió con una sonrisa. En el oscuro pasillo, la abrazó y le susurró el deseo que sentía hasta que ella sintió que todo el cuerpo le rebosaba de anhelo.

–¡Mamá!

El estremecedor grito hizo que se separaran de golpe.

–¡Mamá! ¡No, mamá!

Los gritos llegaban del cuarto de Rosa. Sophie entró y encendió la luz. Rosa estaba sentada con los brazos extendidos y las mejillas llenas de lágrimas. Sophie se sentó en la cama y la abrazó hasta que la niña se despertó.

–Ya, cariño, ya.

Hablaba en inglés. Sólo quería calmarla con el tono de voz. Rosa estaba despierta y sollozaba violentamente mientras se aferraba a ella. Vincenzo tomó en brazos a Carlo, que también se había despertado con el ruido. Rosa se tranquilizó y Sophie se apartó un poco para mirar a la niña sin dar crédito a lo que había oído. La niña había dicho lo mismo que aquella vez.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó en italiano–. ¿Has tenido una pesadilla?

–Sí... estaba oscuro, hacía frío y estaba asustada.

–¿Puedes acordarte de algo más? –Sophie intentó que la voz no le temblara.

Rosa frunció el ceño y se quedó un rato en silencio.

–Estaba oscuro, yo tenía miedo, estaba sola y triste. Como si me hubiera pasado lo peor del mundo, pero no sé qué era.

–¿Te acuerdas de lo que gritaste?

–Creo que no decía nada, sólo gritaba –la miró con nerviosismo–. ¿He dicho algo?

–No –contestó Vincenzo con un tono tenso–. Sólo has hecho mucho ruido y nos has dado un susto de muerte, gamberra...

El tono era burlón para tranquilizar a la niña y disuadir a Sophie de que siguiera con las preguntas. Era innecesario. Por nada del mundo ella habría presionado a su hija. Se conformaría con aquel rayo de esperanza.

–¿Quieres un poco de leche caliente? –le preguntó él.

Rosa asintió con la cabeza y volvió a apoyarse en el hombro de Sophie.

–¿Puedes ir por ella, tío Vincenzo? Quiero que Sophie se quede.

Él dejó a Carlo en la cuna y fue a la cocina.

–¿Tienes muchas pesadillas? –le preguntó ella.

–Algunas veces. Desde que murieron mis padres. Pero nunca sé de qué tratan.

Se quedó en silencio y Sophie se dio cuenta de que se había

quedado dormida. Le acarició el pelo con cariño y una sensación de felicidad protectora. La tumbó y Rosa abrió un poco los ojos.

–¿Danny está con Carlo?

–No, está en el suelo.

–¿Puedes dármelo?

Sophie agarró el viejo conejo y se lo dio a Rosa, que lo abrazó con fuerza y se durmió al instante. Sophie se arrodilló junto a la cama y agarró las manos de la niña. Vincenzo se asomó a la puerta y, al verlas, volvió a marcharse sin que ella se diera cuenta.

Capítulo 11

Gemma volvió al día siguiente y Vincenzo acompañó a Sophie a su casa. Era la primera vez que podían hablar desde la noche anterior.

–Tengo la sensación de haber llegado a conocer a Bianca gracias a Rosa. Me alegro. Ahora es auténtica y tengo que acostumbrarme a ella.

–¿Acostumbrarte? ¿Cómo?

–Aceptándola. Quería eliminarla porque me parecía que estaba usurpando mi sitio, pero no puedo hacerlo. Tenemos que caber todos. Rosa sólo vendrá conmigo si puede venir con Bianca.

–¿Eso hace que odies a mi hermana?

–No. Le estoy agradecida. No me hizo nada malo. Cuidó de mi hija y la hizo feliz. Rosa dice que Bianca me defendía cuando su padre intentaba que yo desapareciera.

–Era muy generosa –Vincenzo lo dijo con tristeza.

–Sí. Lo sé. Intentó ser justa conmigo y yo lo seré con ella.

–Y, al final, Rosa irá contigo y te la llevarás lejos –concluyó Vincenzo.

–¿Quieres decir que te apartarás y me dejarás el camino libre?

–Yo no voy a impedir que esté con su madre, si te refieres a eso. Ella tiene que elegir y los dos sabemos que tú ganarás. Ella nota la afinidad. En el fondo sabe quién eres. Todavía no lo entiende, pero antes o después saldrá a la superficie.

–Estuvo a punto de ocurrir anoche. Gritaba en inglés.

–¿Cómo lo sabes? ¿No se dice igual en los dos idiomas?

–En italiano se dice *mamma*, no mamá.

–Sí –reconoció él pesarosamente–. Estaba reviviendo aquel momento...

–Tiene que asimilar muchas cosas –lo tranquilizó Sophie–. Puede tardar mucho tiempo.

Era lo que ella más anhelaba, pero también quería consolarlo por la pérdida que él tendría que afrontar.

Llegaron al restaurante, que todavía estaba cerrado, y vieron a

un hombre joven que miraba por la ventana.

–Hola –lo saludó Vincenzo.

El hombre se asustó. Era delgado, con el pelo rubio y tenía un aspecto raro.

–Hola. Soy Terry Dale. Trabajo para Simon and Son. Busco a la señora Haydon.

–Soy yo –dijo Sophie–. Son mis abogados en Inglaterra. Los avisé cuando vine aquí –le explicó a Vincenzo.

–Pasemos dentro –Vincenzo abrió la puerta del restaurante.

–He venido porque tengo buenas noticias sobre su indemnización –le comunicó Terry.

–Creía que era pronto para que se fijara una indemnización –replicó ella.

–Normalmente lo es, pero una vez anulada la condena quieren quitárselo de encima rápidamente. Han hecho una oferta generosa –escribió una cifra en un papel para que no la viera Vincenzo–. ¿Qué le parece?

–¿Está seguro de que no han añadido un cero por error? –preguntó Sophie con los ojos como platos.

–Está bien, ¿verdad? Hay algo más, todo el mundo sabe que ha estado buscando a su marido. Si tiene alguna pista... bueno...

–Han pasado algunos años –replicó con cautela–. Quizá esté muerto...

–No importa. La policía podría tirar del hilo y encontrar a sus colaboradores y esas cosas. Podría venirle bien a usted.

–No sabía que hicieran eso...

–Oficialmente, no lo hacen, pero esa información puede ser útil.

Terry Dale escribió más cifras y se las enseñó a Sophie.

–No me gusta –rechazó ella–. Es como si hubiera gente que sigue pensando que estoy compinchada con él.

–No. Saben que está buscando a su hija y cuando la encuentre, nos ayudará a seguir los pasos de él. Como le he dicho, podría suponerle bastante dinero.

–Es una pena, porque no puedo darles ninguna información –aseguró ella firmemente–. Tendré que conformarme con la indemnización menor.

–Es una lástima porque...

Sophie agarró el papel con las cifras y lo rompió en mil pedazos.

–Adiós, señor Dale. Dele las gracias a su jefe por todos estos esfuerzos y pídale que dé por zanjado el asunto.

Le abrió la puerta. Vincenzo la miraba con un gesto entre agradecimiento y recelo.

–No he visto las cifras –comentó él–, pero debían de ser tentadoras.

–Ya… y tener a la policía todo el día molestando a Rosa… Ni hablar –maldijo a Bruce para sus adentros. ¿Iba a estar incordiándola toda su vida?– He tomado una decisión y ya sé qué voy a hacer ahora.

Había tenido una idea y Vincenzo la notó tan radiante como cuando volvió de Murano.

–¿Qué vas a hacer? –le preguntó él.

–Lo primero, dejaré el trabajo en cuanto puedas apañarte sin mí.

–Ahora mismo si quieres. Celia ya ha debido de volver de la luna de miel.

–¿Puedo quedarme un tiempo en el apartamento?

–Claro. Ella no va a ocuparlo, pero ¿qué vas a hacer?

–Practicar un poco antes de meterme de lleno en tu palazzo. Estoy muy agradecida a los Montressi por no estar allí. Si hubieran estado, yo podría haber hecho algo de lo que estaría arrepintiéndome.

–Tu marido tuvo suerte de que no lo vieran –comentó Vincenzo–. Podrían haberlo reconocido.

–A lo mejor no. Eran familiares muy lejanos, pero para mí eran lo único que tenía.

En la cárcel había dibujado un poco e incluso había dado un curso a otras reclusas, pero tenía que recuperar mejor su nivel. Los días siguientes los pasó por Venecia con lápices y unos cuadernos. Estaba absorta haciendo bocetos de góndolas y callejones. Hasta que se dio cuenta de que un pequeño fantasma la seguía sin dejarse ver.

–¡Muy bien! –exclamó por fin–. Sal para que te vea.

Una figura embozaba con una bufanda y con un gorro de lana metido hasta las cejas salió de detrás de una esquina. Sophie cruzó los brazos y la miró con recelo. La figura también cruzó los brazos.

–¿Estás siguiéndome? –le preguntó Sophie.

Asintió con la cabeza.

–¿Estás con alguien?

Negó con la cabeza.

–¿Te has escapado sola?

–No estoy sola, estoy contigo –los ojos y el tono de voz era traviesos –Rosa se bajó la bufanda para mostrar una sonrisa–. El tío Vincenzo me había dejado ir al restaurante. Él me dijo que estabas en el piso de arriba y cuando iba a subir, vi que salías por la puerta lateral y te he seguido.

–¿Sabe alguien dónde estás?

–Sí. Tú.

–Me parece que no es suficiente.

Sophie intentó no reírse mientras sacaba el teléfono móvil para llamar al restaurante.

–Vincenzo, estoy con alguien que tiene que hablar contigo –le pasó el teléfono a Rosa–. Habla.

Rosa se rió.

–He seguido a Sophie y dice que puedo pasar el día con ella...

–No he dicho eso...

–Pero ibas a decirlo. Puedo, ¿verdad, tío?

–Dame eso antes de que me metas en un lío – Sophie le arrebató el móvil–. Vincenzo...

–Acabó de darme cuenta de que habíais desaparecido –dijo él con tono angustiado.

–Si has pensado lo que creo que has pensado, no te lo perdonaré nunca.

–No he pensado eso.

–¿De verdad?

–No he pensado que te habías escapado con ella –le aseguró con tono tenso.

–Más vale que sea cierto.

–¿Rosa está bien?

–Claro. Está disfrutando como una loca, riéndose de nosotros. Será mejor que le des permiso para quedarse, porque si no me seguirá a distancia. Está a salvo conmigo. No sé si yo estoy a salvo con ella, pero eso es otro asunto.

Rosa soltó una risotada que Vincenzo oyó por el teléfono.

–No me queda otro remedio que darle permiso. Pero ponte en sus manos, conoce Venecia mejor que tú.

Sophie colgó y se volvió a su hija.

–Vamos a pasarlo estupendamente.

Rosa sonrió de oreja a oreja y la agarró de la mano.

–¿Qué creías que había pensado el tío Vincenzo?

–Es una historia larga y complicada. Ya te la contaré otro día.

Rosa no habló mucho más. Parecía contentarse con la compañía de Sophie y le señaló un puente muy adornado para que lo dibujara. Sophie trazó unas líneas con destreza y le enseñó el resultado a Rosa. Ella le quitó el cuaderno, pasó la hoja y también trazó unas líneas. Sophie, con placer e incredulidad, miró el resultado.

–Sabes dibujar...

Más hojas y más dibujos trazados con mano segura, aunque inexperta. Era una artista. Era su hija.

–A papá no le gustaba que dibujara. Decía que era una pérdida de tiempo, pero mamma decía que dibujara si quería. Era nuestro secreto.

–Ella tenía... – Sophie se lo pensó un poco–. Tu madre tenía razón.

Le costó decir aquellas palabras, pero le pareció que se las debía a Bianca.

Luego siguieron dibujando juntas y Sophie le enseñó algunas técnicas que Rosa aprendió rápidamente. Fue un día perfecto. Hasta que pasó algo que fue como si el sol se cubriera. Sophie se dio cuenta de que en los escaparates de las tiendas había máscaras de carnaval. Ella se habría parado a mirarlas, pero Rosa no la dejaba.

–Espera un segundo –le pidió al final.

Rosa se paró y miró al escaparate sin decir una palabra.

–Son para el carnaval, ¿verdad? –le preguntó Sophie.

–Sí.

–Falta poco, ¿no?

–El mes que viene.

–He visto fotos de toda esa gente con trajes increíbles. Será divertido, ¿no?

–Sí.

Se dio cuenta de que las respuestas de la niña eran muy raras. Hablaba como un robot, sin la expresividad de hacía unos minutos. Se acordó de que Vincenzo le había dicho que el año anterior la niña lo había pasado muy bien con Bianca y James, pero que ese

año se negaba a pensar en el carnaval.

–¿Vamos a comer algo? –le propuso a Rosa.

La niña asintió y la siguió a un café. Se sentaron a una mesa y pidieron unos batidos.

–Perdona. No había caído. Es por tus padres, ¿verdad? –le preguntó Sophie.

–El año pasado llevé un vestido de muchos colores, pero este año quería uno de satén rosa. *Mamma* me lo compró en julio. Dijo que lo guardaríamos para el carnaval, pero entonces...

Se calló con los labios temblorosos.

–No quieres ir sin ella, ¿verdad? –le preguntó Sophie delicadamente.

–No iré nunca más –Rosa lo afirmó con un tono sereno.

–Creo que te equivocas –se arriesgó Sophie–. Si *mamma* te compró ese precioso vestido rosa, ella querría que lo usaras, por ella.

–Pero ella no estará.

–Ella estará en tu corazón, que es donde importa que esté.

Rosa no contestó, pero sacudió la cabeza con fuerza. Ya no tenía confianza, se sentía desgraciada e incomprendida.

–Vámonos –dijo Sophie con suavidad–. Vincenzo estará preocupado.

El sol se había ocultado y había empezado a lloviznar. Encontraron a Vincenzo en la puerta buscándolas.

–¿Qué pasa? –preguntó él en cuanto vio la cara de Rosa.

Sophie se lo explicó en voz baja y él agarró a Rosa de los hombros.

–¿Has estado llorando?

–Me he acordado de que dijiste que todo el mundo te deja.

–¿Cómo? Rosa, yo no he dicho eso.

–Sí, te lo oí en el entierro de *mamma* y papá.

–Pero yo... –no tenía sentido decirle que no sabía que estaba escuchándolo–. Cariño, me encontraba muy mal y la gente dices esas cosas aunque no las sienta.

–Sí lo sentías –Rosa lo miró directamente a los ojos–. Además, es verdad. La gente te deja aunque supliques que no lo haga.

–Cariño...

Sophie le puso la mano en el hombro, pero Rosa parecía perdida

en un sueño desdichado.

–Aunque sea lo más importante del mundo y tú intentes convencerlos y supliques una y otra vez que no se vayan, ellos se van y no vuelven –insistió Rosa.

Miró fijamente a Sophie, que contuvo el aliento. Le pareció que en aquellos ojos había un brillo acusador. Pasó ese instante y le pareció que Rosa se había quedado desconcertada.

–Creo que deberíamos entrar –comentó Sophie.

Una vez en su apartamento, les mandaron unas bebidas calientes del restaurante y Rosa pareció más contenta.

–¿Vives aquí sola?

–Sí.

–¿Puedo venir a visitarte?

–Cuando quieras –a Rosa se le cerraban los ojos–. Hemos andado mucho, ¿quiere echarte una siesta?

Dejó a la niña en su cama y Rosa se durmió casi al instante. Sophie se sentó a su lado para poder mirarla con todo el cariño de una madre.

Terry Dale la llamó al cabo de una semana. Las cosas iban deprisa.

–Cuanto antes venga a firmar los documentos, antes tendrá el dinero –le explicó él.

–Muy bien. Iré enseguida.

–¿Y Rosa? –le preguntó Vincenzo cuando se lo contó–. ¿Has pensado que puede preocuparle que te vayas?

–Sí, pero ni siquiera se dará cuenta de que me he ido. Me dijiste que tiene una amiga que suele invitarla a dormir en su casa. Si consigues que la invite un par de noches, puedo ir y volver sin que se entere.

Un par de días después, Vincenzo le dijo que el plan estaba en marcha.

–Mañana irá a casa de Tanya y se quedará un par de noches. ¿Puedes ir y volver?

–Me las apañaré para conseguirlo.

–Le he prometido que esta noche cenarás con nosotros.

Fue una noche estupenda y le pareció que Rosa ya estaba

tranquila. Sophie le prometió que iría a cenar cuando volviera de casa de Tanya y la niña se acostó encantada.

–¿Me prometes que volverás? –le preguntó Vincenzo mientras la acompañaba a casa.

–No seas tonto. Sabes que lo haré.

–Claro, volverás por Rosa. Ya oíste lo que dijo. Todo el mundo te deja al final.

–Eso es lo que tú crees –le recordó ella.

–Porque hasta el momento ha sido verdad.

–Confía en mí –Sophie le repitió las palabras que él le había dicho muchas veces.

–¿Te llevo mañana al aeropuerto?

–No, gracias. Antes tengo que hacer otra cosa –le contestó sin darle más explicaciones.

En vez de ir al aeropuerto, Sophie compró unas flores y tomó el barco al cementerio. Primero fue a la tumba de Piero y dejó la mitad del ramo. Luego, fue al nicho de Bianca, cambió las flores mustias y se quedó un rato mirando su imagen.

–Quería darte las gracias.

El viaje de Sophie fue bien. Firmó documentos y recibió un cheque por la primera parte de la indemnización. El resto la recibiría pronto. Le hicieron más preguntas sobre su marido, pero se hizo la tonta.

El día de la vuelta, el aeropuerto estaba cubierto por la niebla y llamó a Vincenzo.

–Voy a llegar tarde a cenar. Hay una espesa niebla y no podemos despegar.

–¿Cómo se lo explico a Rosa? Ella no sabe que estás en Inglaterra.

–Dile que no me siento bien. Invéntate algo...

La línea se cortó y en ese momento oyó una voz que llamaba a los viajeros a Venecia.

Vincenzo miró a Rosa, que estaba muy pálida.

–Ella no vendrá, ¿verdad?

–Cariño...

–Te he oído decir que está en Inglaterra. Se ha ido y no vendrá a casa.

–Sí va a venir, pero el avión se ha retrasado por la niebla.

–No me habías dicho que se iba a Inglaterra.

Se quedó espantado por el gesto de Rosa. Estaba reviviendo una vieja pesadilla. Se agachó para estar a la altura de la niña y poder atravesar sus defensas. Si no conseguía conectar con ella, quizá se quedara siempre detrás de esa barrera.

–Sophie sólo se ha ido un par de días para resolver unas cosas. No te lo dijimos para que no te preocuparas. Va a volver a casa enseguida.

–No lo hará –Rosa sacudió la cabeza con los ojos inexpresivos.

La resignación de Rosa le resultaba insoportable.

–La llamada se ha cortado porque se ha quedado sin batería.

–A lo mejor no la recarga –insistió Rosa.

–¿Por qué no iba a hacerlo?

La mirada de Rosa dejaba muy claro que pensaba que Sophie no quería que funcionara el teléfono.

–Seguramente esté embarcando en este momento. Por eso no ha podido hacer nada con el teléfono. Llamará en cuanto aterrice.

Rosa lo miraba como si sintiera lástima por él.

–¿No podemos cenar? Tengo hambre.

–Ella va a venir –insistió Vincenzo con desesperación.

–No pasa nada, tío. Tenías razón. La gente siempre te deja.

–Me gustaría que te olvidaras de que he dicho eso.

–Pero es verdad –cambió el tono de voz–. Yo le supliqué que no se fuera, pero ella se fue y nunca volvió.

Fue como si hubiera pasado un fantasma y hubiera congelado el ambiente.

–¿De quién hablas?

–Vamos a comer –repitió ella.

–Rosa, ¿de quién...?

Era inútil. El fantasma había desaparecido y él no insistió para no hacer daño a la niña. Ella se comportó normalmente el resto de la noche, casi con cierta alegría. Él seguía esperando que Sophie consiguiera llamarlos. Sin embargo, llegó la hora de acostarla.

A la mañana siguiente, temprano, Gemma lo despertó muy asustada porque no podía encontrar a Rosa. Él se levantó y miró en todos los cuartos del piso, aunque sabía a donde había ido.

–¿Han llamado al teléfono?

Gemma negó con la cabeza.

–Volveré enseguida.

Vincenzo fue al embarcadero y tomó una lancha-taxi.

–Al aeropuerto. Deprisa.

Entró en la terminal y vio que Rosa miraba la puerta de llegadas con una fijeza espantosa. Cuando él se sentó junto a ella, lo miró con un gesto que impidió el reproche.

–¿Desde cuándo llevas aquí? –le preguntó Vincenzo en voz baja.

–Un par de horas.

Vincenzo miró el tablón y vio dos vuelos que habían aterrizado procedentes de Inglaterra, pero no sabía si alguno de ellos era el de Sophie.

–Vendrá –le aseguró él–. Lo prometió.

Ella no contestó, pero le agarró la mano con fuerza.

Las puertas se abrieron y los pasajeros empezaron a salir. Rosa los miró como si su vida dependiera de ellos. Vincenzo también miró, pero fue Rosa quien la vio. Se levantó de un salto y fue corriendo hacia ella.

–¡Mamá, mamá! –gritaba en inglés.

Se abalanzó en sus brazos abiertos. Vincenzo se acercó y vio que Rosa miraba a Sophie rebosante de felicidad.

–Has vuelto –le dijo la niña.

Capítulo 12

Has vuelto.

–Sí, cariño. Siempre había pensado volver. Me retuvo la niebla.

Rosa agitó la cabeza con impaciencia porque Sophie no la entendía.

–Hubo una vez que no volviste.

Sophie percibió el primer indicio de la verdad y miró a Vincenzo con sorpresa.

–¿Una vez? –le preguntó sin poder permitirse la esperanza.

–Una vez te fuiste y no volviste.

Sophie se arrodilló y la miró fijamente a los ojos.

–¿Te acuerdas de eso? –susurró.

–Me diste a Danny –Rosa asintió con la cabeza–. Luego te fuiste. Yo lloré, pero te fuiste.

–¿Sabes... quién soy?

–Creo que sí –afirmó Rosa lentamente–. Creo que eres mamá –lo dijo en inglés.

–Sí, cariño, soy yo, soy yo...

Se abrazó a Rosa y lloró lágrimas de felicidad que arrastraban todas las otras lágrimas de amargura que había llorado.

–Pero no entiendo... –dijo Rosa.

–Ya lo sé, pequeña, ella es tu mamá –intervino Vincenzo–. Ya lo entenderás más tarde.

Vincenzo se hizo cargo del carro de Sophie y salió del aeropuerto mientras la madre y la hija se abrazaban cada dos pasos. Ayudó a meter las maletas en la lancha y comprobó que había algunas nuevas y que pesaban mucho. Se sentó en el asiento delantero y al verlas cogidas de la mano comprendió que las dos tenían lo que querían, independientemente de lo que les deparara el futuro. La lancha se paró delante de casa de Vincenzo y Sophie lo miró atónita.

–Hoy tienes que quedarte aquí –le aclaró él.

Vincenzo ya había hablado con Gemma y le había explicado la

situación. Gemma se había llevado a Carlo de compras y la casa estaba vacía. Vincenzo se ocupó de preparar el desayuno.

–¿Por qué te fuiste? –preguntó Rosa a Sophie con tristeza–. Me abandonaste y no me escribiste. Papá decía que estabas muerta.

Sophie no sabía hasta dónde podía contarle. Le parecía espantoso hablarle de la cárcel y de la traición de su padre, pero le dolía mucho que su hija pensara que la había abandonado sin compasión.

–No tuve otra alternativa, cariño. Me encarcelaron por algo que yo no hice y tu padre te llevó con él. Yo no sabía dónde estabas, pero nunca dejé de quererte y vine a buscarte en cuanto pude.

Vio que Rosa se quitaba un peso de encima porque su madre no la había abandonado. Mientras, Vincenzo subía el equipaje de Sophie.

–¿Vas a vivir con nosotros? –preguntó emocionada.

–Me quedaré hoy y hablaremos todo lo que queramos. Después...

Miró a Vincenzo en busca de una pista, pero su cara no expresaba nada.

–Puedes quedarte en mi cuarto –le ofreció él.

–Eres muy amable, pero tú...

–No te preocupes –casi escupió las palabras–. Tengo que trabajar un poco. Últimamente tengo el restaurante un poco abandonado.

–Siento mucho haberme escapado –dijo Rosa–, pero...

–Lo entiendo –Vincenzo le acarició el pelo–. Nos preocupamos mucho y estoy muy contento de que no te haya pasado nada. Tengo que irme.

No volvieron a verse en todo el día. Sophie fue muy feliz con su hija y se pusieron al tanto de todo.

–Siempre supe que pasaba algo contigo –confesó Rosa–. No sabía qué era, pero sabía que eras especial.

Vincenzo llamó para decir que había hablado con el colegio de Rosa y había conseguido que le dieran unos días libres para que los pasaran juntas. Colgó antes de que Sophie pudiera agradecérselo.

Esa noche, esperó levantada a que llegara. Quería decirle muchas cosas y prefería pensar que no había algo raro en que se hubiera ido todo el día. Se tumbó en la cama y pasaron las horas. Había comprendido su generosidad y se sentía más cerca de él que nunca. Él había sabido siempre que perdería a Rosa y no había

puesto ninguna traba. Al contrario, había hecho todo lo posible para que llegaran a conocerse. Quería verlo, abrazarlo y declararle sus sentimientos una vez que el camino ya estaba despejado. Por fin oyó la puerta de la calle y sus pasos. Se puso una bata y fue a verlo. Estaba preparándose el sofá.

–No puedes dormir ahí –comentó ella–. Es muy corto.

–Me apañaré esta noche.

–Y mañana...

–Ya me he ocupado. Hay un pequeño hotel justo enfrente y he reservado una habitación.

–¿Un hotel...?

–Está al otro lado del canal. Puedes verlo desde aquí.

–¿Y cuándo te veré?

–No es a mí a quien tienes que ver.

–¿Qué ha pasado con todas las cosas que teníamos que comentar?

–¿Por ejemplo...?

Él no la animaba a decir lo que quería decir.

–Dinero.

Vincenzo tenía la cara muy cerca de ella.

–Adelante. Habla de dinero.

–Tengo la indemnización y puedo invertir algo de dinero en tu hotel. También tengo el nombre de un bufete italiano que se ocupa de estas cosas. Mi abogado en Inglaterra dice que son muy buenos y dignos de confianza.

Le dio unos papeles que él ojeó por encima.

–Los conozco. Tienen buena fama. ¿Has hablado con ellos?

–Claro que no. Es un asunto tuyo.

–¿De verdad...?

–Yo sólo he conseguido el nombre –se quejó Sophie con indignación–. Tú mismo dijiste que eres el peor hombre de negocios del mundo.

–De acuerdo... –Vincenzo levantó las manos con un gesto defensivo.

Todo iba fatal. ¿Por qué no la abrazaba y cambiaba las tornas? ¿Por qué no se daba cuenta de que ya podían amarse tranquilamente?

–Será mejor que vuelvas a la cama –le aconsejó él–. Yo dormiré

aquí. Buenas noches.

–Buenas noches –ella se resignó y fue hacia la puerta.

– Sophie.

–¿Qué? –se volvió con el corazón en un puño.

–Gracias por todo lo que has hecho con el dinero, el hotel y todo eso. Buenas noches.

–Buenas noches –repitió ella antes de cerrar la puerta.

Vincenzo la oyó en su habitación y se maldijo sin saber qué le pasaba. ¿Por qué se había complicado tanto algo que parecía tan sencillo? Ella lo alteraba como no lo había hecho nadie, ¿por qué no le pedía que se casara con él? Quizá fuera porque no podía olvidar su cara cuando dijo que era mejor utilizar a las personas que confiar en ellas o que haría cualquier cosa que tuviera que hacer. Tampoco podría olvidar la primera noche que pasaron juntos, cuando ella lo amó con entrega absoluta, lo tomó con un deseo tan apasionado como sorprendente. Luego surgió la pregunta: ¿había sido a él o sólo al hombre que estaba en su cama? Ella había dicho que era preferible utilizar a las personas... Vincenzo quería negar que ella fuera así, pero Sophie también le había dicho que no la conocía. Ese día había reclamado el corazón de su hija, pero seguía habiendo cosas que no había resuelto. No sólo cuestiones prácticas, sino el apego de la niña a él y al pequeño Carlo. Para Sophie, el matrimonio tendría mucho sentido. Si él se lo proponía, aceptaría, pero él no sabría por qué.

Al día siguiente, Vincenzo comprendió por qué tenía tantas maletas Sophie. En dos días y a pesar de estar con los abogados, había conseguido comprar la mitad de las tiendas de ropa de Londres. Se había cortado el pelo y se lo había apartado de la cara. Ya no tenía que ocultarla. Había marcado una línea entre el pasado y el futuro y si él no sabía qué decirle antes, en ese momento mucho menos.

Se concentró en asuntos prácticos y se puso en contacto con el bufete del que le había hablado ella.

Un equipo de hombres con trajes grises llegó desde Milán, vio el palazzo y mostró interés. Hubo algunas conversaciones con Sophie. ¿Cuánto podía invertir? ¿En cuánto valoraba su trabajo de

restauración? Al final ellos declararon que tenían inversores deseosos de participar. También estuvieron de acuerdo con la idea de la fiesta de carnaval. Cuando se fueron, Vincenzo recorrió el edificio vacío e intentó acostumbrarse al nuevo giro que había dado su vida, para bien esa vez.

–Ver cómo vuelve a la vida... –susurró él.

–Será maravilloso –comentó Sophie, que se había mantenido un poco alejada.

La miró y pensó que estaba acostumbrándose a su nuevo aspecto y eso lo intranquilizaba. Era como si hubiera salido de las páginas de *Vogue*. Estaba elegante con una camisa blanca y un pantalón azul a la última moda. Se dio cuenta de que encajaba en un palacio. La persona perdida que conoció había sido un fantasma. Ya dominaba la situación y su propia vida. Casi podía notar una corriente que la arrastraba lejos de él.

–Empezaré aquí –dijo ella mientras señalaba el vestíbulo.

–Yo creía que aquí íbamos a celebrar la fiesta...

–Sí. Nos permitirá tener algo interesante que enseñar a la gente.

–Entiendo. Es una buena idea.

Vincenzo se preguntó si alguna vez hablarían de algo que no fuera trabajo. Sophie lo miró al pie de la escalera. ¿Qué vería él? Quizá a la mujer que había amado. ¿Por eso sería incapaz de acercarse a ella?

–Será mejor que me vaya –dijo ella–. Rosa sabe que tramamos algo y quiere que se lo cuente todo.

Él sonrió.

–Me la estoy imaginando.

–¿Vendrás a cenar esta noche? –le preguntó.

–Me temo que no. Ya empiezan a llegar turistas para el carnaval y tenemos trabajo. Tendremos que darnos prisa si queremos tener esto preparado para la gran noche.

Al día siguiente, un ejercito de limpiadores, a las órdenes de Sophie, entró en acción. Rosa también la acompañó.

–Voy a empezar por detrás de la escalera –le explicó a Rosa–. A lo mejor hago una demostración el día de la fiesta.

–¿Vas a llevar un traje maravilloso?

–Si voy a pintar, será mejor que lleve vaqueros, pero tú puedes llevar un traje maravilloso. ¿Qué te parece el que me contaste que

te compró tu madre?

–Pero... ¿no eres tú mi madre?

–Sí, cariño, pero ella también lo era.

Sophie se acordó de que Rosa nunca había llorado la muerte de Bianca y de que quizá en ese momento creyera que nunca podría hacerlo.

–No tienes que elegir entre las dos –le explicó–. Puedes querernos a las dos.

Rosa resopló de alivio.

–¿De verdad?

–Claro. Tienes dos madres. Ella es *mamma* y yo soy mamá. Es muy fácil.

Abrazó a Rosa, que parecía más contenta, aunque se reservaba algo.

–¿Cuándo vais a casaros el tío Vincenzo y tú?

–Yo... ¿Qué te hace pensar que vayamos a casarnos?

–Todo sería perfecto. Él no puede vivir en un hotel.

Sophie pensó que había que ser niña para ver las cosas con sensatez. Efectivamente, había muchos motivos prácticos para casarse. Tantos como motivos para no hacerlo.

–No es suficiente –replicó–. Las personas también tienen que quererse.

–Pero él te quiere. ¿Quieres que se lo pregunte?

–¡No! –exclamó Sophie antes de poder contenerse.

–De acuerdo... Yo sólo pensaba...

–Cariño, hazme un favor. Deja de pensar. Quítatelo de la cabeza.

–¿Es por Gina?

–¿Quién?

–Gina. Iba a casarse con ella y todo el mundo decía que la adoraba, pero eso fue hace mucho tiempo.

–Y todo el mundo sigue hablando de cómo la miraba bajar las escaleras...

Rosa la miró con los ojos entrecerrados.

–A lo mejor deberías hacer que hablaran de ti...

El carnaval empezó el diez de febrero y se alargaría durante dos semanas y media de alegría y permisividad. Amaneció un día con

un cielo azul profundo.

–Hace un tiempo maravilloso para febrero –comentó Sophie.

–El sol siempre llega para carnaval –aseguró Vincenzo–, aunque luego desaparezca.

Por todos lados había gente con trajes impresionantes y las caras cubiertas por máscaras, bailando y celebrando el desenfreno que les ofrecía el anonimato. Hasta Rosa parecía haberse olvidado de su decisión de no participar de la alegría y a cambio había decidido que Sophie tenía que tomarse en serio su papel de anfitriona.

Para la fiesta había que vestirse con un traje del siglo dieciocho y todo tipo de vestidos fueron apareciendo por el cuarto de Sophie, que los devolvía a la tienda de alquiler. Rosa era inflexible y rechazaba todos los que no le gustaban.

–Pero me gusta más el dorado –dijo Sophie.

–Es mejor el blanco –afirmó Rosa.

Era un vestido maravilloso de seda con bordados y una cintura diminuta. Sophie se miró al espejo y vio a otra persona. No estaba segura de quién era, pero le pareció divertido representar ese personaje durante un tiempo.

Después de la limpieza, se podían usar provisionalmente algunas habitaciones del palazzo. Asistirían unas quinientas personas. Algunas eran de la prensa y otras habían comprado las caras entradas. Venecia era un hervidero de rumores y nadie quería perderse el acontecimiento. Hasta Carlo fue a dormir allí un par de días. Sophie, siguiendo las instrucciones de Rosa, no le había hablado de su traje a Vincenzo, quien, que ella supiera, no tenía intención de disfrazarse.

–Te da vergüenza –bromeaba ella–. Eres el anfitrión y deberías llevar pantalones de seda hasta la rodilla y encaje.

Ella se equivocaba. Era veneciano y la seda y el encaje no lo impresionaban. Por la noche apareció en todo su esplendor. El abrigo de bordado negro y oro y el encaje del cuello resaltaban su virilidad.

–Vestido así, un gamberro podría ir a la ciudad y... –Vincenzo suspiró por los recuerdos.

–Perfecto –concedió ella–. Iremos a la ciudad, pero juntos.

Él habría contestado, pero Gemma se asomó a la puerta.

–Rosa tiene una sorpresa para vosotros.

Al cabo de un instante, Rosa apareció con un vestido de seda rosa y una máscara también rosa sujeta por un palo. Avanzó lentamente hacia ellos con la máscara delante de la cara. Todos aplaudieron. Sin embargo, ella no se quitó la máscara. Sophie se acercó para apartársela y apareció la cara de Rosa surcada por las lágrimas.

–¿Éste es el traje del que me hablaste? –le preguntó Sophie.

Rosa asintió con la cabeza.

–*Mamma* me lo compró para el carnaval, pero yo no iba a ponérmelo porque estaba enfadada con ella por haberse ido. Ahora quiero decirle que lo siento, pero ya es tarde.

Sophie abrió los brazos y la niña se lanzó a ellos.

–No es tarde. Todavía quedan dos días de carnaval. Mañana iremos juntas al cementerio.

–¿De verdad? –Rosa se transformó.

–Esta noche todo el mundo verá lo guapa que vas y mañana podrás contárselo a *mamma*.

–¿Puedo ir al cementerio con el traje?

–Claro – Sophie le secó las lágrimas.

Rosa se fue y Sophie miró a Vincenzo, que las había observado en silencio. Le habría gustado interpretar su expresión, pero la máscara le ocultaba los ojos.

–¿No vas a vestirte? –le preguntó él–. Ni siquiera sé qué vas a ponerte.

–Perfecto. Así no sabrás quién soy. Me gusta la idea.

–Vas a llevarme demasiado lejos.

–Seguramente... pero todavía no hemos empezado –lo retó con la mirada–. Va ser un viaje fascinante.

– Sophie...

–Creo que está llegando gente. Será mejor que vayas a recibirlos.

–¿Y tú? Es una noche tan tuya como mía.

–Voy enseguida.

La noche fue un éxito desde el principio. Sophie cedió el protagonismo a Vincenzo y trabajó en su esquina mientras contestaba todo tipo de preguntas. Iba vestida con unos pantalones de terciopelo y una camisa de seda. Rosa lo estaba pasando como en su vida, pero al final se llevó a Sophie al piso superior. Allí estaba Gemma y entre las dos la ayudaron a vestirse.

–Ha llegado el momento. Por aquí.

Rosa la agarró de la mano y la llevó a lo alto de la escalera principal.

–Cariño, no creo que...

–Ponte delante de la pintura de Annina.

Sophie, atónita, obedeció. Algo hizo que mirara la cara desencajada de aquella mujer que una vez le recordó a sí misma. Ya no. Era el momento de hacer lo que Annina no había hecho. Sería dueña de su destino. Ya entendía por qué Rosa había hecho aquello. Notó que el bullicio se desvanecía y se hacía el silencio. Se dio la vuelta lentamente. Vincenzo la miraba al pie de la escalera. Como ella sabía que haría. Como Rosa sabía que haría.

Empezó a bajar lentamente con la cara cubierta por la máscara. Después de bajar unos escalones, se quitó la máscara y miró al hombre que no le había quitado los ojos de encima. Él también se quitó la máscara. Su rostro rebosaba amor y felicidad. Era lo que ella había anhelado ver.

–¿Quién eres? –le preguntó él vacilantemente.

Estaba delante de él. Lo besó lentamente y luego se apartó.

–La mujer que te ama.

Volvió a besarlo y él la agarró de la cintura para levantarla en vilo sin apartar los labios de los suyos. La gente rompió en una ovación, aunque nadie sabía muy bien por qué. Debió de ser porque había empezado a aplaudir la niña que estaba en lo alto de la escalera.

Todavía tuvieron que saludar y charlar con mucha gente, pero todo transcurrió en una especie de sueño. La realidad sólo llegó al final de la velada, cuando Rosa los llevó a la puerta lateral, donde los esperaba un gondolero.

Vincenzo lanzó un beso a Rosa mientras se alejaban y abrazaba a Sophie.

–Creo nos lo han dado todo hecho –dijo él.

–Quizá fuera la única manera de que pudiese pasar. ¿Por qué se complicó todo tanto?

–Miles de veces he estado a punto de decirte lo mucho que te quería y de pedirte que te casaras conmigo, pero siempre me daba miedo que pensaras que lo hacía para conservar a Rosa. Quería que confiaras en mí y creía que nunca lo harías.

–Si me hubieras dicho que me amabas, te habría creído y habría confiado en ti. Además, habría podido decir que yo también te quería.

–No estaba seguro. Me habías avisado tantas veces de que no podías amarme...

–Fue una tontería por mi parte. Te quiero con toda mi alma.

–Entonces, me conformo. Ya sé que estaba equivocado. No todo el mundo nos deja. Yo no voy a permitir que tú me dejes.

La besó apasionadamente y notó que la respuesta de ella no necesitaba palabras.

–¿Estás seguro de que no es un riesgo? –le preguntó.

–Es posible. Mi riesgo.

–Nuestro riesgo.

Vincenzo asintió con la cabeza.

–Nuestro riesgo, pero el amor siempre es un riesgo y yo lo correré si tú también lo haces.

La góndola estaba abandonando el centro de la ciudad con sus bailes y sus figuras enloquecidas y entraron en los pequeños canales iluminados por lámparas diminutas.

Él la agarró de la mano con fuerza.

–Si hay alguna seguridad en el mundo –aseguró mientras miraba las manos entrelazadas–, está aquí. Pero quizá no deberíamos buscar la seguridad, sino la luz que muestra el camino al siguiente canal y luego al siguiente.

Sophie no dijo nada, pero cuando él le soltó la mano y la besó en los labios, ella se entregó completamente.

El gondolero remaba en silencio y seguía las luces que le indicaban el camino de un canal a otro y hacia lo que les deparara el futuro.